

Academia de la Historia de Cuba

RAÍCES DEL
10 DE OCTUBRE DE 1868

— AGUILERA Y CÉSPEDES —

DISCURSO

leído por el Académico de Número

SR. GERARDO CASTELLANOS G.

en la sesión solemne celebrada el

10 de Octubre de 1937



LA HABANA
IMPRESA "EL SIGLO XX"
A. MUÑOZ Y HNO.
REP. DEL BRASIL, 21
MCMXXXVII

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

MEMORIAS

1.—*La Vida de la Academia de la Historia (1910-1934)*, por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *Pedro Figueredo*, discurso por el coronel Fernando Figueredo Socarrás, Académico de número.

2.— (1924-1925), por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *José de la Luz y Caballero en la conspiración de 1844*, discurso por el Dr. Francisco González del Valle, Académico de número.

3.— (1925-1926), por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *Adolfo Bonilla y San Martín, Carlos A. Villanueva y Emilio Bacardí y Moreau*, discursos por los Académicos de número Dr. Salvador Salazar y Roig, Lic. Francisco de P. Coronado y Dr. Tomás de Jústiz y del Valle.

4.— (1926-1927), por el Secretario Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número; y *El territorio cubano como vínculo de unión a través de los tiempos*, discurso por el Sr. Juan Antonio Cosculluela, Académico de número.

5.— (1927-1928), por el Secretario, Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverrías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr.

José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

6.— (1928-1929), por el Secretario, Sr. Juan Antonio Cosculluela, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverrías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

7.— (1929-1930), por el Secretario, Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverrías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. Rodolfo Rodríguez de Armas, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

8.— (1930-1931), por el Secretario, Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverrías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

9.— (1931-1932), por el Secretario, Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverrías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

DISCURSOS DE RECEPCION

10.—*La epopeya de una mañana (10 de Octubre de 1868)*, por el Sr. René Lufriu y Alonso. Contesta el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número. (1923).

11.—*Facioto* y *La Voz del Pueblo Cubano*, por el capitán Joaquín Llaverrías y Martínez. Contesta el Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número. (1923).

12.—*Colonización e inmigraciones en Cuba*, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri. Contesta el Dr. Fernando Ortiz y Fernández, Académico de número. (1923).

13.—*Es de Plácido la Plegaria "A Dios"*, por el Dr. Francisco González del Valle y Ramírez. Contesta el Sr. Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. (1923).

14.—*La gestión diplomática de Morales Lemus*, por el Dr. Salvador Salazar y Roig. Contesta el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, Académico de número. (1923).

15.—*Vuelta Abajo en la independencia de Cuba*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide. Contesta el Sr. Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. (1923).

16.—*Sobre la vida y las obras del general Enrique Collazo*, por el Dr. José Antonio Rodríguez García. Contesta el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1923).

17.—*Nuestro pasado ciboney*, por el Sr. Juan Antonio Cosculluela y Barreras. Contesta el Dr. Fernando Ortiz, Académico de número. (1925).

18.—*Matanzas en la independencia de Cuba*, por el Sr. Carlos M. Trelles y Govin, Académico de número. (1923).

19.—*Pi y Margall y la Revolución Cubana*, por el Dr. Juan M. Dihigo y Mestre, Académico de número. (1923).

20.—*Manuel de la Cruz*, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri, Académico de número. (1929).

21.—*José Manuel Mestre*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1929).

22.—*José Antonio Echeverría*, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1929).

23.—*González Aleorta y la libertad de Cuba*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1929).

24.—*La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la isla de Cuba*, por el capitán Joaquín Llaverrías, Académico de número. (1929).

25.—*José Antonio Saco*, por el Dr. Salvador Salazar y Roig, Académico de número. (1930).

18.—*Los protomártires de la independencia de Cuba*, por el Dr. Néstor Carbonell y Rivero. Contesta el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1926).

19.—*Historiadores de Cuba*, por el Lic. Rafael Montoro. Contesta el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri, Académico de número. (1926).

20.—*Un precursor de la independencia de Cuba: D. José Álvarez de Toledo*, por el Sr. Carlos M. Trelles y Govin. Contesta el capitán Joaquín Llaverrías, Académico de número. (1926).

21.—*En torno de la haurística*, por el Sr. Manuel Márquez Sterling. Contesta el Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número. (1929).

22.—*La evolución constitucional de Cuba*, por el coronel Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada. Contesta el Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número. (1932).

23.—*Reflexiones sobre la derogación de la Enmienda Platt*, por el Dr. Roque E. Garrigó. Contesta el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número. (1935).

24.—*La conspiración de 1824 y el pronunciamiento del alférez de dragones Gaspar Antonio Rodríguez*, por el Dr. José Manuel Pérez Cabrera. Contesta el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número.

25.—*Tópicos coloniales en torno a Guanabacoa*, por el Sr. Gerardo Castellanos G. Contesta el Sr. René Lufriu y Alonso, Académico de número. (1936).

OTROS DISCURSOS

26.—*Bartolomé Masó*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1930).

27.—*John A. Rawlins*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia, Académico de número. (1931).

28.—*Francisco Lufriu, héroe y mártir*, por el señor René Lufriu y Alonso, Académico de número. (1931).

29.—*Un orientalista cubano. Francisco Mateo de Acosta y Zenea*, por el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número. (1932).

30.—*El mayor general Pedro E. Betancourt y Dávalos. En la lucha por la Independencia de Cuba*, por el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número. (1934).

31.—*Alrededor de San Lorenzo*, por el Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, Académico de número. (1934).

32.—*El Presidente Polk y Cuba*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia, Académico de número. (1935).

33.—*Vida y martirio de Luis de Ayezarán y Moliner*, por el Dr. José M. Pérez Cabrera, Académico de número. (1936).

34.—*Raíces del 10 de Octubre de 1868—Aguilera y Céspedes*, por el Sr. Gerardo Castellanos G., Académico de número. 1937.

RAÍCES DEL 10 DE OCTUBRE DE 1868

— AGUILERA Y CÉSPEDES —

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

PS

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

19.892 m-8°

Academia de la Historia de Cuba



RAÍCES DEL 10 DE OCTUBRE DE 1868

— AGUILERA Y CÉSPEDES —

DISCURSO

leído por el Académico de Número

SR. GERARDO CASTELLANOS G.

en la sesión solemne celebrada el

10 de Octubre de 1937

PPN-102451362



LA HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
A. MUÑIZ Y HNO.
REP. DEL BRASIL, 21
MCMXXXVII

X415418

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

La responsabilidad de las opiniones, juicios, criterios y, en general, de toda manifestación en los trabajos públicos es exclusiva del autor, sin que por el hecho de conocerlo y aprobarlo la Academia asuma responsabilidad alguna.—
Artículo 200 del Reglamento.



Honorable señor Presidente:

Honorables señores Académicos:



QUE E. Garrigó y Salido ocupa en este trabajo el primer lugar y el primer recuerdo, no por haber sido largos años miembro ilustre de esta Casa, primero como Correspondiente y más tarde como Individuo de Número, ni por su brillante actuación en la vida nacional, como animoso político, jurista y autor de medulares obras históricas — que le abrieron las puertas de este Centro —, ni porque ganó múltiples galardones en certámenes — laureles que en no lejano día demandarán un formal elogio de sus colegas —, sino porque, coincidentemente, en las postreras horas de la tarde del día 17 de diciembre de 1936, cuando algunos miembros de esta Academia estábamos reunidos en sesión oficial, y por unanimidad aprobamos el acuerdo de encomendarle el trabajo destinado a esta noche, en la Víbora estaba agonizando, sin que tuviésemos más aviso que la plena salud que había traído de su solar cienfueguero. La noticia de su muerte nos anonadó, porque perdimos a

un amado amigo, a un patriota de noble corazón y a un infatigable y excelente historiador.

A tan aciaga e irreparable pérdida, débese haber recaído en mí la misión de inaugurar, con un estudio histórico, nuestras labores académicas, y la conmemoración de esta efemérides nacional.

No llego, pues, a esta honorable tribuna por egoísta deseo de ser uno más que hable de la patria. Las tribunas me inspiran atención, ocupadas por otros, y danme febricidad cuando, en ocasión como ésta, y en todas, el deber me sitúa en el trance de escribir y leer en alta voz. Confieso, sin embargo, que después de acatar, he sentido alivio, porque mi alma se nutre tratando asuntos de esta clase, y más todavía de la verdadera patria, la de los hombres de ayer...

Y me aferro al pasado y a sus hombres, porque pareceme que en ellos se vaciaron las mejores energías y virtudes de nuestro pueblo, ya que a partir de los primeros días de nuestra vida republicana, se inició la desconsoladora decadencia del patriotismo, crisis que dijera un sesudo cubano.

Esta Academia, representación suprema de las disciplinas históricas de nuestro país, con certero juicio tiene reglamentado que sean conmemorados los 10 de octubre, inspirada en que ese día — cristalización de una larga serie de hechos de dignidad emancipadora y de patriotismo sano—, es faro de perpetua luz ejemplar.

Conmemorar es recordar, es evocar, es traer al presente, a nuestros sentidos, hechos del pasado. Estos han de ser notables y dignificadores. Por eso a los aniversarios de gloria debe imprimírseles vigor y alientos de carácter nacional. Los de la índole de éste son más necesarios a los cubanos de hoy, que van olvidando la legendaria histórica de sacrificios. He llegado a pensar

que no pocos errores y herejías obedecen al desconocimiento menudo que tienen los gobernantes de la vida de los próceres que perecieron en lucha estoica por nuestra regeneración y emancipación. Es, pues, urgente propagar, como norma terapéutica y estimulante preferentemente entre la niñez y la juventud, el recuerdo de nuestras epopeyas y de los próceres que nos desbrozaron el camino.

Esto es tan útil e imperativo, que en las emigraciones de los Estados Unidos, en aquellos cuarteles de mambises civiles, la preocupación básica, ejecutada tradicionalmente, fueron las jornadas conmemoratorias, luctuosas y de contento. Los actos de este género en mi peñón nativo — Cayo Hueso — fueron trascendentales siempre; notas de dinamismo que nos mantenían alerta. Cada uno producía avidez de renovación anímica y rebose de los sombreros que pasaban en demanda de contribución económica y de joyas para la compra de armas y municiones destinadas a los insurrectos de la manigua. Hoy no hay insurrectos a quienes auxiliar; no tenemos, por lo tanto, que levantar fondos para el Partido; pero sí necesitamos predicar y ejecutar idénticas virtudes para imponer a los gobiernos y a los hombres dirigentes, el modelo a que aspiraron los perínclitos del 68.



SIGLO XVI

CONQUISTA Y COLONIZACION

No he de ofrecer la estrecha tesis de que el 10 de octubre de 1868 representa por sí solo un hecho de inconexos caracteres de estallido político o social. Porque ni ese ni ninguno del devenir histórico, surge aisladamente en el agregado humano. Entre hombres y pueblos todo se produce por sedimentos, al igual que en la estructura geológica; a una capa se superpone otra; como en reglas ordenadas nos han enseñado sociólogos, humanistas, filósofos y naturalistas. Es incontenible el proceso evolutivo humano y social, y menos contenible en estos últimos decenios que van a paso de carga eléctrica a un objetivo, a una cristalización insospechable.

Nuestro 10 de octubre no fué, pues, un eruptivo momento de aislados ardores, ni súbita rebelión en un punto fijo, ni arrebato de inconsultos rebeldes contra España. Fué la concreción de una serie de intolerables superposiciones políticas, de sufrimientos, de gravámenes abusivos, de leyes inquisitoriales, de desafueros de gobernantes, y de ansias de libertad y justicia.

De acuerdo con este postulado corriente, antes de acercarme al punto hacia donde se desliza el glaciar

político criollo, y, llegado el momento, dar los toques de alarma, me propongo atisbar y razonar en torno a los antecedentes determinantes de ese día.

*

En contraste con los colonizadores del Norte, que arribaron Biblia en mano, en busca de paz y trabajo, encontrando salvaje agresividad de los aborígenes; los que irrumpen por Baracoa, con Diego de Velázquez, a fines de 1511, seguidos de escasísimas mujeres, inician, desde los primeros momentos, la persecución y la esclavitud y el robo y el saqueo contra los mansos indios que los admiraban como seres sobrenaturales, venidos del cielo. Y en esos meses nace, entre los conquistadores, la traición y la rebeldía. Baracoa testificó la primera conjura contra su Adelantado. Este es el ejemplo primigénito de “respeto y orden” que ofrecieron a los nativos. Sin que tuviesen los españoles derecho a invocar — conforme lo hicieron los conquistadores de las regiones de México y Perú, y actualmente sostiene, en fanática y desconcertante defensa hispanofílica, José Vasconcelos, en su *Breve Historia de México* —, que los aborígenes cubanos eran caníbales, ni que sus ritos tuvieran el carácter sanguinario del de los aztecas, ni que mantenían un régimen opresor como los que hallaron Cortés y Pizarro; pues en nuestra Isla, si bien no existía una civilización del género de la hispana, gozaban los indios de un sano y patriarcal estado de paz y acuerdo.

Los indios de esta Isla eran, al revés de los iracundos del Norte, que defendían sus tierras con furor bélico, sumisos y mansos hasta dejarse calimbar, engrillar y conducir en mesnadas, naboríes, a los trabajos rudos, sin recompensa (véanse: *Historia de las Indias*,

por Fray Bartolomé de las Casas; *Historia General y Natural de las Indias*, por Gonzalo Fernández de Oviedo, e *Historia de la Esclavitud de los Indios en el Nuevo Mundo*, por José Antonio Saco, edición Cultural). Eran perezosos y resignados, debido al medio edénico en que habían nacido y vivido. Pero, que sabían lo que hería el dolor y la tiranía, es prueba irrefutable que a falta de coraje innato, medrosos se ocultaban en los montes o moríanse en melancólicos suicidios; y también que a veces hicieron protestas armadas, aunque para ser aniquilados; y que el guamo y la voz de Hatuey lograron encender el espíritu guerrero y dar malos ratos a los recios expoliadores blancos. Y tan certeramente todos sabían con anterioridad a su llegada (por avisos venidos de La Española) que los recién aparecidos sólo se preocupaban del oro, que cuentan que en un areíto organizado por Hatuey, los asistentes bailaron en torno de una canasta llena de oro que simbolizaba a los españoles y lo único que podía aplacarlos.

La rebelión de Hatuey es bellísima página épica de nuestro pasado; primera señal postcolombina de aspiración a gozar de libertad sin freno ajeno. Frecuentemente se le viene citando como pobre exaltación, simple leyenda; cuando en realidad es la célula matriz de todas nuestras conmociones posteriores frente al puño español. Así lo interpretó el delicado bardo hebreo Oscar Pinis, en el hermoso poema *Hatuey*, publicado en su decano idioma, en volumen de 128 páginas, y traducido por el laureado poeta Andrés de Piedra-Bueno; y ha merecido fama universal el poema dramático, del mismo título, del poeta Francisco Sellén. Aquella protesta armada de los dueños del país, los

autóctonos (1), a quienes los hispanos vinieron a despojar por la fuerza y la invocación de una superior capacidad cultural y religiosa — bastante análoga a la aprovechada en tiempos modernos por los yanquis contra los hispanoamericanos, y en este momento por Mussolini — fué briosa sacudida de dignidad para demostrar que aún los hombres de más inferior nivel civilizado, por el suelo patrio dan la vida. Esa semilla enraizó precisamente en el abrupto Santiago de Cuba, por el momento en gran parte de la grey india, siendo de los primeros caciques que recogieron el ejemplo el aborigen Guamá, que en la zona de Baracoa mantuvo agresión indomable varios lustros, sembrando a veces el terror entre los colonizadores. Y la ofensiva de Hatuey tiene tal evidente nexo, enlace al través de los siglos, con el postrer episodio, que cuaja con la expulsión de España, que un conterráneo del cacique quisqueyano, Máximo Gómez, va a ser el jefe de los ejércitos libertadores del 95.

*

Afirmado Velázquez como Adelantado o Teniente Gobernador de la isla Fernandina y Alcaide del Fuerte de Baracoa, se dedicó a aplastar, a pulverizar y someter a los habitantes que se opusieron a los compromisos de la minería, la agricultura y crianza de ganado, esto

(1) Al dar, aquí y en otras páginas de este trabajo, el calificativo de autóctona a la raza que distribuida por esta Isla hallaron los descubridores españoles, no me aferro al valor absoluto del vocablo, sino que sencillamente quiero referirme a los cobrizos que disfrutaban de este paraíso; pues el complicado problema isleño, de si taínos y siboneyes eran razas distintas, o si existieron aquí desde los orígenes del hombre, o de si vinieron de remotas regiones, ya sur o norteamericana o asiáticas, egipcias, etcétera, lo plantean y discuten con sagacidad Bachiller y Morales en *Cuba Primitiva*, Fernando Ortiz en *Historia de la Arqueología Indo-Cubana*, M. R. Harrington en *Cuba before Columbus*, Rafael Azcárate Rosell en su reciente obra *Historia de los Indios de Cuba*, Pablo Martínez del Río en *Los orígenes americanos*, y otros autores cubanos, americanos y europeos.

es, al cabal desarrollo económico. (*El Adelantado Diego Velázquez*, por Carlos M. Trelles.)

La fuerza motriz era el músculo nativo, bien pronto sustituido por el negro esclavo. Este violento proceso por medio de las armas, de conquista y colonización, fué análogo en toda la América, con carácter teocrático-militar y fines exclusivos de explotación; y, lógicamente, iguales causas produjeron iguales efectos, diferenciándose del de México y Perú en que en aquellos pueblos existía una definida y vigorosa civilización, y para obtener rotundos beneficios era imperativo dar a la dominación mejor cauce político, lo cual era innecesario en esta Isla, porque, como antes dije, los naturales estaban, comparados con los del Viejo Mundo, en estado embrionario.

Realizó Sebastián de Ocampo su interesante, primero y necesario bojeo de la Isla. Se extendieron las encomiendas. La repartición de tierras y de aborígenes abarcó todo el territorio. Las implacables huestes blancas fueron sembrando el pánico de trecho en trecho y estableciendo núcleos de poblaciones y explotaciones. Este inconsecuente y poco hábil sistema de afirmación atemorizó a la floja grey cobriza de modo tal que la decidió a preferir la muerte o la escapada a la selva a mezclarse con los nuevos verdugos. Sin embargo, de vez en cuando ocurría un chispazo de rebeldía, que era aplastado con fiereza, ejemplarizando con el terror. Uno a uno los caciques y sus secuaces fueron cayendo. Los reciénllegados absorbieron con prontitud y rapacidad las fuentes de riqueza. La raza autóctona fué agostándose al filo despiadado de las espadas, dientes de los mastines, inhumano trato de los encomenderos, las enfermedades y por esa centrípeta cólera de las razas débiles que ocasiona depresión análoga a peste

mortal. En esta asombrosa desaparición, en menos de tres cuartos de siglo, apenas quedaron restos puros y sí de mestizos descendientes, con los complejos de esas amalgamas de transitorio contacto fisiológico. Este extremo, de cruce entre conquistadores e indias, lo invocan con frecuencia autores españoles para justificar el amor que tuvieron a la raza aborígen; cuando es lo cierto que estigmatizado el indio, hasta por la Iglesia y el Estado, como tipo inferior que necesitaba el tutelaje, las dóciles mujeres sólo servían a los blancos de esclavas mancebas. Un famoso y aristocrático semental hispano, que mantenía un serrallo, lo fué el célebre Vasco Porcayo de Figueroa, a quien dedicó un libro novelesco (*Porcayo: el romance de la Conquista*) nuestro colega Roque Garrigó.

Al quedar extinguidos los aborígenes, bien poco, casi nada, mejor dicho, dejaron como recuerdo artístico, político o social. Pasaron por este suelo como se consume un hachón. Pero en el ambiente quedó fulgente el recuerdo de sus breves rebeliones, las injusticias cometidas con ellos por los españoles, y, como camino que imitar, la actitud de Hatuey, que terminó con su infame incineración.

Fijaos bien en que de todo el pasado primario lo que más se destaca todavía y comentan hasta los niños en nuestros días, con rencor para los sacrificadores, es el suplicio de Hatuey, y la campaña que libró contra Velázquez. (Sirven para ilustrar estas crueldades los emocionantes cuadros de historia mexicana de los pintores Diego Rivera y J. Clemente Orozco.) Y si no apelo al usual símil o suposición de que los hechos anidan y brotan de abajo hacia arriba, para surtir posteriores efectos; se me ocurriría pensar que en estas fundamentales cuestiones de reivindicación y libertad, los

manes de los sacrificados se sitúan espiritualmente en los altos y puros espacios, atisbando y fortificándose para más tarde, en hora propicia, bajar e imponer lo que por falta de madurez entonces no pudieron ejecutar.

*

El poderío hispano redondeó su obra de dominio. El Rey se convirtió en dueño absoluto. Desde los inicios España empezó a llamarse “madre” de estos países, madre que no había parido, sino que por la fuerza se adueñó de robustos niños ajenos y los malnutrió e hizo trabajar como esclavos para su exclusivo beneficio. Con los nuevos patronos (incultos en su casi absoluta mayoría) que vinieron a organizar a su capricho el embrionario colonato antillano — escasísimos nativos, mayoría de mestizos, abundantes esclavos negros, y los peninsulares colonizadores y mandatarios sin freno —, la ínsula fué tomando caracteres externos un tanto semejantes a la metrópoli. Las fundaciones cobraron vida. Lozanos tuvimos a Santiago, Bayamo, Puerto Príncipe, Trinidad, Sancti Spíritus y La Habana. Diego de Velázquez (véase: *Historia de Cuba*, por Ramiro Guerra, e *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, por el obispo Pedro A. Morell de Santa Cruz) se preocupaba de robustecer su peculio propio. Cortés con numerosos secuaces le hizo traición en busca del incógnito México. Y en este acto los pobladores advierten y aprenden que hay derecho a ello cuando media la astucia, la fuerza y la ocasión. La traición toma carta de naturaleza.

Ante la carencia de indios, la trata negra se ha desarrollado por todos los rincones; es negocio de primera clase, filón para especuladores de minas, agricultura

y crianzas, y para las autoridades. El negro llega a constituir el eje de la colonia; la riqueza gira en su torno. Y por esa circunstancia, fundamentalmente económica, aunque aparentemente desdeñada por los mismos explotadores, lentamente el alma del negro y su sangre se meten en las venas del blanco y le inyectan ancestrales hábitos y aficiones y artes traídos desde Africa, que era cantera de tráfico. Así se impone su música. El hombre de ébano pronto se asimila al país y se hace parte de la tierra, en sustitución del aborigen. Y como raza pura tiene caracteres propios, que va a conservar y conserva todavía. Al igual que el indio, ama la libertad, ansía recobrar la que tuvo en su país natal. Y sólo por la compulsión y grillos y látigos, se resignará a que su cuerpo sea instrumento. Mas siempre será, de alma, un latente rebelde, irritado, en sumisión transitoria.

No importa que en España, estadistas y políticos, por desconocimiento del Nuevo Mundo y sus habitantes, se entretengan en tejer falsas y quiméricas Leyes de Indias, ajustables a sus conveniencias explotadoras. Este desatino va laborando el resorte que dará al traste con esa dominación, más anticipadamente todavía en Sur y Centro América, donde la nutrida masa india no ha podido ser, ni nunca pudo serlo, extinguida por los conquistadores. En Cuba el producto sintético racial advenido, va demostrando que siente la secreta sensibilidad del patriotismo. Es criollo. España, por error, no le da la alternativa de español. En el aislamiento enconado nace el posterior patriota. De modo que ya tenemos al negro esclavo que no quiere a sus amos, y el criollo que no es español.

Las autoridades coloniales cumplían en parte mínima las leyes y ordenanzas de ultramar, de carácter

opresor y reaccionario, de acuerdo con el tradicional ideario político-colonial de los tiempos aquellos; dando rienda suelta a sus pasiones y caprichos personales, como agentes de horca y cuchillo, preocupados de hacer fortuna, sin importarles la felicidad del país. Así la pugna hízose franca y constante entre ellos y sus dominados. La paz nunca fué absoluta en los municipios, ni entre los pueblos. Bayamo y Santiago y Trinidad mantuvieron maliciosos disturbios.

En contraste, aunque simuladamente bajo la égida de las autoridades militares y civiles, por mandato de la patronal corona, la Iglesia ejercía absorbentes funciones propias, divinas, para cristianizar, espiritualizar y dirigir el alma de los indios y de la población isleña; misión evangélica que, en aquellos tiempos y para los hombres de España, parecía fundamental. El ejército clerical estaba integrado por recios frailes misioneros secularizados, que no obstante su fanatismo y fines invariablemente dogmáticos, eran más tiernos, generosos y comprensivos que los conquistadores. El clero aprisionaba el alma con psicológica cautela y mimos, mientras el agente realista se imponía por el hierro. Era más acogedora la cristiana parroquia que el rudo cuartel. La sutil política de la Iglesia, a pesar de su prepotente cooperación al mantenimiento de la tiranía civil y política, era más sagaz y amplia; y tan lo era que desde los primeros días de la dominación, las autoridades temporales vivieron en litigios con arzobispos y obispos; alcaldes y cabildos contra párrocos. Existió siempre más identificación entre creyentes y clero que entre gobernantes y súbditos. Los indios tuvieron por los frailes especial inclinación (con gran provecho, por analogía con nuestro proceso, merece leerse el libro del historiador Alfonso Toro, *La Iglesia y el Estado en*

México). Luego, ocurría que hasta mediados del siglo XIX las únicas raquílicas migajas educacionales que llegaban al pueblo, procedían del clero. Olvidando España, entonces y después, por lo menos para sus colonias, que los pueblos valen, prosperan y se miden por la calidad de sus planteles docentes, sus artes, letras y ciencias — que son energías esencialmente civiles — y no por el lujo y fuerza de sus cuarteles y ejércitos.

Al alcanzar estos años, ya se han construído muchas fortalezas y cárceles e iglesias; no faltan infamantes picotas y horcas; los españoles ordeñan a su antojo la ubre colonial; la factoría rinde cada día más; la libertad amengua; ciérrase hasta el intercambio comercial y cultural con el mundo; pero la Iglesia, como ya apunté, ha instruído un poco; el negro se debate en constantes protestas y motines en ingenios; el criollo se estructura aferrándose a la tierra, y viendo el impuro ejemplo de la libre piratería y del filibusterismo que le ofrecen pingües e inmediatas ganancias y dan fáciles lecciones de inconformidad. En estas condiciones, sin estridencias en ningún campo, sin superación que trascienda al Viejo Mundo, Cuba rebasa el siglo XVI.



SIGLO XVII

EVIDENTE es la soberbia de las autoridades, derivada del temor de ser contenidas en sus explotaciones. Palpitan antagónicas tendencias y pasiones entre los gobernadores de Santiago y los de La Habana y entre éstos y la casi autónoma audiencia de Santo Domingo. No era menos mansa la actitud de los funcionarios locales, ya que los cabildos municipales gozaban de capacidades, fueros y privilegios extraordinarios, la mayoría manados de las ordenanzas traídas e impuestas en esta Isla a tenor de las de ultramar, que eran amplias y muy liberales. A esto debióse que los mandatarios municipales disfrutaran por largos años de jurisdicción y derechos incontenibles, dando lugar al nacimiento de tosudos e influyentes caciques blancos. De modo que en realidad el país estaba absolutamente pacificado, dominado y colonizado, y la raza establecida (eriolla) era un producto importado en sus orígenes y mixtificado en la retorta antillana.

*

Bayamo florece y goza de primacía y riqueza, por sus abundantes ganados, agricultura y fácil contrabando. Al calor de estas actividades surgió una lozana

población emprendedora, inteligente e intolerante en sus ambiciones y localismo. Los ingredientes raciales forjaron una masa peculiar. A veces sus destacados vecinos, y funcionarios, se enfrentaron a los supremos mandatarios. Santiago y Trinidad adquieren capacidades de riqueza agrícola y ganadera. La caña va tomando valor. Los liliputienses ingenios aparecen. La Habana crece y se convierte en primer población y puerto de la Isla, asiento de los Gobernadores y punto de escala y de partida de expediciones marítimas de descubrimientos, conquistas y rapiñas. Mas, Cuba ha quedado rezagada como tierra de menor explotación comparada con los tesoros auríferos y argentinos y perleros del Perú y de México y de Venezuela y Centro América.



SIGLO XVIII

EN los albores del siglo XVIII es cuando asoma leve atisbo del alma criolla, no en tendencias políticas, porque éstas aquí se operaban muy morosa e internamente, sino de criollismo ligado al terruño, que es como se inicia el patriotismo. Por estos años el cultivo del tabaco tenía tanta o mayor importancia que el de la caña azucarera. Las regiones de Las Villas, La Habana y Vuelta Abajo producían material primo. El clima es adecuado para la sabrosa y nicotinada hoja durante todo el año. A ese ramo se aficionaron los criollos, especialmente en la región vueltabajera, y, en su torno, como complementaria, comenzó la elaboración. La demanda estaba estrechamente encauzada por la exclusiva salida a la península española, que lo derramaba por Europa, obteniendo ventajosas ganancias. España, debido a que en Cuba carecía de lucrativos yacimientos auríferos, enfocó su opresión y ordeño sobre el azúcar y el tabaco, dictando medidas drásticas tendientes al mayor beneficio del fisco, sin preocuparle que tales restricciones pudieran debilitar o agostar la naciente riqueza y encender descontento en los cultivadores e industriales criollos. En 1716 establecióse el estanco de su siembra, y una acaparadora factoría, que dió

motivo a los vegueros para en seguida dar al gobierno demostraciones de inconformidad, con resplandores de rebeldía. El descontento continuó de modo tan violento que el Capitán General Vicente Raja y los funcionarios destinados a implantar las impopulares ordenanzas, viéronse en peligro, ya que los vegueros con la Milicia, y no pocos vecinos amotinados, entraron, el 23 de agosto de 1717, en La Habana, obligando al Gobernador a refugiarse en el Castillo de la Fuerza y huir camino de la Península.

Tenemos ya un estado de conciencia pública, aunque sea en un solo sector de la población, y de tendencia esencialmente económica, que es como en los tiempos actuales se inician las revoluciones. Ya el dominio español no era intangible. Regularmente la utilidad va aparejada al idealismo. Primero el hombre se ama a sí mismo, y a la familia, y a la tierra que lo sustenta, y a seguidas surge el ideal de libertad. Los vegueros de Vuelta Abajo, aunque con aspiraciones distintas, se eslabonaban con la rebelión de Hatuey. En su totalidad fueron cubanos vejados por España. El castigo para ellos, faltos de suficientes elementos de acción, fué implacable, pero prudentemente durante cortos meses el estanco quedó en suspenso. Mientras, los vegueros habían ido ganando terreno en la opinión, pero sin organizarse. Algunos guardaban prisión. Y cuando España, tras breve pausa, creyó maduro el momento, renovó el estanco, en 1719, asomando de nuevo la protesta de los cultivadores. Ahora la rebelión llegó a extenderse a San Miguel, Jesús del Monte, Santiago de las Vegas y Bejucal, hasta bien avanzado el año 1723. Cuando los envalentonados vegueros se dirigieron de nuevo a la capital, en actitud guerrera, fueron sorprendidos y barridos, y los prisioneros ahorcados.

Esta insurrección fué alentador impulso para la definitiva. Y que sirvió de nutritivo ejemplo está en que el tabaco, en sus diversos canales, siempre fué engendrador de rebeldías: la casi totalidad de los obreros del ramo, mujeres y hombres, han sido revolucionarios. No es necesario insistir, porque el pueblo cubano sabe que las emigraciones dedicadas al tabaco, con Martí, organizaron la revolución del 95; y precisamente los pueblos por donde operaron los vencidos vegueros, dieron grandes aportes revolucionarios. (*Contraste económico del azúcar y el tabaco* por Fernando Ortiz.)

*

Cuba en este siglo, hasta su inmediato contacto con el próximo, va adquiriendo, aunque con pasmosa y desesperante lentitud, caracteres propios que la harán destacarse; la evolución social nuestra es como la de los pólipos del fondo del mar; pero por fuerza tendrá que culminar, cristalizar. Y lo será por los hombres. Tan pronto en esta tierra empiecen a nacer productos nutridos con la leche interna, ellos llevarán en la médula el germen del amor a la tierra, célula del patriotismo. No importa que la educación, la enseñanza y los métodos sean deficientes y recortados; no coartarán los impulsos, porque la palpitación universal se abre paso como la luz. Es terminante que el nacimiento de cada varón representativo, de cualquier sector, científico, literario, agrícola, político o religioso, fué una campanada de duelo para el dominio español. Y precisamente en estos años que voy recorriendo aceleradamente, hasta 1800, nacen los primeros próceres y surgen los primeros relámpagos que delatan patentemente al mundo americano y europeo, que Cuba, como todos los

pueblos, será lo que sean sus grandes hombres, y tendrá en cada época las virtudes y calamidades que éstos les impriman. Enfocando por ahora la era republicana, diré que desde Estrada Palma estamos moldeados en los dolores y vicios de lo que cada gobernante destacado ha hecho. Y si menos somos es por falta de lealtad de esos representativos.

Y prueba evidente es que España invariablemente vió en cada criollo, aun en los mismos que la sirvieron, un sospechado ingrato, porque éstos siempre tendieron, por lo menos, a la creación de una cubanidad. Insisto en apuntar que para esta labor evolutiva todos los criollos ilustres contribuyeron a desalojar a España.

En 1735 vino al mundo José María Urrutia y Montoya, abogado ilustre que fué el mejor historiador de la época, y que se dedicó exclusivamente a enseñar lo que era esta Isla. En 1758 tenemos a Manuel del Socorro Rodríguez, cuyo talento fué tan brillante que el Rey y las autoridades premiaron sus capacidades mandándolo a Sur América a establecer centros científicos; pero que cuando se le tenía por fiel vasallo, al encontrarse frente a sus hermanos americanos, que con las armas pedían la independencia, se suma al movimiento republicano y escribe *La Constitución Feliz*. Retoño robusto de sublimes virtudes y piedad y cultura religiosa, lo fué José Agustín Caballero (1771), filósofo, maestro, teólogo y honra del clero genuinamente cubano. Hijo inmaculado de aquellos tiempos (1778) es el famoso y tierno padre Félix Varela, gloria de las letras, de la sabiduría, de la filosofía y del más acendrado patriotismo; de tan soberanas cualidades de amor y justicia y libertad, que hasta la muerte fué víctima de sus ideales y de la persecución española, porque ya desde el año 1823, en su *Dictamen de la Comisión a las Cortes*

Españolas sobre el reconocimiento de la independencia de las Américas, dijo clara y terminantemente, en pleno Madrid, que España perdería irremisiblemente sus colonias, sin que pudiera tener esperanza remota de conservar su imperio americano. Y nació también, entonces, el insigne orador y jurista Nicolás Manuel Escobedo. Tomás Romay y Chacón (1769) dió a Cuba prestigio y salud. Y en 1797 asomó el poderoso cometa, el que más daño hizo con su genio a España en América, José Antonio Saco. Este extraordinario criollo, con su pluma, a pesar de todas sus contradicciones, contribuyó más que nadie a formar nuestra cubanidad. Saco robusteció nuestra personalidad y nos enfrentó, sin posible identificación, con la madrastra peninsular. Y sumemos a estas figuras supremas el sabio y bueno Felipe Poey (1799), y el soberano educador Don *Pepe* de la Luz Caballero. Con "súbditos" como éstos no era posible el dominio muy largo español.

Estos pocos que por el momento he señalado, son los agentes trascendentales que van perfilando, en el ambiente colonial, características que la cultura y ejemplos vecinales completaron en el siglo entrante.

Cierto que una serie de rebeliones ocurridas en varias capitanías generales y virreinos de los dominios hispanos, y las radicales predicaciones de personajes americanos (al decir americano, me refiero a todos los que habitamos el continente, de Norte a Sur), no habían penetrado en nuestro reducido e inculto ambiente. Hasta 1762 la mayor preocupación del país había sido vivir, y, en cuanto a agresiones, sólo en detalle sabíamos y sufríamos las de los piratas y corsarios que actuaban por orden y cuenta de los gobiernos europeos.

El mundo estaba sometido a un status casi uniforme de regímenes políticos y jurídicos, no muy ventajosos, pero de ellos Cuba recibía la menor dosis de saber y provecho. Vivíamos en aislamiento feudal cuando ocurrió el inesperado ataque y conquista de La Habana por los ingleses. Tan pronto las autoridades británicas dominaron la capital y sus zonas limítrofes, se inició la prosperidad. Una mayoría de abyectos vasallos no pudo comprender la utilidad inmediata que el establecimiento del nuevo régimen iba a provocar. Porque lo cierto fué que los sajones conquistadores, contando con la capacidad de los nativos, pusieron en vigor sanas medidas de orden, justicia y moral, a imagen de su floreciente nación. El comercio, las industrias, la agricultura, caña y tabaco y ganado, recibieron apoyo decidido. Los puertos se abrieron de par en par. Hasta impusieron cabal tolerancia en el aspecto religioso. De todos modos, durante el breve dominio inglés, el mundo entero y particularmente los criollos cubanos, tuvieron que darse cuenta, por los hechos, de la diferencia que existía entre el retrógrado coloniaje español y el amplio y avanzado británico (véanse: *La Dominación Inglesa en La Habana*, por Emilio Roig L., *Historia de la Conquista de la Habana*, por Pedro J. Guiteras, y *Cuba: Monografía Histórica*, por Antonio Bachiller y Morales). Y para intentar borrar la huella de los beneficios, a partir del cese de los ingleses, el primer Gobernador General español, Conde de Riela, inaugura una nueva política de transigencia y mano abierta. El ejemplo ofrecido corrió como polen fructífero, y la magnanimidad del fugaz régimen se advirtió más, y más aún, en los tiempos que siguen, cuanto más Es-

paña imponía tributos y llovían ineptos funcionarios de allende el mar a enriquecerse. La conquista sajona fué magistral lección de enseñanza objetiva de libertad.

Lustros después los vecinos del Norte se rebelaron contra la madre patria. Aquellos colonos habían podido disfrutar de mayor libertad que nosotros; habían adquirido hábitos de dignidad. La revolución de los norteamericanos recibió inmediato apoyo de las naciones enemigas de Inglaterra. Hasta la reaccionaria España, la que aherrojaba a sus dominios, ofreció ayuda a los rebeldes vecinos. Y éste fué el ejemplo que observaron los hispano-americanos. Esta inquieta corriente política no influyó directa e inmediatamente sobre nosotros; mas era otra refleja y ejemplar concreción que se colaba por estas costas y algunos hogares de nuestros avisados hombres. Y señal manifiesta de que tales sucesos, con su secuela de libertades, de democracia, y las aspiraciones de los nuevos políticos, perjudicaba al régimen insular, es que bien pronto los gobernadores cerraron el flujo estudiantil que del Norte se derramaba.

Mientras el desarrollo del vecino e infantil Estado sigue su animosa marcha progresista, en 1790 tenemos de gobernador a Luis de las Casas. Seguramente por sí y por sugerencias de la política peninsular, trae y establece atinadas

reformas en los diversos ramos de su administración y fomento, para poner a la Isla en condiciones de desenvolver sus naturales riquezas y ser gala y honra de la metrópoli.

Esta situación y tan excelente gobernante eran resultantes de una larga serie de causales, siendo la más destacada la producida por la conquista británica y

el reflejo de la paz y contento de los yanquis. Y que ya teníamos hombres capaces en superiores disciplinas, de ciencias, letras, economía, está en que Las Casas buscó el consejo de figuras tan excelsas como Francisco de Arango y Parreño (*Arango Parreño-estadista colonial*, por Francisco J. Ponte Domínguez) y Tomás Romay. La honesta labor de Las Casas se apoyó en mentalidades criollas. Puede repetirse con orgullo que aquélla fué una breve era de plata, y que brillaron tanto y con tal fecundidad los cubanos, en todos los sectores, que la cubanidad era casi un hecho. Las Casas desde luego va a auspiciarla, pero son cubanos los que fundarán la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

La Real Sociedad es la piedra fundamental o mejor raíz nutridora de la cubanidad; madre del cubanismo y de la enseñanza; academia de artes, letras, ciencias, política y útil nacionalismo. No incuba ni propaga el patriotismo que lleva aparejado la forzada e inmediata emancipación, porque en aquel momento tampoco los súbditos están educados para la obra; pero, al igual que Don Pepe en su taller escolar, la Real Sociedad es laboratorio iniciador y mantenedor de saber y progreso. Entonces, educar, tallar cubanos, era subrepticia y sabiamente ir camino seguro de la liberación. Estúdiense los certámenes, concursos, grandes debates, planes mantenidos, sus Memorias, y rápidamente se concluye con que ningún otro organismo le ha igualado en tan concreto prestigio y gloria.

Las anteriores vibraciones, señaladamente las ventajas que ofreció la dominación británica, la fundación de la Real Sociedad Económica, la buena voluntad del Gobernador Las Casas, y el nacimiento de un florón

de criollos representativos, ocurrieron durante el lapso final del siglo XVIII. A pesar de las murallas desatinadas que España oponía al desarrollo de su ínsula, el suero nutridor de progreso del mundo se filtraba firme por los resquicios de la micrométrica enseñanza, y de los escasos destellos que los vecinos deslizaban en alas de excomulgados y furtivos libros, y aprendizaje de juventud rica que se educaba en el extranjero.



SIGLO DE ORO, LUZ Y REVOLUCIONES

ESTA robustez, que a veces llegó a irradiar sobre la misma España, como cuando algunos cubanos asistieron a las Cortes en 1813, iba a culminar en las décadas posteriores del siglo XIX. En éste se encierra, como en una preciosa síntesis, todo nuestro plenario desarrollo científico, político-literario, capacidad revolucionaria y guerrera, y hasta económica, industrial y agrícola. La historia del siglo XIX en Cuba es el capítulo más hermoso de nuestra existencia. Fué acumulación progresiva, que marcha, como decía Pelletán, sin detenerse, tanto en el mundo social como en el de la naturaleza.

Cierto que esa herencia era a la vez producto de la perturbación que había sufrido el globo en ambos hemisferios: la independencia de las Trece Colonias y la Revolución Francesa. Esta última había sido generadora de calor para las subversiones políticas, sociales y jurídicas y el descrédito de las antes intangibles dinastías, y para la tolerancia comercial que España a regañadientes había tenido que ofrecer para contrarrestar a los enemigos que se introducían en sus dominios ultramarinos; aunque ejerció influencia más honda en los nacientes Estados anglosajones y en la pléyade de grandes hombres de Sur y Centro América, que en

nuestra Isla, porque a Cuba se le mantenía más inco-
municada que el resto de las posesiones, pudiendo ser
más efectiva la venda por su insularidad.

Parecía imposible que España pudiera conservar
la totalidad de sus inmensos dominios americanos, en-
redada en la multitud de complicaciones que se le ofre-
cieron a un mismo tiempo, en su propio suelo y en sus
colonias. En torno al desbarajuste que sembró en la
península la invasión napoleónica, con la imposición
de un rey espurio francés, y la rebelión consiguiente
y desventajadas, tanto de Carlos IV como de su valido
y de su pérfido hijo Fernando, el mundo quiso sacar
luzca de la crisis hispana; y los mexicanos y surameri-
canos, desde 1810, emprendieron sus guerras de eman-
cipación. Y aunque en Cuba tocaron y se refaccionaron
algunas expediciones españolas, en los primeros mo-
mentos los destellos del conflicto aquí no se percibieron.
Los Capitanes Generales (que en su país dejaban la
piel de oveja y aquí sólo enseñaban garras de tigre),
hasta cierto punto desligados de los trashumantes go-
biernos españoles, se valían de todos los medios para
mantener el absolutismo, ahorcando a veces a los emi-
sarios del intruso Rey José. Es decir, que mientras en
España luchaban por la independencia, aquí imperaba
atroz tiranía, del mismo modo que más tarde, en los
cortos meses de la República Española, en Cuba siguie-
ron asesinando los gobernantes venidos de ultramar.
De modo que ni el más leve rayo de beneficio nos ofre-
ció la implantación de la Constitución de 1820, auspi-
ciada y mantenida por Riego, en su llamada labor "li-
beral"; pero en cambio, bien pronto nos agobiaron los
efectos de la funesta reacción, apenas Fernando VII
se quitó de encima la demanda popular e impuso su
bárbaro absolutismo.

Grandes distancias, malas comunicaciones y rigidez de censura, dificultaban las informaciones a la masa nativa. Los únicos que conocían a fondo la gran perturbación americana contra España, eran las figuras eminentes.

Con el rodar firme de los tiempos, evolución que parecía imperceptible hacia la madurez, a pesar de los diques artificiales que los gobernantes de la metrópoli nos imponían; en este siglo se había vaciado toda la potencia lógica humana para que en definitivo conflicto España quedara desalojada de lo que no podía por más tiempo dirigir ni dominar. Hasta recientes años le había sido posible, por el opio de la religión, que estaba hondamente arraigada en la población, y por el estancamiento en los problemas de enseñanza y por las guarniciones poderosas y el robusto núcleo peninsular, mantenerse el vasallaje hispano. Pero cada nueva generación iba logrando mayor capacidad. Y que algunos gobernantes, como Las Casas y Someruelos y el Duque de la Torre, se dieron cabal cuenta de la situación, es que por todos los medios procuraron introducir mejoras y contactos con el mundo, para asegurar el poderío de su nación.

APONTE

Tras frecuentes y graves alteraciones de orden en dotaciones de ingenios, el negro libre José Antonio Aponte había logrado esparcir muy quedamente algunas ideas de libertad a sus infelices compañeros. Aponte tenía en el alma justo y lógico odio al blanco por su tiranía con los de su raza; pero con mayor fuerza contra España. Era inteligente y ladino. Había

podido ponerse en relaciones con ligas africanas. De Haití parece que le vinieron las más nutritoras inyecciones para provocar una sublevación de esclavos contra amos y blancos, que podía lograr éxito si se tenía en cuenta la superioridad numérica de la población negra en aquel momento. El virus rebelde mayor estaba agresivamente despierto en todo negro, por los sufrimientos, y más lo provocó y alentó Aponte con sus planes, a pesar de ser desatinados. Los hilos de la conspiración tocaron en Puerto Príncipe, Holguín, Bayamo, Trinidad, Jaruco, y proximidades de La Habana, especialmente en las dotaciones de ingenios. En febrero de 1812 estalló el movimiento. La situación era peligrosa para los blancos. Se temía que la conmoción tomara los caracteres primitivos aplicados por los haitianos a los franceses, de exterminio sin cuartel. Los alzados esclavos actuaron bravamente, incendiando y matando. Aponte desde los primeros momentos convirtió el ingenio *Peñas Altas* en centro de operaciones. No voy a ocuparme de los detalles de esta rebelión, que duró dos meses, terminando con la ejecución de Aponte y algunos de sus secuaces. He querido referirme a este episodio histórico y trágico, porque es un paso más, ejemplar, tanto para negros como para blancos, contra España. La protesta y aspiración de libertad se desbordaba hasta en la aparentemente sumisa y encadenada masa esclava. Las autoridades complicaron en la causa a los cubanos Ramón de la Luz y Luis F. Basave. A principios de abril todo parecía aplacado; pero el recuerdo y el rencor no se apaciguaron jamás.

La Isla ya estaba invadida por un entusiástico espíritu franc masónico, y las logias integradas por individuos de cultura y arraigo. Esta orientación procedía de Europa. En los talleres, dentro del simbolismo y el secreto, imperaba absoluta libertad de palabra y de ideas. Por lo tanto, resultaba un refugio para los libre pensadores, difícil de sostener intercambios en un medio reaccionario y dictatorial. En parte vivían las logias por la fraternidad mantenida con algunos militares y hasta con autoridades. La mayoría directora era criolla. Aquí prendió en seguida el deseo de mejoras políticas para la Isla y discusión de los problemas que conducían a la emancipación. Además de estas logias, en otras partes de América se habían organizado sociedades con fines paralelos, pero que en el fondo eran tendenciosamente políticas y mantenedoras del principio absoluto de independencia de los pueblos. Entre éstas estaban *Los Soles de Bolívar*, *El Aguila Negra*, *La Cadena Triangular* y *Soles de la Libertad* (véanse: *Historia documentada de la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*, por Roque E. Garrigó, e *Historia documentada de la Conspiración de la Gran Legión del Aguila Negra*, por Adrián del Valle). Eran el temor de España, por ser sus miembros juramentados conspiradores y guerreros. Tan variadas y numerosas actividades despertaron recelos y dieron lugar a graves y complicadas causas políticas, con muerte y prisión de centenares de cubanos. De modo que los sistemas de propaganda a la vez que públicos, por los ejemplos y otros medios, se robustecían en el seno de estas colmenas. La indomable minoría de próceres iniciados era incontenible. Tal estado de secreta labor política representaba un nuevo aspecto del desarrollo cultural, más peligroso que nunca para la nación do-

minadora. Y fué precisamente en estos centros donde esplendió mejor brillo bolivariano. La influencia de los triunfos de los ejércitos libertadores fué enorme en todos los pueblos de América. El emulador ejemplo lo difundía Bolívar venciendo y desalojando a España de tierra firme. Por mucho que España se proponía acallar noticias descalabrantes, los cubanos distinguidos conocían el curso de la guerra, hasta el extremo que algunos combatieron al lado del Libertador y otros se le acercaron en demanda de apoyo para esta Isla.

*

En la relación de causalidades históricas que voy ofreciendo, quedan todavía por referir hechos extraordinarios que concurrieron a la crisis de aquel día y a la guerra que le siguió. Pero hay once años extraordinarios, por los sucesos que se operan dentro y fuera de la Isla, en los que Cuba hace papel de limalla de acero que se pretende atraer a la esfera imantada de naciones hermanas y extrañas. Este lapso es el que media entre 1819 y 1830.

El 18 de abril de 1819 ha nacido en Bayamo Carlos Manuel de Céspedes, de familia ilustre, de gran arraigo social y económico.

Dos años después, el 23 de junio de 1821, en la misma ciudad, viene al mundo Francisco Vicente Aguilera.

Van a ser grandes rivales en los preliminares de la Epopeya Grande.

El Presidente Monroe, ante las actividades e intromisiones de las naciones europeas, y en busca de una egoísta ley unilateral que en el mañana pudiera abrirle surco político y económico, y para evitar la merma de

su prestigio, lanza, en 1823, el famoso mensaje conocido por Doctrina de Monroe, que desde entonces, y por largos años, va a ser amenaza constante a los pueblos hispanoamericanos y base de la hegemonía yanqui en este hemisferio.

En diciembre de 1824 el mariscal Sucre, en decisiva y maravillosa batalla campal, destroza y rinde al ejército español en Ayacucho. Marca el final de España en el continente americano. Muchos de los derrotados se acogieron a Cuba. El estruendo de Ayacucho con alegría irradió en todos los pueblos libres.

Creiendo contener vehemencias y aspiraciones cubanas, el 28 de diciembre de 1825 Fernando VII dicta un decreto para los gobernadores de esta Isla, concediéndoles facultades omnímodas, pudiendo declarar a las ciudades, aun en tiempo de paz, en estado de sitio.

Es singular que España, ante la emancipación de sus colonias de tierra firme, ahora pretenda conservar las Antillas con mayor severidad, cual si entendieran sus estadistas que aquellos países habían disfrutado de imprevisor liberalidad, causante de la rebelión.

Hace Bolívar (1826) la convocatoria para el Congreso de Panamá, en demanda de unión de todos los pueblos de América, para abroquelarse contra la intromisión europea; ansía lo que en este momento Roosevelt busca y pide.

Aumenta el número de cubanos que pide a Bolívar y a Páez apoyo para la invasión de Cuba.

Es por entonces, o poco antes, que ha resurgido entre Colombia y México afán de ayudar a los cubanos para lograr la independencia, por espíritu de hermandad y conveniencia de desalojar a España de su último baluarte, y dejar finiquitado su poderío y ambición de reconquista. Este problema llegó a adquirir caracteres

de embrollo político y diplomático, porque bien pronto algunos estadistas colombianos, de la nueva marca revolucionaria, soñaron y llegaron a moldear planes de anexión a sus dominios; siendo mexicanas las tentativas más esforzadas, invocadoras de sus derechos, con alegatos de carácter geográficos; aunque fueron desinteresados los generales Guadalupe Victoria y Santa Ana (véanse: *Breve Historia de México*, por José Vasconcelos, *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, del Archivo Histórico Diplomático Mexicano). Pero como ya los Estados Unidos habían lanzado su unilateral Doctrina de Monroe, terciaron en el asunto para cortar las aspiraciones de los contendientes colombianos y mexicanos, y preferir que siguiera dominando la débil España, en espera del momento que se ha llamado de la "fruta madura". (Véanse: *Diplomatic Relations of the United States and Spanish America*, por John H. Latané, y *Cuba and International Relations*, por James Morton Callahan).

Tenemos a nuestro pequeño país girando en esfera política internacional. Colombia y México han sido desalojadas definitivamente de sus aspiraciones; pero Inglaterra y Francia observan e inquietan a los yanquis. Este es un serio inconveniente para el puro ideal cubano de independencia. Los Estados Unidos empiezan a discutir los asuntos de la Isla desde diversos puntos: geográficos, estratégicos, esclavistas, etc.

HOMBRES

Los pueblos siempre resuelven, como ya apunté en otro sitio, sus problemas según la capacidad de sus grandes hombres. A pesar de todos los fallos tenidos

en su vida política, Heredia (José María), el santiaguero, con sus versos ha hecho más por la gloria de su patria que cien combates y todos los aportes de nuestros congresos republicanos; por algo dijo de él Menéndez y Pelayo que era “compendio y cifra de todos los rencores contra España”. Sus gritos de combate fueron batallas por la independencia. Fué, indiscutiblemente, un apóstol literario de la independencia. Por los tiempos en que los países vecinales discutían la presa antillana, ya estaban brillando por el mundo su oda *El Niágara* y *El himno del desterrado*.

Dos días después de la sesión inaugural del Congreso de Panamá, nace en Santiago de Cuba Pedro de Santacilia. Poeta, prosista eminente, historiador, prócer de la patria. Jamás transigió con España; quemó las naves en el destierro. Pasó la vida en cruzada por la independencia y escribiendo contra el dominio español. Intimo de Benito Juárez. México fué su segunda patria, y allí murió. Insisto en anotar la presencia de numerosos criollos porque

el nacimiento de un hombre, cualquiera que llegue a ser la significación de su vida y aun en el caso de que resulte ínfima o negativa, es siempre algo más que un suceso biológico. Con un hombre nace siempre una posibilidad: una posibilidad de grandeza, de heroísmo, de martirio.

Y porque precisamente cualesquiera de esas fechas son, en potencia, una oda, una historia, una novela, una obra política, diversas oraciones, un conspirador, un manajo de fusiles, un barril de pólvora, contra el dominio español. Y como yo voy reclutando los enemigos que España se creó desde su violenta conquista y colonización, conviene agregar actores para la etapa final. Viene al mundo en Villaclara (noviembre 1827)

la que va a ser famosa conspiradora en Cuba y en la emigración de los Estados Unidos, junto a Martí, Carolina Rodríguez, mejor conocida por *Carolina la Patriota*. Y José Fornaris, en Bayamo (18 marzo 1287). Y Francisco Calcagno. Y Salvador Cisneros Betancourt (Marqués de Santa Lucía) en febrero 10 de 1828. Y Ricardo del Monte, en Cimarrones, en junio 30 de 1828. Y Bartolomé Masó en 1830. Y Emilia Casanova y Rodríguez en 1832. Y Juan Clemente Zenea en 1832, y Juan Bautista Spotorno en 1832. Ignacio Agramonte en 1841.

Estas crisálidas, que pronto van a destacarse en diversas disciplinas y en el activo patriotismo guerrero, se educan en un medio, que ya hemos visto, completamente distanciado del curso de civilización que seguía el resto de los pueblos cultos. La enseñanza venía siendo restrictiva y primitiva. Las escuelas privadas eran las únicas que ofrecían limitada enseñanza, y la superior estaba engrillada en retardatario dogmatismo, fundamentalmente religioso. El analfabetismo era vergonzoso. La minoría que formaba, como cosa extraordinaria, la constelación beneficiada, en contraste era de extraordinaria capacidad y sabiduría. Prueba de fácil constatación se halla examinando el *Diccionario biográfico cubano*, de Francisco Calcagno, y los dieciocho volúmenes de la *Evolución de la Cultura Cubana*, por José M. Carbonell.

Aspecto muy avanzado de la época, que señala la inquietud y curiosidad nacientes, son los trabajos serios que sobre diversos aspectos se escribieron y publicaron, ofreciendo mayor robustez y fondo los provocados por la Real Sociedad Patriótica, y el asombroso colmenar periodístico que brotó a la vera del siglo. El periodismo adquirió intensa lozanía, aunque

en moldes reducidos por el tamaño y canalizados por rutas que en nada interferían con el régimen y otras conveniencias esencialmente hispánicas. Este periodismo era en su fondo, serio, literario, filosófico, doctrinal, satírico, humorístico y a veces con ribetes económicos; sometido a férrea censura regida invariablemente por individuos del clero y la milicia. Contravenir las normas y dogmas de la iglesia, o de la Corona, o de la milicia, o los derechos de conquista y pernada de los peninsulares, daba lugar a inmediata clausura y proceso. Así, el periodismo, durante estas etapas, fué un entretenimiento, una gimnasia mental. Aunque dentro de este limitadísimo círculo hubo no pocos periodistas de ingenio que produjeron desasosiegos a las autoridades, especialmente por las sátiras y humorismos. De modo que por el reducido número de lectores, la restringida libertad de pensamiento, y el peligro de caer en las garras de los intolerantes censores, las hojas, periódicos, repertorios, etc., nacían y morían como las luciérnagas. Pero de todos modos producían efectos de luz. Eran opiniones, estados de ánimo, a veces muy avanzados. Sobre todo la parte científica e histórica, y lo poco de noticias del mundo, iban abriendo rasgones en el cielo cubano, que permitían la observación y la crítica interior.

Notorio era que España prefería mantener a los insulares cubanos en aislamiento, porque es axiomático que a mayor cultura más libertad; la cultura es como el fuego frente a la niebla.

*

Es trascendental, porque marca un momento de desesperación y cólera del más insolente y soberbio de los procónsules españoles en Cuba, Miguel Tacón, el

destierro de Saco, en julio de 1834. (*La Personalidad Política de José Antonio Saco*, por Francisco J. Ponte Domínguez, y *José Antonio Saco*, estudio biográfico, por Pánfilo D. Camacho.)

La región de Santiago de Cuba siempre se distinguió por un típico y agresivo criollismo. Debido a que la ciudad mantenía latente el recuerdo de haber sido la segunda en fundación y capital de la Isla, no cejaba en su orgullo y rivalidad con La Habana. Su influencia era grande, no obstante el poder del Gobernador General, pues mantenía ciertas relaciones civiles directamente con la península. Allí radicaba el único arzobispado. Los gobernadores orientales eran la pesadilla de los Capitanes Generales. En 1835 fué nombrado Gobernador y Comandante de dicho Departamento el mariscal de campo Manuel Lorenzo, español culto y de opiniones liberales. Apenas asumió el mando se rodeó de los cubanos más distinguidos, entre ellos Francisco Muñoz del Monte y Porfirio Valiente, lo que le valió inmediata popularidad. Esta actitud, tan propia de un previsor gobernante, le malquistó con el Gobernador Tacón, y con el arzobispo fray Cirilo de Alameda, iniciándose tirantéz insoportable, que culminó al ocurrir el motín de La Granja y ponerse en vigor (1836) en España la antigua Constitución y Lorenzo hacerla jurar por el clero y las autoridades. Tacón juzgó imprudente la lógica y legal actitud de Lorenzo, porque entendía que esta Isla no tenía derecho a disfrutar tales beneficios, y lo destituyó. Lorenzo prendió al emisario de Tacón. Es significativo que el bando que lanzó en octubre 2 de 1836, va dirigido a los "cubanos". Con este motivo estalló la guerra entre ambas autoridades. Y Bayamo se puso del lado de Lorenzo. Tacón no solamente ordenó un bloqueo por mar, sino que envió una

columna punitiva sobre Santiago. Lorenzo tuvo que huir hacia Jamaica (diciembre 1836) debido a que la mayoría de sus subordinados le hicieron traición.

Esta pugna, entre funcionarios españoles de alta jerarquía, es digna de estudio y atención, porque destaca la disparidad de criterio existente entre las leyes que nos imponía la península y la opinión de cada uno de los gobernantes de allá lanzados como halcones de presa. Lorenzo representó en aquel momento el juicio y política que España debió haber mantenido en su colonia cubana para atemperarse a la marcha e ideario de los tiempos, y Tacón el espíritu intransigente de los mandatarios de ultramar y los intereses de los españoles de la Isla. Por eso esta hora es jalón perjudicial a la estabilidad española. (Véanse: *Crónicas de Santiago de Cuba*, por Emilio Bacardí; el *Juicio de Residencia de Miguel Tacón*, e *Historia de la Isla de Cuba*, por Jacobo de la Pezuela.)

PLÁCIDO

Pocos años de paz transeurrieron. La colonia vivió los siguientes nueve sometida al usual arbitrario mandato, hasta que el 26 de octubre de 1843, apareció el feroz teniente general Leopoldo O'Donnell, a quien se le concedía el premio de esta gobernación por su pronunciamiento militar en Pamplona; y que desde los primeros pasos imitó las normas de su antecesor Tacón, de sofocar en sangre y garrote toda tentativa de rebeldía o conspiración.

La población negra, sumados libres y esclavos, era mayor que la blanca. La proporción de criollos excedía a los peninsulares sujetos a los cargos oficiales o a la

milicia regular. La clase más prestigiosa y de superior cultura, era nativa. Para poder hacer sano gobierno era preciso contar con esos criollos, conforme ya lo había expresado el famoso viajero alemán barón Alejandro de Humboldt: sabios, teólogos ilustres, poetas continentales, estadistas, agrónomos (*Ensayo Político sobre la Isla de Cuba.*) Esto lo sabían tanto los anteriores procónsules como el mismo O'Donnell. Mas, temiendo que posibles movimientos sediciosos de las negradas, auspiciadas por blancos, pudieran poner en peligro la quietud de la Isla, a pesar de que a su clara inteligencia y habilidad no podía ocultársele que el espíritu emancipador era muy incipiente; para prevención a la minoría progresista, especialmente aquella que anidaba y se amparaba en la Real Sociedad Patriótica — la que al acordarse mañosamente la injusta expulsión del célebre abolicionista inglés David Turnbull se revolió fulminantemente contra el acuerdo, por la voz del respetable D. José de la Luz y Caballero, y anuló el acuerdo, inscribiéndolo de nuevo en la lista de socios —, O'Donnell perversamente empezó a tender los hilos de un golpe decisivo para castigar a negros y blancos. En los meses anteriores al año 1844 había actuado con suma crueldad en los levantamientos de las dotaciones de varios ingenios. Esto le inspiró dar entrada principal a la boca de la trampa a los indómitos negros. Sus corifeos administrativos, militares y del poder judicial, tejieron la malla. Simulóse una conspiración, que ha tomado el nombre de la Escalera, de carácter general, aunque

más importante fué en la jurisdicción de Matanzas, donde llenó de pavor a sus habitantes.

La Isla entera se estremeció de espanto. La Comisión Militar envolvió en ella a más de 4,000 individuos blancos y de color, mandó a centenares a presidio, expulsó a otros, y murieron más de 300 durante la substanciación de la causa. (Véase: *La Comisión Militar ejecutiva y permanente de la Isla de Cuba*, por Joaquín Lla-verías.) Entre los complicados figuraron prestigiosos cubanos antiesclavistas, como Luz y Caballero (*José de la Luz y Caballero en la conspiración de 1844*, por Francisco González del Valle, y *La Conspiración de 1844*, por José Manuel Pérez Cabrera), Domingo Delmonte, Martínez Serrano, Félix Tanco y otros no menos destacados. Para arrancar las declaraciones se emplearon todos los procedimientos de los tiempos bárbaros, pues entendía O'Donnell — como actualmente lo vienen copiando algunos gobiernos y tiranuelos de América — que todos los medios de tortura, aun los de la inquisición, eran lícitos para obtener informaciones de las víctimas.

Hasta aquel momento la causa de la Conspiración de la Escalera, fué la de mayor trascendencia, por los efectos directos en la Isla, y por la resonancia que tuvo en el mundo entero, señaladamente en las naciones que en aquel momento discutían y tendían a la supresión de la esclavitud, en línea delantera Inglaterra. E hirió hondamente el sentimiento nacional criollo, complicando y sacrificando al bardo de color, *Plácido*, que gozaba de celebridad por su genial inspiración poética desgranada con asombrosa fecundidad en festejos y regocijos hogareños y a veces de la patria española. Gabriel de la Concepción Valdés, aunque en realidad no era un patriota, ni puso empeño en la conspiración, gozaba de firme popularidad. Y España, sacrificándolo, no solamente cometió una felonía, sino que lo con-

virtió en mártir, y se conquistó nuevos odios de negros. Tan es así que al estallar el movimiento separatista, en 1868, van a ser centenares los individuos de color de aquel momento que se incorporarán a los libertadores. Tan contraproducente fué la actuación artera de O'Donnell, tanto perjudicó al crédito español, que todavía en nuestra literatura se recuerda de Plácido su desgarradora marcha hacia el murallón fatal recitando versos de despedida. . .

NARCISO LÓPEZ

Nótese cómo las concreciones sociales y políticas se acumulan aceleradamente. Ya los diversos episodios de protestas y rebeliones son más robustos y periódicos. Y prueba de este aserto es que durante el mando de este desalmado gobernante, el venezolano Narciso López, mariscal español, estaba minando parte del territorio con la predicación de doctrina emancipadora, preferentemente por Vuelta Abajo y Las Villas. Su labor fué tenaz e inteligente en aquel medio indiferente y hostil, porque en realidad la masa, lo que después ha podido llamarse pueblo, no estaba educada para comprender el sacrificio de una nobilísima minoría culta. Aunque las postreras conspiraciones y tentativas suyas se tacharán de anexionistas, en esta etapa el ideario nacía libre de contactos y aspiraciones que no fueran de límpida independencia por el esfuerzo de los propios cubanos.

Por el momento escasa o ninguna relación tuvo López con los cubanos que vivían desterrados en los Estados Unidos, haciendo propaganda anexionista por medio del periódico *La Verdad*, dirigido por Gaspar

Betancourt Cisneros (*El Lugareño*), y, no obstante el celo de las autoridades, difundióla por toda la Isla. En realidad la tendencia anexionista jamás logró en Cuba arraigo que mereciera preocupación de los románticos de la independencia pura, porque fué tan sólo un síntoma pasajero, brote de desesperación de cubanos bien inspirados, amantes de su patria, pero faltos de la médula divina, quimérica, de los cruzados que se lanzan a la conquista de sus ideales sin medir la calidad ni el tamaño del obstáculo. Probablemente poco pesó en sus mentes la conveniencia, si no el temor del poder español y la avidez de la política yanqui que acababa de saciarse con un despojo inaudito a México en reciente guerra.

La campaña anexionista, además de inquietar a España, tuvo la plausible utilidad de producir en nuestro país un pequeño estado de opinión, que más luego canalizaría hacia la independencia.

Ya tenemos agentes y exilados cubanos que por toda la América buscan y propagan la expulsión de España de Cuba. Ya hay una franca atmósfera emancipadora. Ya se perfila la cubanidad. La labor ahora es de cultura, fe en los apóstoles, propaganda y espera de la actuación errada de España.

El centro motor de la conspiración se hallaba en Las Villas, y en torno de las minas de San Fernando, Manicaragua, Trinidad y otras ciudades.

Cuando estaban disponiendo los resortes del alzamiento, ocurrió una delación. Interviene en la denuncia el gobernador de Cienfuegos, Ramón María de Labra (el mismo que en el parque *Martí* de Cienfuegos tiene un busto en mármol). López logra escapar (julio de 1848) y se acoge a los Estados Unidos.

La sacudida fué honda en los centros españoles. *La*

Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana, por el momento parecía fallida; mas quedaban sus raíces que, como las de la robusta ceiba, levanta lentamente el suelo.

Dejemos transcurrir tan sólo dos años.

En Camagüey había venido latiendo, como en Oriente, espíritu de rebeldía en los individuos de mayor prestigio social y económico. Desde 1850, funcionaba la Junta Revolucionaria para acumular fondos, ilustrar a las masas y publicar hojas sueltas. Entre los directores estaban Serapio Recio y Joaquín Agüero. Sus trabajos estaban ligados con los de Trinidad, La Habana, llegando hasta los Estados Unidos.

Al huir López hacia el Norte, robusto de entusiasmo y fe, pero falto de recursos para importar una guerra, propúsose organizar otro movimiento, valiéndose de argucias e interpretaciones idénticas a la moral política de las naciones pícaras e interesadas, y utilizando a soldados licenciados de la reciente guerra contra México, ahora convertidos en mercenarios. Cuando las autoridades de la Isla menos lo sospechaban, el día 19 de mayo de 1850, súbitamente aparece al frente de su hueste y se apodera de la ciudad de Cárdenas.

Ahora España tiene frente por frente a la primera bandera cubana y a un cuerpo de ejército insurrecto invasor que le disputa el terreno. No importa que tan heroico y hermoso episodio no haya sido secundado por el país, ni que la expedición tuviera que abandonar su presa. Podrá decirse, con orgullo, que fué arpon enterrado a la dominación española. Simbólicamente aquella bandera quedaba amenazante flotando en toda Cuba, para afirmarse diecinueve años después en Guáimaro (véanse: *Páginas para la Historia política de la Isla de Cuba*, por Juan Arnao; *Expedición del General*

Narciso López, en el *Boletín del Archivo* de enero 1904; *The López Expeditions to Cuba*, por Robert Granville; *Historia de la Jurisdicción de Cárdenas*, por Leonardo García Chávez, y *Narciso López y su época*, por Herminio Portell Vilá). López, en los Estados Unidos, esta vez con auxilios obtenidos directamente por sus esfuerzos, aunque con enlaces de interesados esclavistas y ofertas amplias, pudo organizar una nueva y más poderosa expedición que la anterior, con manifiesto consenso de las autoridades, porque ajustaba en el vasto plan de la política exterior de los yanquis, en su ya manifiesto apetito imperialista.

Pero la exaltación, inexperiencia, desconocimiento de la situación y opinión general, impulsaron a los de Puerto Príncipe a lanzarse a la manigua antes que arribara Narciso López; y contaban con tan escasos recursos, y fueron tan pocos los que se sumaron al movimiento, que por fin tristemente fracasaron.

Y, para secundarlos, Trinidad se alza con patriotas de arraigo, entre ellos el teniente coronel de Milicias Isidoro Armenteros, el discípulo de Don *Pepe*, Fernando Hernández Echerri y otros esforzados cubanos. El ejemplo de ellos tampoco recibió apoyo adecuado, pues apenas reunieron 69 hombres. Confiados se mantuvieron en marchas tácticas por la comarca. El Gobernador Gutiérrez de la Concha puso numerosos contingentes sobre su pista. Realmente el país estaba en estado de guerra. La tendencia separatista era franca y públicamente conocida. Aunque en pequeñas partículas, el ideal seguía en marcha.

Un día después que en Pinar del Río (Morrillo) desembarcara la expedición del *Pampero*, de López, era sacrificado en Puerto Príncipe Joaquín Agüero

(agosto 12 de 1851). Véase: *Hombres del 51*, por Jorge Juárez Cano.

De modo que a las puertas de La Habana se libran combates por la independencia, y es muerto un general dominicano al servicio de España.

Cierto que los expedicionarios del *Pampero* fueron fulminados, y ejecutado el mariscal Narciso López, el primero de septiembre; mas su muerte produjo profunda sensación en toda la América, y la historia de sus hazañas quedó vibrando e influenciando con su bandera. Los conspiradores y las conspiraciones eran como la invencible bibijagua para los vegetales en su habilísima y temible ingeniería subterránea. La Isla estaba soterrada de adversarios de España, desde Maisí a San Antonio. Una importante palpitación es la de que cuando el Teniente Gobernador de Bayamo, a usanza invariable de las autoridades de esta Isla de celebrar con ágapes oficiales la muerte de los partidarios de la libertad, organizó uno para festejar la ejecución de Narciso López, Carlos Manuel de Céspedes, el supremo paladín de la jornada de esta noche,

irrumpió en la sala del banquete, y, apostrofando —dice Portell Vilá en su *Céspedes*— al coronel Gómez Rojo, pronunció un discurso violento, en el que condenó la celebración de aquel acto poco hidalgo, y, dejándose llevar por la cólera, llegó a pronunciar frases que revelaban sus simpatías por la vencida revolución y sus propósitos de continuarla.

Por cierto que este “primer acto suyo de hostilidad al Gobierno español” motivó su confinamiento a Palma Soriano, quedando a la vez complicados Lucas del Castillo y el poeta José Fornaris.

EL AÑO 1855

Y tan obstinadamente la bibijagua cubana—insisto en el símil, porque me parece que se ajusta a la tesonera labor del laborante criollo de entonces—, no descansaba en sus propósitos, es que en marzo de 1852 fueron deportados Pedro Santacilia y Luis Hernández, por haber derramado un frasco de azafétida al pie del retrato de la Reina Isabel II, colocado en la *Sociedad Filarmónica*; y que meses más tarde muere en garrote el patriota reglano Eduardo Facciolo y Alba por mantener y escribir con Juan Bellido de Luna un periódico que predicaba la revolución.

Las actividades de Facciolo y las prédicas de *La Voz del Pueblo Cubano* (véase: *Facciolo y la Voz del Pueblo Cubano*, por Joaquín Llaverías), eran proyecciones del movimiento que en Vuelta Abajo y por esta región habanera organizaban Anacleto Bermúdez y Pérez, el Conde de Pozos Dulces, Luis Eduardo del Cristo, Antonio Gassié, Porfirio Valiente, Ramón de Palma, Francisco Estrampes y una pléyade de magníficos criollos, y que terminó con prisión de la mayoría de ellos y simulación de ejecución (1853) en garrote vil de los complicados Eduardo del Cristo y Juan González.

Dos meses antes había nacido en La Habana José Martí, que sin transcurrir medio siglo prepararía los resortes revolucionarios provocadores de la liquidación absoluta de la dominación española en América. Resultando que al suplicio del joven Facciolo, el alma nacional criolla responde con la aurora del ejecutante Martí.

El sentimiento rebelde de esa perseverante minoría

se expande y fortifica a pesar de la indiferencia general y de los castigos severos que les asesta España; a tal intensidad, que el breve lapso del 48 al 55 es una continuada serie de brotes insurreccionales. Eslabonamiento perfecto es la poderosa conspiración de Ramón Pintó, considerable por su penetración y elementos que la integraban, y por ser Pintó una noble e influyente figura catalana que desde la península venía saturado del germen de la libertad y que en La Habana se destacaba como adinerado, artista de finos quilates y de respeto en todos los centros sociales. Pintó contaba para su causa con fondos del Gobierno, y hasta con militares. Era un plan magno e ideal. Todas las avenidas parecían tomadas para que se convirtiese en realidad. Hasta confiaba Pintó en sus lazos de amistad con su amigo el Gobernador General José Gutiérrez de la Concha. Mas ocurrió no solamente que el hipócrita procónsul se enterara por delación de Claudio González o del general yanqui Quitman o del comisionado que Jefferson Davis mandara a Pintó, sino principalmente por el temor que a última hora abrigó de su situación personal. Entonces Concha decide asestar el golpe, y detiene a Pintó y alevosamente lo ejecuta el 21 de marzo de 1855. (*Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, por Vidal Morales, y *La conspiración y el martirio de Pintó*, por J. Conangla Fontanilles.)

Y nueve días después es también agarrado el pinareño Francisco Estrampes, de 26 años de edad, que había sido detenido en Baracoa cuando organizaba un movimiento guerrero.

Marquemos, además, un síntoma desesperado, sin aplicarle en esta ocasión severidad crítica histórica. El extraordinario e insospechado patriota Domingo Goicouría, que hacía años venía entregado en cuerpo y

alma a todo lo que tendiese a la emancipación de Cuba, ante la fatalidad de los diversos fracasos revolucionarios y duda de los planes fraguados, sin conocer todavía a fondo los propósitos del audaz, avieso e inteligentísimo yanqui William Walker, sino fijándose tan sólo en sus sirenaicas ofertas; por medio del comisionado Francisco Alejandro Lainé se acercó al célebre filibustero para lacrar un convenio tendiente a liberar a Cuba, ofreciéndole, para ese fin, los recursos de que él disponía en Centro América, como tesorero de la Junta Cubana. Para ultimar el pacto, Goicouría se trasladó a Granada, acompañado de un contingente de voluntarios, siendo nombrado brigadier e Intendente General de Hacienda, y más tarde Ministro Plenipotenciario de Nicaragua ante la Gran Bretaña; y sólo cuando ya el bellaco Walker ejercía el usurpado mando supremo de Nicaragua, y por decreto restablecía la esclavitud, Goicouría, dándose cuenta de la magnitud de la felonía del yanqui, instrumento declarado de la política esclavista del Sur de los Estados Unidos, y del paralelo plan de anexionarse el país hermano, al igual que Texas, abandona a Walker (véase: *Filibusters and Financiers*, por William O. Scroggs).

*

Con los últimos golpes asestados a los infatigables campeones de la libertad, a esa prócer minoría que con sus personales sacrificios, a modo de holocaustos en la pira de la patria, iban sembrando granos de dignidad en el amorfo surco del sentimiento nacional, parecía haberse apagado el heroico espíritu rebelde; pero todavía los alucinados emigrados que trabajaban en los Estados Unidos agrupados en torno de la sociedad *El Ave María*, presidida por el perseverante agitador José

Elías Hernández, rodeado de Agustín Santa Rosa y Juan Clemente Zenea, con el aliento de la heroína habanera Rita Balbín; en convención celebrada en Nueva York habían acordado una constitución para una república cubana; y en la expedición de la goleta *African* se lanzan a hazaña que fracasó ruidosamente en Haití en 1859 (*Vida Constitucional de Cuba*, Cap. III, Constitución de *El Ave María*, por Emeterio S. Santovenia).

*

Los elementos esclavistas del Sur intervinieron directamente en las andanzas expedicionarias e invasoras de Narciso López. Políticos yanquis mantenían despierta la campaña anexionista de los cubanos de Nueva York, y de acuerdo con todo esto se celebró la famosa conferencia de Ostende (1854), para buscar la anexión de la Isla por el sencillo procedimiento de la mansa compra. Porque los Estados Unidos, desde los primeros años de su asombroso desarrollo y riqueza, andamiaron su política exterior y de imperialismo en forma distinta a la europea — que es la fuerza de las armas en todos los casos — esto es, mixta: primero, por maquiavélica persuasión y, si no es viable, entonces por la del dinero; reduciendo todos los problemas a unidad de oro.

En vista de los grandes despojos hechos a México, y la anexión de Texas en 1854 (*Tejas*, por Carlos Pereyra) e incitación a Walker para conquistar a Nicaragua; aprovechando ese ambiente, algunos patriotas pretendieron sacar beneficio del febril momento histórico, sin reparar en los medios más reprochables. Así fué como al darse cuenta los políticos peninsulares de la peligrosa situación de la colonia cubana, agitada en

su interior y solapadamente minada por las ambiciones del Norte, hacen que sus mandatarios apliquen drásticas medidas contra los agitadores y procuran cerrar la puerta a toda interferencia fronteriza.

*

Tras el fracaso de la expedición de la goleta *African* va a suceder un largo entreacto, de ostensible calma; aunque de preocupación y vigilancia de las autoridades de esta Isla, tan pronto estalló en la vecina república (abril 12 de 1861) la guerra civil entre los Federales del Norte, con Lincoln por campeón, y los Confederados con Jefferson Davis de caudillo máximo. Contienda originada por la esclavitud, con propósitos de secesión. El problema esclavista afectaba vivamente a Cuba, porque la mayoría de los ricos cubanos blancos, tanto los partidarios de España como los independientes, y más tarde los anexionistas, querían conservar, para su provecho, la institución servil como base de la riqueza agrícola del país.

Con ciertas reservas, los Confederados tendían la vista codiciosa a Cuba con miras de en ella, como en otros territorios de la Unión, extender la industria del músculo negro. Aquella situación impuso cuidado a los Gobernadores de Cuba. Y aunque durante la tremenda guerra civil los elementos revolucionarios cubanos, tanto los desterrados como los medio ocultos en la Isla, no pudieron provocar agitación de ninguna clase, porque en tales momentos los políticos yanquis no tenían tiempo que dedicar a los asuntos externos — la terminación de la contienda nortea produjo la emancipación de los esclavos, y supresión de la trata de negros en casi toda la América, afectando beneficiosamente a Cuba; y como tan sólo en esta Isla quedaba funcionan-

do la esclavitud, parecía evidente que su liquidación estaba inscrita en corto intervalo, quedando, por lo tanto, más que nunca, interesados en la propaganda los verdaderos emancipadores y los negros de cultura.

*

Las líneas demarcatorias de ciertos períodos, eras, épocas o ciclos históricos, ya para sus inicios o para sus finales, son, en la mayoría de los casos, productos de las tendencias, gustos o pasiones de los autores; y de ahí que rara vez el cuadro histórico tenga un marco o límites ajustado al desarrollo del tiempo estudiado o descrito. En nuestro país los períodos históricos coloniales han recibido, y así son conocidos, por los nombres de los procónsules que gobernaron la Isla. Aunque más bien pudieran trazarse cuadros comprensivos del movimiento de cada siglo, hasta la toma de La Habana por los ingleses, porque este hecho sí marca una línea divisoria, a partir de la cual España se vió obligada a iniciar nueva tónica en la gobernación de su mayor factoría antillana. Es el siglo XIX el único que por sus fijas, grandiosas y dramáticas alternativas, civiles y guerreras, de cultura y arte, de hombres de excelsas valoraciones, tiene volumen para ser dividido y subdividido en períodos racionalmente definidos. Con sujeción al postulado de este párrafo, mis aficiones y entusiasmos a veces sólo me permiten observar los problemas esencialmente políticos, y preferentemente los revolucionarios, y, de acuerdo con ellos, mentalmente encuadro los problemas cubanos en fases puramente de rebeliones, conspiraciones, guerras, protestas y hasta asonadas de dotaciones esclavas. De ahí que en lugar de entender—como los competentes historiadores nuestros—que la creación y fracaso de la Junta de Infor-

mación (se publicó el decreto en noviembre 29 de 1865 y se clausuró en abril 27 de 1867) es determinante de una época y de una aspiración cubanas, decepcionalmente fallida, yo, ayartándome de ese juicio, ya que me parece que la tal creación y fracaso fué algo tan corriente y esperado como el cese de los diputados de 1809 y la expulsión de los diputados cubanos Saco, Escobedo, Montalvo y Armas, en 1837, prefiero un jalón más preciso.

Para mí el fracaso de la tentativa de la sociedad *El Ave María*, en 1859, tras la anterior serie de agitaciones e inmolaciones de patriotas, marca el punto histórico de espera, para el mutis de los nueve gestadores años subsiguientes, y enlace posterior con el eslabón del 10 de octubre de 1868.

De todos modos he de pasar por la Junta de Información, puesto que es un notable episodio político, un nuevo error de España y sus impenitentes estadistas en su equivocada política ultramarina. (*La Junta de Información de 1866-67, sus antecedentes y sus Resultados*, por Rafael Montoro, t. I, Edición del Homenaje.)

CUBA, "EL SIGLO" Y ASQUERINO

Cuba, a fines de 1861, tiene aproximadamente 1.200,000 habitantes. Su presupuesto se eleva a más de \$29.000,000. De este presupuesto se destinaban para gastos de guerra y marina más de \$11.000,000, es decir, casi el 40 por ciento, y unos \$6.000,000 para "atenciones de la Península". Esos organismos eran una verdadera calamidad parasitaria nacional: compra de armamentos, municiones, guerrillas, mantenimiento de fortalezas y cuarteles, pingües sueldos y honorarios y

pagas de falsas condecoraciones y antigüedades; paseando los jefes y oficiales sus arrogancias por el sometido país.

La clase que regía los destinos públicos de importancia era la peninsular. El poder judicial, el ejército y la marina y el clero, eran españoles. El comercio en general, igualmente hispano. La policía, de idéntico origen. Una subclase privilegiada de pseudos militares desparramada por la Isla, compuesta especialmente de comerciantes, industriales, dependientes y demás españoles vigilantes de la conservación del dominio metropolitano. Este cuerpo de voluntarios, poco disciplinado, fué el más mendaz y cobarde que existió en esta Isla. Tubo como jefes a los más desalmados militares de línea y reaccionarios españoles, que a pesar de estar afincados en esta tierra, resultaban enemigos de los criollos; peores que los mercenarios y pretorianos; asesinaban en los pueblos y rehuían las campañas de peligro. Se erigió en mantenedor de las glorias españolas.

Sumábase a lo anterior

la esclavitud como elemento constitutivo de trabajo, bajo la forma de la servidumbre del negro.

El azúcar, como bien ha dicho un sabio escritor cubano, aunque extraída, amasada con sangre de negros, era española, porque daba la nutrición a los presupuestos, y los disfrutadores generalmente resultaban españoles rancios y criollos españolizados, y en los días de las guerras fueron cuarteles de soldados los ingenios; en contraste con el tabaco, que era cubano, y rebeldes desde sus cultivadores hasta sus torcedores.

Aunque es de confesar que por lo menos entonces gran parte de la tierra pertenecía al criollo.

Impuestos abusivos para todo. Monopolios, cédulas

personales, papel timbrado. Subordinación absoluta a la voluntad sin límites del Capitán General y sus mandatarios. El país declarado en invariable estado de sitio. La amenaza constante de destierro. Incontenibles los desafueros de los soldados y voluntarios; hasta ante los tribunales, éstos regularmente vejaban a los nativos.

En todo el país (1867) existían 418 escuelas con 752 maestros; estos maestros eran parias, peor tratados que los inútiles soldados. El presupuesto para la enseñanza jamás contó ni con la cuadragésima parte de los ingresos. Los hijos de los ricos se educaban en el extranjero. La censura era inquisitorial para el pensamiento, tanto escrito como de palabra. Cualquier desvío conducía al destierro o a Isla de Pinos, Ceuta, Chafarinas, etc. Inviolable el rico clero. Prohibida la introducción y lectura de libros de ideas liberales.

Por eso resultaba anormal que en un ambiente tan reaccionario pudiera mantenerse desde los comienzos del gobierno del general Serrano, el periódico *El Siglo*, con independencia de juicio y arranques de patriotismo liberal, sin recibir perjuicios los próceres cubanos que lo mantenían, tales como Miguel de Aldama, Mestre, Valdés Fauli, Morales Lemus, Bramosio, y su ilustre director Conde de Pozos Dulces. *El Siglo* fué hermoso y viril paladín del cubanismo. Su labor fué de construcción patriótica. Dentro de aquella situación francamente hispánica, su credo era el más avanzado que cabía, el liberal y reformista; pero ya en 1865 el Conde de Pozos Dulces, avanzando un poco, definió

que *El Siglo* estaba inspirado en los planes autonómicos de Varela, Saco y Delmonte;

y había interesado en su campaña al general Serrano.

En noviembre 25 de 1865, como antes apunté, aparece el Real Decreto, refrendado por Cánovas del Castillo, creando la célebre Junta de Información, compuesta por veintidós comisionados que prepararían leyes para Cuba y Puerto Rico. Estos delegados, los más cultos e ilustres de las Antillas, se ceñirían a “recomendar leyes” a un parlamento hostil a conceder beneficios a estas colonias, dirigido este cuerpo por ministros enemigos inveterados de reformas. En octubre 30 del año siguiente los comisionados

deliberaron a puertas cerradas, en profundo secreto, en medio de general indiferencia.

En Cuba, los liberales y avanzados patriotas, no creían en la eficacia de la tal Junta; y los españoles de la colonia odiaban su elección y suspiraban por su fracaso. El Gobierno de la península no le hizo el menor caso, cerrándola el 27 de abril de 1867. Y como demostración de su desdén y réplica despectiva a la opinión y aspiraciones del país, las Cortes acordaron y nos clavaron un impuesto directo de diez por ciento,

manteniendo en vigor casi todos los impuestos contra los cuales clamaron los representantes antillanos.

Los comisionados protestaron inútilmente. El Conde de Pozos Dulces regresó y asumió de nuevo la dirección de *El Siglo*, hasta marzo de 1868. Aquel descalabro había sido la muerte de la última esperanza de los liberales. Los reaccionarios españoles de la Isla — que formaban más del 95 por ciento—, quedaban contentos del sesgo de las aspiraciones cubanas.

Como señal de apercibimiento, que en la península había para el probable caso de una protesta o rebelión,

a los pocos meses de haber cesado la Junta se hizo cargo de la Capitanía General el neroniano Conde de Valmaseda. Por suerte su mando duró escasamente tres meses.

Mientras los comisionados estuvieron preparando sus trabajos en Madrid, en Cuba había aparecido, apoyado por el Gobernador Domingo Dulce, que pretendía simular que iba a rectificar la vieja e impenitente política de desconfianza y opresión de su antecesor, y por *El Siglo*, el director del periódico madrileño *La América*, Eduardo Asquerino, en una campaña política que se proponía librar a favor de las reformas que defenderían los miembros de la Junta. No pocos cubanos creyeron las falaces promesas de Asquerino. Los españoles se le enfrentaron. Y los cubanos le ofrecieron un banquete en *Las Tullerías*, de La Habana (9 de diciembre de 1865), estando presentes José Ricardo O'Farrill, el Marqués de la Real Proclamación, Carlos de Sedano, Valdés Fauli, el Conde de Pozos Dulces, Fesser, Ramón Zambrana, Azcárate; y donde, por primera vez, según declara José Ignacio Rodríguez, "se concedió libre emisión del pensamiento". Asquerino siguió a Las Villas, a gozar de delirante homenaje, con la espina candente de que Miguel Jerónimo Gutiérrez expusiera los agravios del pueblo cubano contra la metrópoli. Todo fué puro espejismo. Con el regreso de Asquerino se esfumaron las esperanzas.

VICUÑA MACKENA Y SEWARD: CHILE Y ESTADOS UNIDOS

A la par que la Junta trabajaba, *El Siglo* hacía labor cívica y Asquerino se paseaba por Cuba, por los Estados Unidos, Benjamín Vicuña Mackena, enviado es-

pecial de la república de Chile, hacía vigorosa gestión por su país, con motivo del atentado que España había ejecutado, como acto punitivo, apoderándose de las Islas de Chíncha (abril de 1864) y declarando la guerra al Perú y Chile y bombardeando el capitán Méndez Núñez Valparaíso y el Callao (marzo y mayo 1866). La misión de Vicuña Mackena era de levantar la opinión yanqui y buscar apoyo económico, y, si posible era, militar y naval. Para encauzar mejor sus actividades, fundó el periódico *La Voz de América* (1865). Y para amenazar a España, desviándola del Pacífico, donde operaba su escuadra invasora, buscóse las simpatías de los desterrados cubanos y puertorriqueños, entre éstos J. M. Macías y J. F. Bassora, de la Junta, prometiéndoles auxilio económico inmediato y someter al Gobierno de su patria un plan militar para venir a la conquista de la independencia (véase: *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como Agente Confidencial de Chile*, por Vicuña Mackena).

Estos coqueteos seudo fraternales y diplomáticos de Vicuña Mackena con los éubanos, si bien nada efectivo nos rindieron, pusieron relativo temor en las autoridades de la Isla y de la Península. Por cierto que cuando Vicuña Mackena hablaba de propiciar la independencia de Cuba, el estadista norteamericano, secretario de despacho, Willian H. Seward, en diciembre de 1865, simulando un viaje de placer a La Habana, en visita expresa al Capitán General Dulce, dijo:

Los Estados Unidos no tienen otras miras y deseos en estas regiones que el adelanto y el bienestar de sus pueblos, siéndole *indiferente* los medios o la forma de gobierno que le sirven a alcanzar tan nobles fines. La España *es la única nación europea que tiene derecho a mantenerse en América*, porque España ha sido siempre *eminentemente americana*. Posee la gloria de haber des-

cubierto y dotado al mundo con la América, y de haber poblado y cristianizado estas vastas regiones. Por tanto, deseo a España toda suerte de dicha y prosperidad, para que pueda *conservar sus posesiones americanas* y asegurarles las bendiciones de la paz y de todos esos *bienes* con que Dios recompensa a los pueblos frugales y laboriosos. Estos son los deseos y únicas aspiraciones de los Estados Unidos.

Lo dicho por el secretario de Estado yanqui, en el palacio de los Capitanes Generales españoles, ceñíase estrictamente a las normas de la política norteamericana, en aquellos momentos preocupada del ensanche territorial, que más luego se trocará en ávida penetración económica; aunque, en singular contraste, los cubanos gozaban de las simpatías de buena parte del pueblo. De todos modos, y a pesar del egoísmo que animaba a los diversos proyectos, ya de compra, ya de anexión, ya de provocaciones de rapacidad, análogos a los de Nicaragua y Texas, la Unión era el único país donde los desterrados podían refugiarse, para trabajar y vivir sin persecuciones gubernativas, y abiertamente conspirar, recaudar fondos, hacer alarde de sus aspiraciones políticas y de vez en cuando lanzar sobre la Isla alguna expedición. Así los Estados Unidos fueron siempre, desde los iniciales días en que nuestros revolucionarios tuvieron que huir de la Isla, los más abiertos acogedores de cubanos. Al consignarlo no se me ocultan las aspiraciones de atarnos a su carro, pero convingamos que en no pocas ocasiones, por no decir siempre, los exilados cubanos, con su antipatriótico anexionismo, robustecieron aquellas aspiraciones. Y esta acogida yanqui era más notoria por el desvío, la indiferencia, y en muchos casos la hostilidad, de las repúblicas hermanas, que a pesar de haber sufrido la

crueledad del régimen español, ahora daban la espalda a los únicos restos de dominio que quedaban en América,

reconciliadas ya con la madre patria (discurso de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, de abril 1926, *Los ideales del 10 de octubre y la política exterior de Cuba*), y por razones de alta política, no veían con desagrado sus gobiernos, aun contrariando las simpatías populares, que continuase España en posesión de la Isla.

Sabemos que después de marzo de 1869, algunas repúblicas Sur y Centro americanas, como México y Perú en línea delantera, nos reconocieron como nación, dándonos derechos beligerantes que casi nunca pudimos disfrutar, por falta de dinero para una marina indispensable. Además de las circunstancias apuntadas, la situación geográfica de yanquilandia ofrecía mejores seguridades y oportunidades. Aparte de que en ninguna república hermana tampoco había nutridos centros de emigrados cubanos, es lo cierto, y abundan las pruebas, de que las autoridades consulares y diplomáticas españolas ejercían influencia decisiva para impedir actividades políticas. La realidad histórica era, pues, que además de ser pequeños estábamos completamente aislados en un vértice geográfico de sensible peligro y amenaza: por el Norte un gran poder que acaricia y mimaba a los dispersos ilusos que quieren emancipar su patria, mientras arteramente teje lazos para apoderarse de la Antilla o que caiga lentamente por gravedad el bocado en su órbita; el vecino Santo Domingo, que por temor se muestra neutral; y escasas repúblicas vecinas que anuncian romántico auxilio. De Europa no hay que hablar, porque Francia, bajo el talón de Napoleón III, había atentado contra la independencia de México; Inglaterra acecha su ocasión, sin

dejar que la Unión norteña definitivamente se apropie la joya del Caribe. España influye en el Viejo Mundo.

La colonia cubana en los Estados Unidos constituía núcleo medular y numeroso. En ciudades que daban al Golfo de México, cual si esperaran ver las playas de la patria esclava por sobre el largo y hondo mar, estaban situados algunos focos, aunque por los del Norte, en torno a Nueva York, bullían los más formidables campeones, por la fe inmarchitable, por el vigor y por el talento, casi todos forjados en las adversidades de las conspiraciones fallidas, en su mayoría con transitorios ribetes anexionistas.

PUERTO RICO

Puesto que me voy acercando al día objetivo de este trabajo, y que me he detenido a anotar circunstancias de los países que nos rodean, parece que no estará de más fijarme, aunque sea muy pasajeramente, en la situación de la hermana isla de Puerto Rico, que venía laborando por emanciparse de la tutela hispana. Porque es pequeña y rica, y poderosos los que la rigen con puño de hierro, resultaba difícil la seguridad de la reducidísima minoría que propiciaba y se sacrificaba por ese ideal. La desgracia de Borinquén era análoga a la cubana; absolutismo militar, miseria económica, impuestos insoportables; esclavitud dominante; el nativo un paria subordinado al peninsular. El espíritu rebelde se robusteció en los momentos de la reincorporación de Santo Domingo a España, cuando algunos puertorriqueños secundaron a los patriotas dominicanos. Desde entonces, hasta junio de 1868, Puerto Rico vivió en completa agitación. Influían en parte de la

masa las sociedades secretas *Capa Prieto*, *El Lanzador del Norte* y *Centro Bravo Número Dos*. Y llegaron a reclutar un llamado *Ejército libertador de la República de Puerto Rico*. El alentador de uno de los movimientos rebeldes lo fué el nativo, oficial español, Luis Padial Vizcarrondo. Revolucionóse la capital. Y el Gobernador, aplicando las facultades omnímodas, no sólo fusiló a rebeldes sino que desterró a numerosos personajes comprometidos, aunque previsoramente el doctor Ramón Emeterio Betances y Ruiz Belvis, se fugaron, iniciando, desde entonces Betances su apostolado por su patria y Cuba. En seguida se

estrecharon fuertemente las inteligencias —dice Justo Zaragoza— entre los disidentes puertorriqueños y los cubanos de la Junta de Nueva York.

Betances peregrinó por la América agitando en demanda de apoyo para su causa. Y a la anterior protesta armada sucedió la llamada Revolución de Lares. Y cuando en Cuba va a estallar la insurrección, en Maguiez (septiembre 23 de 1868) un yanqui se pronuncia con otros caudillos y unos 300 hombres, y, al unirse con el patriota Manuel Rojas, levantan una bandera roja que lleva por lema: “Muerte o libertad: Viva Puerto Rico libre”. Dice Zaragoza que este movimiento insurreccional no se conoció en Cuba hasta el 7 de octubre por la correspondencia que trajo el vapor *France*.

CUBANOS Y ESPAÑOLES

Al ocurrir el fracaso de la Junta de Información, ya la cubanidad sólo necesita leves retoques heroicos, de contienda militar, de rivalidad contra el poderío español, para medir sus corajes. De ese choque homé-

rico, de la Epopeya Grande, saldrá la definitiva y pulida cubanidad. Es una realidad que España no puede contenerse en los moldes estrechos y anacrónicos de un proconsulado.

Ahora bien: debido a las condiciones ya apuntadas, la población, tanto nativa como peninsular, ofrecíase distribuída en cuadros perfectamente definidos.

Los empleados y funcionarios, ejército y clero, comercio e industria, integraban el sector dominante. Escasísimos, raros, eran los cubanos, que por sus ínfimas categorías estaban atados al carro gubernamental. Los voluntarios, que solamente en La Habana se elevaban a más de cincuenta mil, eran todos los detallistas y almacenistas e industriales, y, siguiéndolos, los dependientes, carretoneros, carboneros y peones. En cada pueblo, caserío o tienda aislada, los bodegueros y autoridades eran jefes de voluntarios y supremos caciques políticos. La bodega dominaba al campesino. El capitalista dueño de ingenio, regularmente era coronel de voluntarios. Los bateyes eran cuarteles rodeados de fortines. Los pueblos estaban bajo la custodia de la guarnición de voluntarios.

Los cubanos, entonces, en su mayoría, tenían el alma sembrada en el suelo, y, por adictos que fueran de los peninsulares, les separaba de ellos un sentimiento secreto de nacionalidad. Pero, sin embargo, puede afirmarse que, al estallar la guerra grande, ni el dos por ciento era partidario decidido de la emancipación; sino masa amorfa que para despertar de su letargo colonial tenía que ver y sentir el fuego desolador de la guerra y los castigos. En esta masa existía un porcentaje de indiferentes, incapaces de inclinarse, por temor espiritual y de interés, ni a una ni otra parte. Desde luego que adicta a España estaba toda la llamada y

beneficiada aristocracia — una excepción rebelde lo fué el Marqués de Santa Lucía—. En los círculos de saber predominaban los pacatos, distanciados del problema político. Los francamente republicanos, liberales sin aliños, enemigos del dominio español y partidarios de la independencia, estaban en ínfima minoría, aunque integrada ésta por auténticos representativos en todos los órdenes; exhalaban dignidad y seducían por sus virtudes, saber o riqueza. Los maestros de libertad, los patriotas de esta época, eran ejemplos vivos de respeto al ideal. Enseñaron lo que sintieron y sostuvieron con el esfuerzo y a veces con la vida. Fueron guiones.

Dentro de este heterogéneo conglomerado social y político, hay un compacto sector por la posición que tiene en la riqueza agrícola; es la sangre y músculo que mueve la máquina cañera y otros ramos determinantes de la producción del suelo. Forma casi la mitad de la población. Está filtrado el negro esclavo en todos los resquicios de la vida cubana. Una gran parte ya es criolla, hija del suelo, al que ama. Por la pureza de la raza y el oprobio a que la tiene sometida el blanco, por la ley hispana, a pesar de su sumisa condición e incultura, al través de los siglos ha mantenido un recuerdo de agravios. En el fondo detesta al blanco injusto; más que a todos, al español. Esclavos y libertos han chupado, de la tierra y del ambiente, alientos y savia de patriotismo. Los mayores castigos los han recibido durante sus rebeliones. Y por estas circunstancias el negro, aunque en pocos casos con propósitos de perfilados principios políticos, que no estaban a su alcance en aquellos momentos, más que nada en ansias de emancipación, formaron en la falange insurrecta núcleo poderoso en estrecha fraternización con el antiguo patrón blanco, elevándose no pocos de ellos a las más distin-

guidas posiciones de la milicia. Y es preciso anotar que ya por esta época el desarrollo de esta raza en artes, letras y música, a pesar de la dificultad que las murallas sociales les oponían, era muy interesante por los que sobresalían, entre ellos los geniales músicos White y los Brindis de Sala, los populares y sufridos poetas Plácido y Manzano (*Autobiografía, cartas y versos de Juan Francisco Manzano*, por José L. Franco), y de mayor influencia por las virtudes, el esforzado afán de mejorarse y la simiente de cultura sembrada en su famoso colegio, *Nuestra Señora de los Desamparados*, el educador Antonio Medina y Céspedes.

LICEOS Y CASINOS

Es bastante curioso y, por tanto, digno de observación, el problema social provocado honda e intensamente por la disparidad de aspiraciones, de los elementos comprendidos en el cuadro general de los habitantes de esta Isla, en sus múltiples y variadas características. Separaciones determinadas, señaladamente entre los convivientes peninsulares de espíritu integrista, reaccionario y ultramontano, defensores de sus intereses económicos; y los nativos maltratados y defraudados en sus lógicas ansias de justicia. Estos y aquéllos, constituyeron organismos de educación y recreo, en torno a los cuales se agruparon para fines espirituales.

Los cubanos crearon núcleos llamados preferentemente liceos, a imitación muy somera de aquellos centros griegos donde se daban lecciones literarias y filosóficas, pues más bien eran lugares de esparcimiento; y los peninsulares fundaron otros que titularon casinos (todavía no habían surgido las poderosas sociedades de

típica composición regional-peninsular, a base de beneficencia y enseñanza).

Los sendos nombres escogidos y usados fueron guiones distintivos, aunque a la vez mantuvieron otras fundaciones con análogos nombres; pero, de todos modos, liceo y casino simbolizaron durante largos años la línea de demarcación entre sociabilidad cubana y española, sin que esto quiera decir que en ambos respectivamente no figuraran a veces los de uno u otro origen. Los liceos daban la tónica de cubanismo y los casinos la de hispanismo. Fijos en el absolutismo imperante, los liceos cuidaron mantenerse al margen de la política directa, no así los casinos donde predominaban los comerciantes, los funcionarios públicos venidos de ultramar y los voluntarios ricos e influyentes. Por eso todo casino resultaba un baluarte inexpugnable de integrista, levemente moderado en los períodos de tranquilidad, y exacerbado hasta el delirio en los de guerras o rebeliones. Regularmente estuvieron presididos por el jefe de voluntario más destacado y patriotero de cada población, representante del rancio españolismo. Y para reforzar el entusiasmo era corriente nombrar miembros de honor a los Capitanes Generales y conterráneos que brillaran en la milicia o el clero. No estará de más decir que en estos organismos sociales la política era piedra angular. Entre los casinos más poderosos y decisivos en la política colonial se distinguieron los de La Habana, Sagua, Gibara y los de las capitales de provincia, siempre alertas para ofrecer al gobierno apoyo incondicional contra todo lo que significara libertad o mejoramiento para esta Isla. Véase la soberbia e intransigente muestra que nos ofrece el integrista historiador español Justo Zaragoza, en el tomo II, página 823, de *Las Insurrecciones de Cuba*.

Se trata de la proclama del *Casino Español de la Habana*, de fecha 23 de marzo de 1870:

Los españoles que están en Cuba podrán ser vencidos; cedidos o vendidos, jamás: Cuba será española o la abandonaremos convertida en cenizas.

Como reverso es suficiente citar los afamados liceos de Matanzas, Villaclara, La Habana, Guanabacoa y Regla, la *Sociedad Popular de Santa Cecilia* de Puerto Príncipe, *La Caridad*, del Cerro, y otros que harían fatigosa la relación. Tales institutos de cultura y recreo estaban integrados por lo más selecto del cubanismo. Sus actos públicos y ejemplos hicieron época; su pasado glorioso vive en capítulos imborrables de nuestra historia. Y de sus miembros, astros de luz en nuestro mundo insular, centenares figuraron en nuestras campañas por la libertad. Algunos de estos laboratorios de patriotismo (como los de Regla y Guanabacoa) fueron clausurados por las autoridades debido a su peligroso matiz revolucionario.

*

Hemos rebasado el año 65.

La Sociedad Económica de Amigos del País brilla con lo más granado de la dignidad y la cultura cubanas.

El famoso campeón del periodismo, *El Siglo*, mantiene el mejor ideario posible dentro de la severidad gubernamental.

Flota leyenda épica del pasado.

Hay opinión criolla; hay cubanismo en pequeña dosis.

El régimen político español es el mismo arcaico de siglos anteriores; no hay esperanza de mejoras; por el contrario, los impuestos y las afrentas se redoblan.

En la región vueltabajera, no soplan visibles deseos de lucha contra España. Aunque algunas figuras apasionadas mantenían la tea libertadora y en varias zonas ocurrieron brotes conspiratorios, después de la invasión de Narciso López, todo había quedado en completa calma. (Véase: *Vuelta Abajo en la Independencia de Cuba*, por Emeterio S. Santovenia.)

En La Habana, a pesar de ser el foco más nutrido de cubanos de representación, la nueva conspiración tampoco ha minado. Existe una Junta que dirige Morales Lemus; pero es tal la robustez del españolismo, y el egoísmo de ricos y sabios cubanos, o tal su timidez, que los trabajos apenas cuajan en acumulación de fondos o armas o adictos "espectantes" al primer toque de trompa. Es una Junta que discute con lentitud secreta y planea teorías, en aislamiento que rara vez pasa los límites de estas zonas. Con tales vacilaciones, a pesar de la generosa voluntad, no era posible avanzar. Se imponía establecer contacto con otros centros y otros hombres. Probablemente influye el medio en los que rodean a Lemus. La Habana era círculo de espionaje. De modo que los laborantes de esta región difícilmente hubiesen organizado una revolución con tentáculos que abarcasen la Isla de uno a otro extremo.

La ciudad de Matanzas estaba encerrada en puño español, del mismo modo que los pueblos que llenaban lo que más luego iba a ser provincia, tales como Alacranes, Colón, Jovellanos y Cárdenas. Allí el sentimiento revolucionario, después de haber palpitado en tan numerosas tragedias y sacrificios, ahora solamente existía en el corazón de escasos criollos, sin organización ni hondos reflejos externos. (Véase: *Matanzas en la Independencia de Cuba*, por Carlos M. Trelles).

Donde bullía febril entusiasmo liberal, emancipa-

dor, ávido de lucha, era en Villaclara. Cuando Asquerino hizo su carnavalesca excursión, tratando de establecer apaciguamiento con vagos tanteos; ya no pocos hogares eran centros de actividades patrióticas. Lugar popular era la botica de Juan Cristo. (Véase: *Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez*, por Luis Marino Pérez.) Conspiraban Miguel Jerónimo Gutiérrez, Federico Jova González, Joaquín Morales, Joaquín y Ricardo Casanova, el Dr. Antonio Lorda, Eduardo Machado y Gómez, Arcadio García, Tranquilino Valdés y el entusiasta peregrino, colaborador de Narciso López, Luis Eduardo del Cristo que, a pesar de vivir expatriado, con frecuencia aparecía en Villaclara a avivar la propaganda. Estos elementos tenían organizada una Junta Revolucionaria que extendía sus trabajos a otros pueblos del departamento. A la vez mantenían relaciones con la Junta de La Habana y el resto de la Isla, hasta Oriente. Era parte de la semilla regada por los patriotas de Trinidad y la conspiración fallida de Narciso López. Al igual que los de La Habana, los de Villaclara estaban abroquelados en incomprensible localismo, recelando de los de otras regiones, y suponiendo su obra suficientemente madura y robusta para la acción, y no dispuestos a compartir la gloria del inicio. Esta actitud, en momentos embrionarios, va a mantenerse luego y durante años, a veces poniendo en peligro todos los sacrificios. En tales condiciones no era fácil enlazar los trabajos preparatorios de toda la Isla. La propaganda en Las Villas había socavado todas las clases, conscientes los laborantes de que la masa era la que tenía que decidir; a la inversa de los precursores orientales que se preocupaban más

de los selectos y afines a ellos en saber y prestigios, confiados en que tras sus banderas correría el sufrido pueblo.

*

Puerto Príncipe más que Las Villas, era adecuada materia para una revolución, por su espíritu nítidamente criollo. En diversos órdenes tenía características propias. Latía interna rebeldía. Además, contaba con una larga serie de ilustres en profesiones y riquezas. España siempre vivió preocupada de Puerto Príncipe. De allí salían destellos de entereza, de agresión y orgullo. Fulguran en nuestra historia muchos apellidos camagüeyanos. (Véanse: *Colección de datos Histórico-Geográficos y Estadísticas de Puerto Príncipe*, por Juan Torres Lasqueti y *Apuntes de Camagüey*, por Jorge Juárez Cano.) Cuatro nombres bastan para suprema grandeza: Gaspar Betancourt y Cisneros (*El Lugareño*), Gertrudis Gómez de Avellaneda, Salvador Cisneros Betancourt (Marqués de Santa Lucía), e Ignacio Agramonte. El Marqués de Santa Lucía era eje de la conspiración, con una falange de jóvenes procedentes de los más linajudos troncos, entre ellos Carlos Mola, Augusto Arango, Eduardo Agramonte, Ignacio Mora. El mal del localismo era de carácter tan general, que allí influía de igual manera que en el resto de las comarcas lejanas. Latía alma cantonal, feudal, separados completamente los vueltabajeros de los villareños, los camagüeyanos y los santiagueros, aunque para ello en nada podía influir el agente geográfico, puesto que del lado de allá de Las Villas, tomando los actuales límites de la hoy provincia matancera, no hay visibles diferencias en el suelo, ni siquiera en ríos o montañas; y yendo hacia Puerto Príncipe, sólo hay las leves mar-

cas de los dos Jatibonicos, el del Norte y el del Sur, con sierras por el centro; y a Santiago de Cuba se puede entrar sin apenas darse uno cuenta de haber cruzado los diminutos ríos Jobabo y Cabrerías. La Junta de Camagüey, sin embargo, tenía mejor intimidad con el elemento oriental; sus trabajos eran suyos, proponiéndose ser iniciadores y nunca comparsa. Pero también los fuegos del entusiasmo teórico, y la vigilancia de las autoridades, y el ojo de los delatores que se filtraban por todas partes, hacían difícil reunir dinero y distribuir armas.

Lo dicho prueba que para esos momentos, para eslabonar tales inconexos entusiasmos, hacía falta un hombre superior, que no aparecía; aunque al hacer esta afirmación salta la evidencia de que para tal empresa precisaba antes una cordialidad imposible de cristalizar en horas ni en años.

LA REGIÓN DE ORIENTE

¡Oriente: Santiago de Cuba! Del mismo modo que de por allá se derraman sobre la Isla los primeros chorros de luz naciente, allá también han bullido la mayor parte de los fermentos conspiratorios, rebeldes, revolucionarios y guerreros. Es la región más poblada de bosques y por donde cursan más y mayores corrientes fluviales y hay mayor número de montañas. El suelo seguramente ha ejercido influencia decisiva para formación del carácter agresivo y localista. El oriental en este aspecto y por ciertas aficiones y giros de lenguaje, forma un tipo apartado en nuestra ínsula. Y su espíritu cantonal y orgulloso le distanciaron del español rancio y dominante, dando lugar a frecuentes

protestas y alteraciones de orden entre cabildos municipales y las supremas autoridades, sin exceptuar el Gobernador General.

Por eso cuando en el resto de la Isla se conspiraba muy lentamente en el trienio del 66 al 68, Oriente estaba trémulo de fiebre. Es de apuntar que el sector donde se desenvolvía, era el comprendido entre Cabaniguán hasta Tunas y Holguín, y de esta ciudad a Santiago, limitado por el mar del Sur y el Golfo de Guacanayabo. El ámbito de este cuadrilátero irregular era el foco de llamas.

Cabaniguán, próximo al río Jobabo y al Golfo citado, era heredad, con haciendas poderosas de Francisco Vicente Aguilera.

Tunas, la que más tarde indebidamente los españoles titularían "Victoria" de las Tunas, por mentidas victorias, que en realidad fueron cubanas, era población más bien estratégica que rica; de situación privilegiada, a la salida de Puerto Príncipe, sobre el llamado camino de la Isla, y por lo tanto punto de apoyo para lanzarse hacia el Sur. En el centro de extensa llanura. Allí era figura influyente y respetada Vicente García y González, miembro del consistorio (véase su biografía en mi libro *Panorama Histórico*). De carácter enérgico y exageradamente hermético. No daba lugar a que rodaran sus liberales opiniones políticas. Esta reserva le evitó caer en sospechas y mantenerse en directas relaciones con los revolucionarios de Manzanillo y Bayamo, asistiendo a sus reuniones con su amigo Francisco Muñoz Rubalcaba. En torno de este lugar se iban a celebrar no pocas conferencias trascendentales; y cuando Vicente García llegue a ser ilustre y no civo jefe insurrecto, este va a ser su feudo militar y

de motines contra los constituídos poderes revolucionarios.

Manzanillo disfrutaba con Bayamo de la jefatura de la conspiración. Plaza de importancia, de vigor hispano, con buena guarnición, bien vigilada y de gran capacidad comercial y marítima. Puerto obligado de la comarca. Residencia de linajudas familias y hacendados cubanos. Allí residía un comité Revolucionario. Los laborantes hacían vida de íntima relación entre Bayamo y Manzanillo. De ahí que pueda decirse que de ambos sitios deben considerarse los Santisteban, Bartolomé Masó, Juan Hall, Francisco Maceo Osorio, Pedro Figueredo, y el mismo Carlos Manuel de Céspedes.

Bayamo era la ciudad aristocrática. Cuna de hombres de letras, ciencias, artes, hacendados y aristócratas. Palpitaba de arrogancia un círculo de inusitado brillo. Fortunas que permitían viajes al extranjero, mantener residencias de lujos y comodidades, veladas frecuentes en sociedades. Era la ciudad de mayor celebridad de Oriente, con excepción de Santiago. Pero por sus hacendados era la primera. Aunque con autoridades españolas, la población era en su casi totalidad cubana, criolla. La cultura, la riqueza y el orgullo, ejercían imperioso dominio en todos los centros de la comarca. Las medianamente deslindadas tierras de Santiago de Cuba las poseían unos cuantos cubanos, porque el peninsular abarcaba el comercio en general, las pequeñas industrias y la ubre administrativa, militar y clerical. La ciudad más cubana de toda Cuba, con más íntimo concepto del cubanismo, lo fué Bayamo; más todavía que Santiago, porque en éste existían reaccionarios grupos españoles.

Holguín, casi dándose la mano con Tunas, ocupaba

también un crucero estratégico militar y dominante en cuestiones mineras y agrícolas, en contacto con el avispero español de Gibara. En torno existen ricos case-ríos. El españolismo era robusto, ligeramente compensado por buenos cubanos que se comunicaban con sus compatriotas del Sur, aunque nunca fué lugar conspirador de primer orden (véase: *Historia de Holguín*, por Diego de Avila y Delmonte, continuada por José M. Heredia).

En la línea que se extiende de Manzanillo a Bayamo, y bordeando la sierra Maestra hasta Santiago, había una serie de ricos poblados, en algunos de los cuales o tenían haciendas o mantenían residencias de recreo muchos conspiradores: Veguitas, El Dátil, Yara, Barrancas, Vicana, Bueycito, Guisa, El Mijial; y Jiguaní, donde vivía el que más tarde iba a ser el famoso general Calixto García Iñiguez.

*

Las ciudades y villorrios citados y sus zonas limítrofes constituyen el sector más rico y poblado del departamento, cruzado por el centro por el río Cauto y numerosos afluentes y por un centenar de corrientes que bañan el suelo, para darle asombrosa fertilidad. En su mayor parte estas tierras, dedicadas al cultivo de caña y potreros, pertenecían a los conspiradores, que ejercían influencia en los caseríos y poblados. Abundan los bosques vírgenes. De modo que ninguna sospecha podían despertar en las autoridades, o a los numerosos confidentes del gobierno, los viajes ni las visitas de los dueños a sus posesiones más lejanas.

Por la época a que me estoy refiriendo, las guarniciones y destacamentos del ejército eran muchos, dise-

minados por los lugares más importantes, pero de pocos numeros, a no ser en las ciudades como Santiago, plaza de primer orden por sus defensas, y en Manzanillo, Holguín, El Cobre, Guantánamo, Tunas, Bayamo, Punta de Piedra, Jiguaní. El total de tropa regular era corto, aunque resultaba de enorme importancia el cupo que podía formarse con los voluntarios.

España, en su despreocupación y propósito de gastar lo menos posible en sus posesiones ultramarinas, había descuidado hacer buenos caminos y carreteras que sirvieran a los fines de la riqueza, dando fácil salida y movilidad a los productos agrícolas y ganaderos, y a la vez de senda estratégica para casos de guerra, único modo de mover rápida y cómodamente sus elementos de defensa. Las poblaciones de esta fosca y montañosa región estaban difícilmente unidas por caminos apenas marcados, aunque algunos eran pomposamente llamados "reales", existiendo uno conocido por "Camino de la Isla", simbólica ruta central a la que entroncaban otros trillos; y si la iniciativa oficial era nula, la privada del mismo modo lo era. Si antes el Gobierno no se había interesado por una red de utilidad nacional, tampoco lo hizo después que en 1830 nuestro gran Saco mereció un premio de la Sociedad Patriótica de La Habana, por su famosa *Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba*. Desde luego que en numerosos mapas oficiales, y aun en el de Pichardo, y en el que tengo a la vista, levantado por el Departamento de la Guerra de España, se señalan caminos, caminos reales, carreteras, que parecen ideales rutas que mantienen fácil intimidad entre los pueblos, surcando todas las jurisdicciones de la hoy provincia de Oriente. El autor ha podido excursionar por casi todos los rincones de esa región: de Manatí a Banes, bajando a Mayarí,

Sagua de Tánamo, Baracoa, Maisí, Jauco, Cajobabo, Yateras, Guantánamo, Santiago, por toda la Sierra Maestra hasta Cabo Cruz y por todo el centro, por Manzanillo, Jiguaní, Dos Ríos, Holguín, Tunas, Mangos de Baraguá; y puede afirmar que el trazado antiguo era teórico, en planos y mapas. Porque todavía en estos días, cuando el primer gobierno militar interventor yanqui y la República han gastado millonadas de dólares en obras públicas, las rutas construídas son deficientes.

En este apuntado extenso escenario fué donde épica-mente se concentró, entre los pliegues de sus montañas y senos de sus valles y de sus bosques y de sus incontables y misteriosas cuevas, la medular parte de la herencia de rebeldías. La potencial cubanidad, era por el momento algo parecido a un precipitado. La materia general no estaba en condiciones (educada, digamos) para actuar en un movimiento totalitario, pero lo estaba el sedimento que era la noble minoría de cruzados que iba a la lucha desigual, como ejemplo, como antorcha.

La revolución que estaba moldéandose en Oriente, era, repito, producto exclusivo de pocos, pero unos pocos que daban un formidable volumen de calidad. Representaban lo más elevado, en todos los sectores, del cubanismo. Jamás fueron tan fementidos los españoles y su prensa propagando que la revolución de La Demajagua estaba compuesta de bandidos y salvajes. Para sus trabajos, como bien pronto lo vamos a ver, sólo contaron con ellos mismos. Confiaban en ser imanes; confiaban en que sus prestigios arrastrarían a las masas y a las dotaciones esclavas. Llegaban, como los perfectos masones y los cristianos de los buenos tiempos, entregando riquezas, haciendas y la vida

misma, sin reservarse más que los aceros útiles para abatir al enemigo. Dieron todo lo que los hombres con ahinco buscan y defienden: la existencia y el oro. Abandonaban la familia para caer en la batalla. Incendaban sus hogares y sus ingenios para quitar amparo al realista. Este desinterés extrahumano es de difícil comprensión en estos días, en que la avidez directriz es lucrar, lucrar con todo, inclusive con la patria. Aquellos varones, en tales horas iniciales, depusieron en el altar de la independencia de Cuba, lo que en días de paz serena apasiona a los ciudadanos. Para entregarse de manera tal a una causa es preciso estar saturado de divino espíritu apostólico, de mártir, llevando la cabeza metida entre las nubes. Y tan cierto es que no repararon en las ortigas del camino, ni en las pasiones que les iban a cercar — y que luego ellos a veces también cultivarían —, que teorizaron más, platicaron con mejor enjundia, proyectaron más que preocupación debieron poner en inflamar al pueblo y acaparar elementos de guerra para contrarrestar a un poder, a un enemigo galvanizado por el egoísmo, la fuerza y el desdén al criollo.

AGUILERA

Tras apuntes tan fatigosos, al través de esta serie de observaciones históricas, voy a tomar el hilo directo de los trabajos que nos lleven y enfrenten al día animador de este tema.

¡El primer nombre que debe estamparse, y yo evoco con unción, es el de Francisco Vicente Aguilera! En la cima del obelisco que simbolice aquella conspiración, justicieramente ha de figurar su patriarcal y egregia estampa. Para este juicio no me animan pasiones, por-

que en Aguilera y Céspedes venero a dos puros y desinteresados cruzados, aunque enfrentados por imperativos históricos y características antitéticas. Cuando la historia de aquella asombrosa revolución tome cauce fijo, burilada por plumas hondas y serenas, a Aguilera habrá que darle su definida y gigantesca talla, sin que la afirmación en nada desfigure a su perínclito rival, Céspedes.

Su padre era coronel del ejército español y su madre distinguida dama de Santiago de Cuba. Desde que vió la luz (en 1821) estuvo rodeado de todas las franquicias de la alearnia y la fortuna. Pasó a educarse al colegio *Carraguao*, en La Habana. Se graduó de bachiller (1846), quedando trunca su aspiración de estudiar leyes, con motivo de la muerte de su padre y necesidad de administrar los cuantiosos bienes que heredara en hatos, corrales, haciendas, potreros, cafetales, ingenios, fincas urbanas en varios pueblos y centenares de esclavos; bienes que lo convirtieron en el más acaudalado terrateniente de la región oriental. A poco contrajo matrimonio con dama rica y de limpia cuna. Al morir su madre, la fortuna se redobló. A pesar de esta ventajosa posición, Aguilera era hombre de sencillez y democracia sugestivas. De modales finos y suaves. Bondadoso y desprendido; sentía el dolor ajeno. Su preocupación por el bienestar de sus compatriotas era notoria. Cuando fué alcalde su justicia iba empapada de amor y tolerancia. En su primer viaje a los Estados Unidos, durante su juventud, aprendió a gozar y necesitar para él y sus conciudadanos de libertad. También viajó por Inglaterra, Francia e Italia. Do-
lía-se de las afrentas que las autoridades coloniales, infligían a sus compatriotas, aunque éstas cuidaban de no lastimar a hombre de su altura. Gozaba de sus ren-

tas con recato, sin descuidar las artes y la cultura. En su afán de progreso costeó los estudios para un ferrocarril que uniese a Bayamo con Cauto del Embarcadero y la ciudad de Santiago de Cuba. Hizo especial recomendación al Gobierno para canalizar y mejorar la navegación por el río Cauto.

Sus sobresalientes relaciones sociales daban a su familia y a su hogar representación principal, tanto en las actividades de Bayamo como en las de Manzanillo y Santiago. Para todo destacado empeño, propósito, velada o ferias, se apelaba a Aguilera. Contaba a la vez con devotos amigos, a los que nada regateaba, figurando en el primer peldaño el popular y distinguido juriconsulto doctor Francisco Maceo Osorio y el abogado Pedro Figueredo y Cisneros. Las opiniones de Aguilera en torno al problema político criollo estaban a tono con su educación. Venía siendo acérrimo enemigo del régimen colonial, desde los movimientos insurreccionales de Narciso López; habiendo actuado con Joaquín de Agüero. En varias ocasiones puso en aprieto a la Hacienda pública en controversias por contribuciones e impuestos; y subió de tono cuando el Gobierno, seguramente para debilitar el arraigo del cubanismo, despojó a Bayamo la categoría judicial, trasladándola a Manzanillo.

Ningún hombre gozaba de preeminencia superior a la suya en Oriente. Nadie le disputaba este sitio. Benévolo y piadoso con las dotaciones esclavas de sus ingenios. Su excesiva modestia y blandura de carácter, rara vez exaltado, y su propio aspecto físico exterior, alto y buen mozo, de acariciadora mirada, de luengas barbas y modales gentiles, confiado e impresionable por los consejos, no eran prendas adecuadas, por demasiado puras, para férreo mantenedor, espada ta-

jante, director definitivo de un movimiento como el que se incubaba, donde estaban surgiendo prototipos de ambiciosas envergaduras. Su misión más bien me parece que fué — y es por lo que le toca gloria imperecedera — la de la necesaria influencia para imprimir vida y movimiento al núcleo revolucionario, y darse él en sublime sacrificio a la causa; porque, después de todo, cada uno de aquellos que le disputaron hojas de laurel, bien pronto también beberían infortunadamente su cicuta, como anticipadamente se los enseñó la iniciación masónica.

Desde que empuñó las riendas de la administración de los bienes de sus padres y los de su esposa, atrae y domina más a todos sus subordinados por la generosidad y el trato. Y entre ellos hace propaganda embozada, pero penetrante. Lo que propagaba tenía esencial tendencia a establecer contraste entre la justicia, la libertad, y la actuación de los dominadores. Tarea lenta, aunque de seguro fin. Decir la verdad, pintar con vivos colores la situación de los libres pueblos vecinos, era el medio más eficaz de minar la tiranía. Esta misión se la impusieron Aguilera y sus francmasones hermanos de idénticos idearios. Análogo empeño, aunque de forma más enérgica y sonada, realizaba el doctor Francisco Maceo Osorio, como abogado, juez, alcalde y popular entre la juventud criolla de Bayamo. Penetración viva y tenaz que venían haciendo los demás cubanos destacados de estas zonas. Por lo cual cada ingenio, cada hacienda, donde vivía o visitaba uno de estos personajes, era un horno de forja.

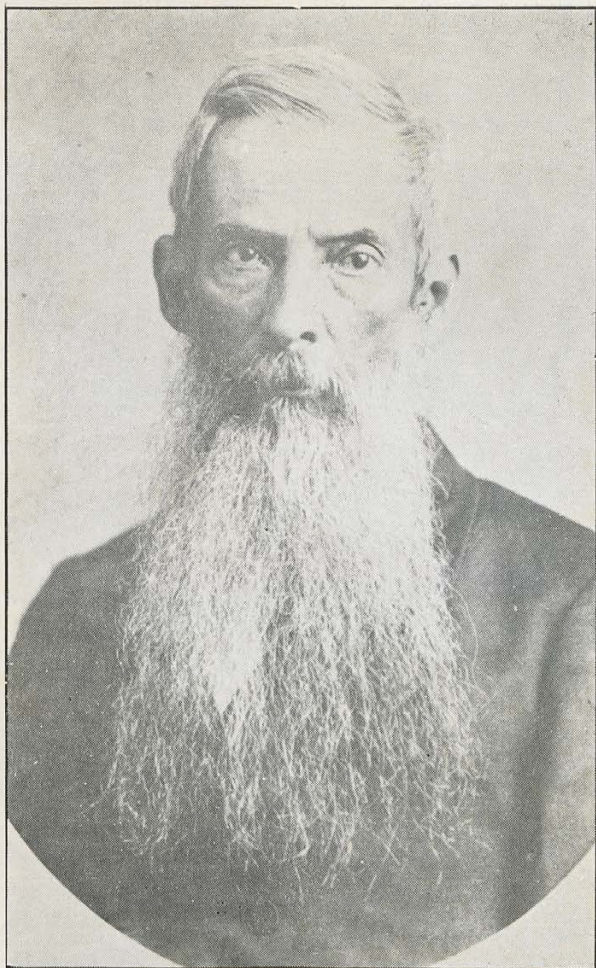
Esta taladradora labor de ambiente era en parte secuela de la que Aguilera había empezado valiéndose del enérgico cruzado Francisco Agüero y Arteaga, nacido en Puerto Príncipe, “valiente, honrado, leal y fa-

nático por la independencia de Cuba”, que venía conspirando desde los castigados días de Aponte, y que en el pronunciamiento de Agüero pudo escapar con vida, aunque tuvo que arrastrar cadena y grillo en el presidio de Ceuta. Por sus antecedentes rebeldes y porque guardaba como reliquia de odio la cadena que arrastró, Aguilera le tomó cariño y dióle empleo para algunos menesteres en sus haciendas, aunque de preferencia como agente de propaganda política por Tunas, Bayamo, Manzanillo y Cabaniguán. De este modo Agüero se convirtió en adicto colaborador de su jefe. Tales circunstancias lo hacen merecedor de imperecedera recordación. Como parte de estas actividades — en los intervalos en que el jefe estuviera ausente de los campos, en sus faenas de doble intención —, Aguilera colocó a Agüero al frente de un expendio de carne en el poblado de El Congo, situado a unos cinco kilómetros de Manzanillo. Este comercio vino a ser una especie de capilla imantada de ideas revolucionarias. El predicador catequista lo era Agüero. Los clientes caían lentamente al calor de la generosidad, por los precios sin posible competencia y por el auxilio oportuno a los más necesitados. Puede afirmarse que jamás un comerciante — que siempre van guiados por el astuto, alado y egoísta Mercurio — realizó una labor tan honrada, fructífera y meritoria, recogiendo y pidiendo tan sólo a cambio de la prédica, amor a la patria y odio al régimen español. Así Agüero se convirtió en uno de los vecinos más populares, logrando asegurar confianza y apoyo de centenares de prosélitos dispuestos a seguir a Aguilera a la primera llamada.

La tarea de Agüero, y la aparentemente desconectada de otros afines, iban haciendo ancho surco y dando frutos que espigarían a un toque; mas, era tan lenta

que tardaría en culminar en explosión si no se le imprimía mayor energía y por otros recios derroteros. Aguilera, con nuevas ideas impulsoras, por agosto de 1867 hubo de entrevistarse con su primo Manuel Anastasio Aguilera y acordar que había llegado el momento de acudir a su amigo de confianza, Francisco Maceo Osorio, para organizar trabajos de mayor solidez, a los que convergieran todas las conquistas menudas de las aisladas propagandas.

Merece especial mención la respetable logia *Redención*, de los valles de Bayamo, que fundara Aguilera como eslabón de su cadena de propaganda, y para catequisis análoga a la de su expendio de carne. El secreto y fines masónicos caían dentro de los principios de la conspiración, de sigilo, para luchar por la libertad; y aunque la Orden mantiene doctrina libre, a base de la creencia en Dios, regularmente sufrió la inquina de la iglesia católica romana y la malevolencia del Gobierno. *Redención* era ya por su solo nombre una flámula indicadora del objeto de su apostolado. Instaláronla — según nos cuenta el acucioso José Maceo Verdecia en su libro *Bayamo* —, en el interior de la botica del licenciado en farmacia Pedro Maceo Chamorro (el que luego en la guerra alcanzará el grado de coronel y jugará con Carlos Manuel de Céspedes la última partida de ajedrez en San Lorenzo), junto a la cual estaba el bufete de Maceo Osorio. El cuadro de luces lo componían, Aguilera como venerable, Maceo Osorio como primer vigilante y *Perucho* Figueredo como orador. Entre los miembros figuraron el gobernador español Udaeta y oficiales del ejército.



FRANCISCO VICENTE AGUILERA

Aguilera y Maceo Osorio convocaron para el día 14, en la residencia del popular abogado *Perucho* Figueredo, a los afiliados a las logias e identificados conspiradores, para dar mejor forma a la revolución. La reunión revistió caracteres trascendentales, en acuerdos firmes y sagaces. Aguilera y todos los presentes se definieron concretamente, sin reservas, “jurando derrocar al gobierno español o perecer en la contienda”. Asistieron, además de Aguilera, Maceo Osorio y Pedro Figueredo y Cisneros, Antonio Bello, Manuel A. Aguilera, Luis Figueredo, Esteban Estrada, Lucas del Castillo, Miguel Figueredo, Jorge Milanés, Fernando Fornaris y otros. La apacibilidad hasta entonces notoria de Aguilera, se transformó “en ardiente y desafiadora”. En aquellos momentos representó el papel más airoso y de capacidad. Sus compañeros así lo reconocieron y admiraron. Quedó nombrado para los trabajos un comité ejecutivo sobre el que iba a pesar la gravedad del problema, para identificarse con las Juntas que operaban por La Habana, Las Villas y Puerto Príncipe, con cautela aumentar la propaganda y allegar fondos y elementos de guerra. Los directivos, nombrados por unanimidad, lo fueron Francisco Vicente Aguilera, considerado tácitamente como jefe, Francisco Maceo Osorio, secretario, y Pedro Figueredo, vocal. Este comité fué desde aquel instante la única autoridad competente y reconocida por

todos los revolucionarios de Oriente, hasta el día 10 de octubre de 1868;

aunque su nota dominante fué de carácter definitivamente belicoso, afán de hacer y agrupar fanáticos contra España, sin preocuparse de un hábil y necesario programa político, económico e histórico, con avances

de intercambios posibles internacionales, como pauta a seguir frente al régimen que se proponían derrocar.

Nota preciosa de esta reunión, aunque ajena a los acuerdos de carácter patriótico, fué la necesaria avenencia entre dos mortales enemigos recién nombrados directivos. De los tres, Pedro Figueredo y Maceo Osorio mutuamente se detestaban — nos refiere Eladio Aguilera Rojas en su *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba* —, hasta el extremo de insultarse en las calles cada vez que se encontraban. Pero esa divergencia en nada influyó para separarlos en un empeño que estaba por encima de las pasiones personales. En tal momento lo único que necesitó Aguilera fué invocarles el sacrificio por la patria.

Es de lugar dedicar unos trazos de homenaje a estos dos próceres que, con Aguilera, formaron el triunvirato glorioso que integró el Comité de Bayamo, que después fué la Junta de Oriente.

Perucho Figueredo (*Pedro Figueredo*, por el coronel Fernando Figueredo), había nacido en Bayamo el 2 de julio de 1819. Se educó en el colegio *Carraguao*, de La Habana, y en Barcelona se graduó de abogado. Viajó con provecho por Europa. De exquisita cultura artística. El entusiasmo por la música le impulsaba a dar frecuentes veladas en su hogar, y le llevó a componer más tarde nuestro *Himno*. Hacendado. Su padre era dueño del ingenio *Las Mangas*. De las figuras más distinguidas de Bayamo. Enemigo irreconciliable de España. Venía conspirando desde los episodios de Narciso López. En La Habana fundó y dirigió el periódico *El Correo de la Tarde*. Por denuncia del Alcalde Mayor de Bayamo lo encarcelaron y le embargaron sus bienes. Era de los adictos de Aguilera. Más adelante he de referirme a la espinosa misión que desempeñará

cerca de los conspiradores en la Junta de La Habana. Su familia brillaba en los círculos más distinguidos y estaba toda tan identificada con los ideales del eximio progenitor, que sus hijas tomarán parte delantera en la captura de Bayamo, Candelaria actuando de abanderada. *Perucho* hallábase en Jiguaní cuando Céspedes se pronunció el día 10, por cuyo motivo no pudo entrar en liza hasta el 17.

El tercer triunviro, Dr. Francisco Maceo Osorio, es la figura más arrogante y acometedora del grupo. Nacido en Bayamo en 1828. Amigo y a veces inspirador de Aguilera. Abogado con acreditado bufete que sostuvo y ganó importantes pleitos. Rico. Poeta y escritor fácil. Fundó y dirigió el periódico *La Regeneración*, cuyo título era un banderín de sus doctrinas. De elevada y airosa postura. Pulcro en el vestir y en sus modales; jovial, cortés, altivo, orgulloso, polemista formidable. Temerario. Ejercía influencia decisiva en la juventud bayamesa. Era secretario de la logia *Redención*, que presidía Aguilera. Enemigo irrefrenable del régimen colonial. Verdadero ilustre representante de la cultura, de la gallardía y del cubanismo más acendrado. Tenía todas las características de un caudillo en potencia, aunque quizás demasiado apasionado y puro en sus ideales patrios. De la línea de sus convicciones nada lo apartaba. Así resultó que reconociendo, a poco de haber militado como general, su falta de capacidad para esa dura disciplina, la renunció y se restituyó a las lides civiles en la manigua. Como Pedro Figueredo, tampoco fué llamado de los primeros para el pronunciamiento de *La Demajagua*, por lo que se incorporó el 15.

Aunque esta revolución se amasaba exclusivamente en escenario oriental, por iniciativa de Aguilera, al

quedar constituido el Comité de los tres como representación de un grueso contingente de afiliados, estimaron todos que hacía falta indispensable llamar y atraer a simpatizadores de las comarcas próximas y extender el contacto con el resto de la Isla, para llegar a unánime acuerdo y simultaneidad en la protesta. A cada afiliado se le confió una localidad. En cada una de las jurisdicciones de Oriente se establecieron centros que recibirían los avisos; y a la vez se formaron comités y subcomités dondequiera que hubo un núcleo adicto. Para mayor sigilo y regularidad en los trabajos, las logias masónicas entraron en plena actividad política, despistando a los agentes del gobierno con las *tenidas*.

Lugar central, especie de Meca, era el ingenio *Santa Isabel*, propiedad de Aguilera, situado del otro lado del río Bayamo. Allí se celebraban, al abrigo de sorpresa, las sesiones fraternales conjuntamente con las revolucionarias.

Desde los primeros momentos, con el consenso de los conspiradores, y por acuerdo tomado en firme el día 14 de agosto, Aguilera seguía ejerciendo la suprema jefatura.

Los principales directores de centros eran: en Santiago de Cuba, Manuel Fernández; en Tunas, Vicente García; en Holguín, Belisario Alvarez; en Manzanillo, Juan Hall.

Apenas instalado el Comité, Aguilera hizo una visita de propaganda a Santiago, Maceo Osorio a Holguín y Luis Fernández de Castro a Las Villas. Los dos primeros quedaron satisfechos de las entrevistas y acuerdos. Castro fué el único que no dió cuenta de sus trabajos.

A *Perucho* Figueredo le había sido encomendada la misión más difícil y peligrosa, cual era visitar La Ha-

bana y tantear a los integrantes de la Junta Revolucionaria. Figueredo parecía el hombre más adecuado por sus relaciones en la capital, donde se había educado y actuado como periodista. La Junta desde los primeros momentos se mostró esquiva, pidiendo tiempo para resolver. Por fin, tras insistencia del misionero bayamés, simuló aprobar su proyecto y concederle un previo crédito de varios millones de pesos para provocar y sostener los primeros actos de guerra. Cuando Figueredo creía haber obtenido un triunfo, fué súbitamente citado de nuevo por la Junta, de la que escuchó la peregrina indicación de que antes de reconocerle el crédito convenido en principio, era perentorio que él mismo buscara la aprobación de la Junta de Villaclara. Como que estas discusiones habían durado largo tiempo, Figueredo fué llamado con urgencia desde Bayamo. Cuando se proponía regresar, otra vez lo citó la Junta para una conferencia.

Se trataba ahora de que de los Estados Unidos había llegado un enviado secreto del popular general Ulises Grant, que les anticipaba que por estar asegurada su elección en las próximas justas electorales, ofrecía liquidar la dominación española en Cuba a condición de que por el momento la Isla se mantuviera tranquila; actitud de paz más que útil, necesaria, para la febril situación de su país, y para tener el nuevo Presidente las manos libres y el campo vecino abierto a sus aspiraciones. Seducida, la Junta habanera había acordado, en apoyo del vago ofrecimiento de Grant, anular lo pactado y apartarse del movimiento de Oriente. Por tales razones — según afirma el mismo Aguilera — La Habana quedó desligada del movimiento en marcha, aunque la realidad bien pronto despejaría la

falaz oferta, y los mismos conspiradores, entre ellos Morales Lemus, correrían al destierro.

*

Los menudos taladros de conspiración venían surtiendo efecto de visible entusiasmo, haciendo girar en su órbita a útiles elementos de numerosos poblados. La agitación revolucionaria se manifestaba con peligrosa osadía, aunque en el fondo careciendo de medular materialismo, al no fijarse los oficiales y caudillos en que para un movimiento de la índole del que se organizaba, contra la España tenaz y fuerte, que en días podía movilizar elementos aplastantes, era básico reunir abundantes pertrechos y municiones. La propaganda tuvo en estos tiempos preliminares más de lirismo patriótico que de sesuda y conveniente ordenación.

Aparte de los diversos elementos cívicos y morales que los impulsaban a humana y nacional labor de desinteresado patriotismo, el acicate más poderoso era la confianza extraordinaria que en sí mismos tenían aquellos paladines, que los guiaba rectamente hacia su ideal, confianza que hace lustros ha perdido el pueblo cubano. Las sesiones de los comités resultaban brillantes torneos de palabras y proposiciones y, especialmente, de afán de emprender la agresión armada. Prueba de esto es que Aguilera sostuvo que el problema de la adquisición de armas lo aplazaría para última hora,

porque juzgaba peligroso tenerlas depositadas por mucho tiempo, rodeados como estaban de suspicaces agentes del gobierno;

cuando ya estuviese señalado el día del pronunciamiento. Aunque en su ingenio *Santa Gertrudis* tenía escasas armas para los primeros golpes.

Las Villas y Camagüey sabían de la actividad de Oriente, aunque en realidad la vinculación no era muy estrecha. En cuanto a La Habana, había sido abandonada por completo. De modo que el movimiento oriental tomó notorio y propio carácter provinciano, aislado en su región bravía.

Se ha visto que los trabajos estaban bastante adelantados, aunque no lo suficiente para el estallido. Es en estos momentos (julio de 1868), cuando *Perucho* Figueredo, de acuerdo con Aguilera, se acerca a su pariente Carlos Manuel de Céspedes y lo inicia en los secretos de la conspiración, que él, desde luego, oficiosamente conocía un tanto, debido a las esferas sociales en que giraba y porque sus numerosos amigos eran los mismos propulsores del movimiento. Céspedes encajaba certeramente en la obra, más todavía: su presencia era imperativa, por su posición, carácter y saber. Y sólo por pequeños recelos de Aguilera, temeroso de su ardor, acometividad, y popular aura revolucionaria, se explica que desde los inicios no se contara con él. Su alejamiento mantenía de igual manera desligados a amigos suyos, sobre los cuales siempre ejerció influencia decisiva. Por lo cual su entrada en la conspiración era valiosa. A partir de entonces se le adhieren en Manzanillo los tres hermanos Masó (Bartolomé, Rafael e Isaías), Jaime Santisteban, Rafael Tornés, y una pléyade juvenil. Pero como Céspedes no era hombre para ocupar planos secundarios, en seguida entra en acción y obtiene la jefatura del comité de Manzanillo, relegando al jefe del mismo, Angel Mestre.

La influencia de Aguilera en su fase revolucionaria había ido en crescendo. Seguía poniendo a contribución su fortuna. Estaba sometido a la causa con toda la energía de su corazón, en peligro su vida y el bien-

estar de su larga familia (su mujer y diez hijos). El propagandista Aguilera, por su ternura, afabilidad y hogareña dedicación, parecía un típico patriarca, un San Francisco de un ideal sin reservas. No le guiaba asomo de ambición, ni de gloria, tan necesarias para mover a los hombres. Aguilera entendía que en esta contienda todos y cada uno de los peones en movimiento tenían sus valores, que nadie debía interferir, sino auspiciar. Por eso su jefatura estuvo siempre acatada por los conspiradores, hasta que apareció, en las postreras horas, el hombre de mayor acción y ambición.

*

No obstante el curso lento que para mayor seguridad Aguilera estaba imprimiendo a la conspiración, para evitar los fracasos que las impacencias pueden provocar en los trabajos de esta índole, en el que se juega la vida de los pueblos; dedujo, de señales de la pulsación general, que había llegado el momento de resoluciones globales y definitivas; y de acuerdo con este sentir

comisionó a Vicente García para que, en el territorio a su cargo, céntrico y solitario, buscara un lugar a propósito para reunirse.

Vicente García entendió que el más adecuado estaba en la hacienda *Jesús y María*, del fundo de *Rompe*, en la jurisdicción de Tunas, donde precisamente él era caudillo popular y práctico. A este paraje fueron convocados los jefes y subjefes de centros y comités, para el día 3 de agosto de 1868. Al acudir, Aguilera y varios compañeros advirtieron que el sitio era

demasiado visible y distaba mucho de reunir las condiciones de reserva recomendada a García,

por cuyo motivo se trasladaron a la próxima hacienda de *San Miguel*, en el mismo fundo de *Rompe*, amparándose en un rancho apartado de la casa de vivienda.

Asistieron, representando a Camagüey: Salvador Cisneros Betancourt (Marqués de Santa Lucía) y Carlos Mola; a Holguín, Belisario Peralta; Félix Figueredo, Francisco M. Rubalcava y Vicente García, a Tunas; Donato Mármol, a Jiguaní; Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo y Francisco Maceo Osorio, a Bayamo; Carlos Manuel de Céspedes, Jaime Santisteban e Isaías Masó, a Manzanillo, y otros representantes por Santiago y demás lugares.

Un hecho usual y propio de todas las reuniones iniciales de asambleas, que en esta ocasión va a ser determinante, escrito indudablemente en el libro del Destino, cual fué el de ser Carlos Manuel de Céspedes el laborante de mayor edad, vino a situarlo en la presidencia de esta trascendental sesión. La observación serena nos lleva a la conclusión de que de todos los asistentes, a pesar de que allí se hallaban los distinguidos y fogosos Francisco Maceo Osorio, Félix Figueredo, Pedro Figueredo y Donato Mármol, y el perillustre Aguilera, el de más irradiación y competencia parecía ser Céspedes. Por el momento, para ocupar curul delantero, la edad fué el casual vehículo, aunque tan sólo contaba 49 años. Aquí, en este día, es donde Céspedes va a tomar posición.

Asunto tan importante como los destinos de la patria y un levantamiento guerrero, tratados por personajes tan eminentes, dieron lugar a debate largo, menudo y candente. La moderación fué nota dominante en los más. Ciertamente bullía espíritu animoso, pero en realidad faltaban los materiales propios para pelear: armas y pertrechos. La impaciencia podía pro-

ducir una catástrofe mayor que ninguna de las anteriores, en la que sucumbiría lo mejor de la cubanidad. Los representantes de Camagüey juiciosamente pidieron un plazo de seis meses para la definitiva y acorde organización; Peralta, en nombre de Holguín, sostuvo que su zona necesitaba más tiempo todavía. Aguilera, equilibrado entre los dos primeros, expuso que en menos tiempo podía adquirir los elementos necesarios.

Céspedes, frente a todos, con impetuosidad y arduas razones, abogó durante toda la sesión porque el pronunciamiento se efectuara sin demora. Entendía que el país estaba listo para enfrentarse a España, y en su apoyo ofreció una serie de inducciones morales, políticas y económicas que empujaban a la acción inmediata.

Refiriéndose a este emocionante momento el historiador español Pirala dice en *Anales de la Guerra de Cuba*, que Céspedes

después de trazar un cuadro con exagerados colores, cual era natural, de la situación política de la Isla, y de la actitud desengañada de los reformistas, dijo, que una larga experiencia de sufrimientos y desengaños demostraba que el país nada tenía que pedir ni nada tenía que esperar de España; que los cubanos estaban inexorablemente condenados, o a la aceptación vergonzosa de la esclavitud sin esperanza, o a apelar al recurso extremo de las armas, y por la senda del honor buscar en medio de las incertidumbres sangrientas de la guerra, la salvación de la patria; que la geografía, la historia, la ley ineludible de la evolución universal y la de la justicia immanente, protestaban contra la dominación española, que siempre sorda a las acechanzas del tiempo, a los consejos de la razón, y petrificada en las glorias de un pasado bien remoto, y en ciertos puntos discutible, era incapaz de arrepentimiento y de enmienda, que, por lo tanto, Cuba debía ser tan libre en lo político, como lo está por la naturaleza; que nacida ayer, joven, hermosa y rica, a mil quinientas leguas de distancia, mirando casi a sus puertas los prodigios de la libertad y de la civilización

norte-americanas, y arrastrada en la poderosa corriente de su siglo, estaba obligada a romper los lazos que la ligaban a la metrópoli, e imitando el ejemplo de su vecina hermana, seguir el rumbo que debía llevarla al cumplimiento de sus futuros destinos; e inspirándose en la inflamada elocuencia del titánico tribuno de la constituyente de 1789, terminó exclamando con la pompa declamatoria oportuna en tales centros revolucionarios: Señores: la hora es solemne y decisiva. El poder de España está caduco y comido. Si aún nos parece fuerte y grande, es porque hace más de tres siglos que lo contemplamos de rodillas. ¡Levantémonos!

Un problema que dió motivo a enojoso debate fué el de que los comisionados de Camagiñey habíanse dado cuenta de que Oriente estaba dividido en numerosos centros que allí tenían representación dominante. Para limar asperezas, estableciendo franca armonía, acordaron establecer una Junta Revolucionaria de Oriente, que asumiría la dirección de los trabajos, quedando nombrados, como ratificación y reconocimiento de sus anteriores aciertos, los que integraban el Comité: Aguilera, presidente; Maceo Osorio, secretario, y Pedro Figueredo, vocal.

Una vez que en el mismo acto tomaron posesión de sus cargos, entraron de nuevo en los problemas, a perfilar acuerdos y dictar las conclusiones que se imponían, porque para ese fin habían venido.

Se fijó para el día 3 de septiembre de 1868 el levantamiento.

Aguilera, Osorio, Pedro Figueredo y otros, apelaron a todas las razones y argumentos para aplazar la fecha, convencidos de que el plazo era demasiado corto: un mes justo. Pero Céspedes había logrado imponerse en la asamblea, dominando a los compañeros de su comité manzanillero y a muchos de próximos centros. Estaba seguro de que trabajándose sin descanso y

con fe se reunirían armas, pertrechos y hombres. Estaba inflamado por noble pasión patriótica. Por esta circunstancia se elevó a caudillo, haciéndose su propio pedestal.

Acordado el día, Aguilera ofreció aportar armas al Camagüey para que pudiera secundar en forma completa y simultánea el pronunciamiento de Oriente. Así es que se había organizado todo, sin disponer de los elementos sin los cuales no puede hacerse una guerra.

Se ha visto que no obstante haberse desarrollado la discusión de los conspiradores en un plano de franca mayoría mantenedora de que era prudente la espera de algunos meses para asestar el golpe, contándose entre éstos el mismo Aguilera, con sus dos adictos concomitantes, el calor y el entusiasmo de Céspedes habían sido tan elevados y sugestionadores, de tan persuasivo modo había infiltrado sus opiniones a los compañeros, que logró imponerles un plazo perentorio. Y ya seguro de su triunfo, casi viendo a todos girar en su trayectoria, erigido en el guía de la hora, quiso rematar, asegurar, mejor dicho, aquel triunfo que temía pudiera cambiarse por medio de una rectificación, ya que el jefe Aguilera se mostraba un tanto remiso; lanzando una proposición que virtualmente le daba la oportunidad de seguir sus propios impulsos y deseos, orlándose en un momento con los menudos y sufridos trabajos de los demás. En esta proposición claramente se vislumbra lo que pensaba hacer Céspedes, e hizo después: seguir su íntima inspiración, lo cual es prueba patente de que se sentía caudillo. Era la siguiente: que en caso de que cualquiera de los agentes se viera en peligro inmediato de ser detenido por el Gobierno, quedaba autorizado para rebelarse en armas, y todos los centros obligados a secundar el hecho. De esta manera la fecha de

alzamiento quedaba en manos y a voluntad del primer exaltado, imprudente o ambicioso. Y como Céspedes era el más destacado por su conocida historia revolucionaria, seguramente iba a ser el más observado y perseguido por los gobernadores de Manzanillo y de Bayamo, ofreciéndosele, por lo tanto, la casi segura oportunidad de acogerse al acuerdo que él mismo proponía. Cuéntase que Céspedes puso toda su impetuosidad y habilidad en obtener su aprobación; pero fué desechado.

Para perfilar mejor los planteados problemas, no discrepando en nada, acordóse una entrevista definitiva, concluyente, el día primero de septiembre, en el sitio que Aguilera estimara más seguro.

Cada laborante tomó su camino, y Aguilera, para más provecho, se dirigió a sus haciendas de Cabaniguán, en torno a Santa Isabel, Birama, Enseibas, Santa Elena, Larey y los poblados de Jagüey, la Zanja. Estas haciendas estaban casi sobre el río Jobabo, a corta distancia del mar, facilitándose los viajes por tierra a la jurisdicción de Camagüey o a la de Tunas, para bajar, atravesando el río Cauto, a Manzanillo y Bayamo. O utilizar el mar por el golfo de Guacanayabo. En tan estratégico sitio se propuso movilizar un cuerpo militar y ocultar armas y pertrechos, pues era uno de los sectores de su gran plan, que consistía en situar gran cantidad de elementos de guerra sobre puntos de la costa, preparados de modo tal que al sonar el toque de llamada, unos se dedicarían a distraer al enemigo con simulados ataques, mientras los más sacarían esos útiles de los almacenes. Pero en realidad el tiempo volaba, y en Aguilera continuaba de modo tal predominando la idea de alargar el plazo del día 3, que partió a entrevistarse con aquellos compañeros que tomaron

el acuerdo y sobre los cuales creía ejercer influencia decisiva. Este fué el subterfugio a que tuvo que apelar Aguilera al no haber podido convencer, en la primera reunión, a sus compañeros, y temer que fracasaran tantos desvelos y esperanzas; obra en la que tenía empeñada su riqueza, su alma, su vida. Se sintió más fuerte para discutir aisladamente con cada uno que no en lid de asamblea. Refiere su panegirista sobrino, Eladio Aguilera Rojas, que todos cedieron a sus razones, hasta el mismo Carlos Manuel, aunque éste se mostró más reacio que ninguno a que se revocase el acuerdo de *San Miguel de Rompe*. Armado y confiado Aguilera con estos compromisos de revocamiento, encargó nuevamente a Vicente García buscar el mejor escondite para la reunión del día primero; el lugar fué la hacienda *Muñoz*, no lejos de Tunas. De este modo Tunas vino a ser la cuna de los trabajos medulares de la conspiración que provocó la Guerra Grande.

Acudió en pleno la Junta Revolucionaria de Oriente, con sus tres miembros, y por Camagüey Salvador Cisneros Betancourt y Augusto Arango, además de muchos de los asistentes a la anterior entrevista, aunque faltaban Céspedes y sus íntimos. Sabíase de antemano que el motivo era para tratar de la revocación de fecha. Presidió el acto Aguilera. Es curioso que antes de comenzar la sesión, el emotivo patriota Luis Figueredo hizo saber que se encontraba en difícilísima situación frente al Gobierno, porque había ahorcado en su finca *El Mijjal* a un insolente español cobrador de contribuciones y en torno de ella tenía acuartelados más de cien hombres decididos a entrar en campaña. Esta circunstancia era precisamente aquella a que se contraía la proposición de Céspedes, de apoyar a todo el que se anticipara; y tendía a dar como firme la fecha del

día 3. La difícil situación hizo que *Perucho* Figueredo se levantara y dijera que

Los intereses de Cuba están por encima de todos los intereses personales; que si ellos por desgracia tienen que sacrificarse, a eso debemos estar prontos todos; y que la Junta, lejos de auxiliarlos y protegerlos, si ellos desobedeciendo sus acuerdos se alzan en armas antes del tiempo fijado, los declarará traidores a la patria y no los considerará como cubanos.

La asamblea acordó el aplazamiento para después de terminada la zafra, a fin de que a su amparo y con su producto se robustecieran los fondos de la revolución. Camagüey estuvo conforme, quedando nombrado el Marqués de Santa Lucía para que visitara a los elementos de La Habana en busca de cooperación, y Augusto Arango en Las Villas realizara idéntica propaganda.

Vemos que solamente parte de Oriente trabaja, con la cooperación de algunos camagüeyanos; pues en realidad las Juntas de Las Villas, La Habana y Camagüey laboraban por su cuenta y riesgo.

El aplazamiento era impreciso: "para después de la zafra". Y como no obstante la impaciencia de Céspedes y de Luis Figueredo, no había materiales de guerra para equipar ni un batallón, se celebraron otras reuniones secretas, dirigidas por la Junta, en una de las cuales Aguilera hizo ofrecimiento patriótico tan extraordinario que ningún cubano lo ha igualado. Dijo serena y terminantemente que puesto que imperativamente hacían falta muchos fondos, sin reservas ponía en la balanza de la causa todos sus bienes, todas sus propiedades, representadas por tres ingenios, numerosos cafetales, y potreros con más de 35,000 cabezas de ganado, varios corrales, vegas y estancias y más de treinta haciendas con diez mil caballerías de tierra, el teatro de

Bayamo, varias fincas urbanas de Bayamo y Manzanillo y más de 500 esclavos; todo lo cual tenía un valor no menor de seis millones de pesos. Pidió Aguilera que igual sacrificio hicieran sus compatriotas. El producto de la venta de esas propiedades se pondría a la disposición de un comisionado, que sería el mismo Aguilera, que en los Estados Unidos compraría lo necesario para fines de diciembre. Y tan resuelto estaba el prócer a rendir su aportación, que en seguida fijó un anuncio en el periódico *La Regeneración* ofreciendo en venta todos sus bienes. La oferta y la ejecución de la venta, eran imprevisoras y peligrosas en un ambiente tan caldeado de cubanismo, bajo la mirada de sagaces y pérfidos gobernadores y de no pocos delatores; aparte de que difícilmente se presentaría hombre con fortuna suficiente para afrontar esas compras.

Este es el rasgo de desprendimiento más hermoso ocurrido en toda nuestra historia, tan sublime, espontáneo y puro, que seguramente no es fácil que las generaciones que le sucedieron puedan comprenderlo y mucho menos imitarlo.

El cuantioso donativo sólo era ejecutable a largo y prolijo plazo; y ya la tormenta habíase salido de su cauce e iba en marcha incontenible. Vicente García organizaba y se movía sigilosamente con Rubalcava; Luis Figueredo seguía en pie con sus hombres en *Mijial* (Holguín); Angel Mestre y Juan Fernández Ruz, esperaban el toque, y Céspedes actuaba con el mismo ánimo y propósitos que en los primeros momentos.

*

El mes de septiembre transcurrió en reuniones, cabildos, zozobras, y planes diversos; la colmena revolucionaria no cesaba en sus afanes. Es asombroso que



a pesar de la exaltación y repetidas indiscreciones, las autoridades no se percataron de lo que se tramaba a su alrededor. Aguilera venía siendo el aceite moderador, en contraste con el volcanismo de Céspedes. En una de las tantas reuniones llegóse a ratificar que Aguilera partiese para los Estados Unidos el día primero de noviembre, para que estuviese de regreso en Nochebuena, que era la hora más indicada, por el regocijo general en el que intervenía hasta la tropa española, abusando del vino. Para transmitir las últimas noticias al más impaciente de los laborantes, Céspedes, fué comisionado Aguilera. De Manzanillo, sin pérdida de tiempo, se puso en viaje a su ingenio *Santa Gertrudis*, situado a unos tres kilómetros de la ciudad, a pocos metros del mar y del camino que por allí conducía a lo largo de la costa, aunque por el lado opuesto una ancha serventía prestaba servicio para caballería, volantes y otras vehículos. Ocupaba el ingenio preciosa posición estratégica y de belleza, lindando con propiedades de destacados laborantes. Tan pronto llegó a dicho sitio (2 de octubre) pasó recado urgente a la cercana residencia (una legua y media) de Céspedes, en su ingenio *La Demajagua*. Ambos discutieron el problema: Aguilera, como de costumbre, sosteniendo la necesidad de aplazar hasta diciembre, y Céspedes ahora mantenedor de que adolecía de influencia para contener los ímpetus de su gente; por eso Aguilera aceptó entrevistarse con los subordinados de Céspedes para demostrarles la conveniencia de esperar.

Esta entrevista, artificiosamente provocada por Céspedes, que iba a ofrecer una reserva que no llegaría a vislumbrar el confiado Aguilera, se celebró en la noche del 3 de octubre, en la hacienda *El Ranchón*, de Manuel Calvar, con linderos sobre la costa y las pro-

piudades de Aguilera y de Céspedes. Este apareció al frente de sus aliados y admiradores. Recibieron a Aguilera con muestras de simpatía y gentileza. Todos eran partidarios del inmediato comienzo de la guerra. Nada podía calmar a tan fanática grey; los argumentos de Aguilera se estrellaban contra la insistencia de pelear. Verdad es que Aguilera

no tenía dotes oratorias; su palabra era difícil y dura;

pero por suerte, Céspedes, que presidía, hábilmente no intervino en el debate. Cuando estuvo más acosado, Aguilera apeló a exponer el talón de Aquiles de la revolución: la falta de dinero.

Ante la colecta de \$8,000 que allí se hizo, Aguilera expuso que con tan ridícula cantidad era imposible hacer una guerra. La sinceridad y buenas razones, aparentemente convencieron a los exaltados para discutir nuevamente, dentro de veinte días. De lo hablado se levantó acta que conservó Céspedes.

Aguilera dió cuenta a la Junta y excitó a su apoderado general, Manuel Anastasio Aguilera, para que activara la venta de sus propiedades, enajenándolas a cualquier precio, cosa de reunir \$200,000.

La experiencia decía que aquel acuerdo, arrancado a los cespedistas, no era sincero, puesto que el arrebató y la obcecación eran evidentes en todos y en cada uno.

En esta última reunión Aguilera debió deducir que la actitud reservada de Céspedes, posesionado de la presidencia; y haberlo llevado a él, que ostentaba la jefatura de la Junta Revolucionaria de Oriente, a discutir un aplazamiento con los cespedistas, era prueba palmaria de que contaba con un grupo adicto (del que

era jefe indiscutido) que deseaba mostrar; que desde aquel momento los campos estaban delimitados y el cisma podía surgir, si uno de los contendientes o partidos no cedía el terreno.

Antes de que se celebre la junta que va a marcar nuevo y definitivo rumbo a esta conspiración, acaparando súbitamente todos los laureles y sacrificios de Aguilera y sus auxiliares, ofreceré un esquema biográfico del genial criollo bayamés que organizó el evento y escaló las gradas de la fama, de la gloria, aunque amasándolo todo con el sacrificio de su vida. Se impone este conocimiento previo, porque desde este momento Céspedes ha pasado el Rubicón; y estudiando sus excelsas cualidades de director, a pesar de que se reconozca en su resolución manifiesta inconsecuencia para con el tolerante y puro Aguilera, comprenderemos que todo parecía estar escrito en el libro del Destino.

CÉSPEDES

Vástago de ilustre y bien blasonada estirpe, hasta el extremo que poco antes de lanzarse a la guerra había pedido a un maestro de árboles genealógicos y de heráldica, le armase su escudo de nobleza; cosa corriente en nuestro país entonces, después, y hoy mismo, en que ya están abolidos los títulos de nobleza, puesto que los cubanos siempre han sido aficionados hasta a las sencillas partículas “de” y “don”. Pasó la niñez en los campos aspirando la savia de la manigua y las montañas. Una de estas heredades lo fué la hacienda *La Junta*, próxima a la aborígen *Macaca*, que todavía posee su último vástago. En este medio se desarrolló su cuerpo y tomó vuelos su espíritu. Enérgico, exaltado,

imperativo, resuelto. Llegado el momento, entró en la fragua tesonera y reservada del clero, estudiando en el Convento de Santo Domingo. Su inteligencia era viva y fogosa. En La Habana se hizo bachiller, en 1838. De regreso, en Bayamo contrajo matrimonio con su prima María del Carmen de Céspedes y Castillo. Como aspiraba a ver mejores horizontes y de cerca observar y estudiar la marcha de la cultura europea, en 1840 trasladóse a Barcelona, asistiendo a cursos de la Universidad. En Madrid se graduó de licenciado en derecho. Giraba en círculo distinguido y liberal, y por este motivo dícese que conspiró con Prim en los días que España andaba revuelta. A seguidas realizó paseos por Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, aprovechándose de las artes, ciencias y luces históricas de esas naciones, por el dominio que tenía de sus idiomas. De allá regresó en 1844, saturado de nuevas orientaciones y sueños.

A la par que abrió bufete y se entregó a crear nueva clientela, se dedicó al dilecto cultivo de las letras. Escribió comedias, tradujo versos de Virgilio, compuso inspiradísimas composiciones poéticas de variadas formas y sentimientos, y su famoso canto al Turquino, sobre lo cual viene repitiéndose, con craso error, que fué "su Gólgota", al suponerse que Céspedes murió al pie de esa montaña, cuando lo cierto es que San Lorenzo se halla fuera de la vista del Turquino; también preparó y comentó un trabajo sobre ajedrez, a la que era muy aficionado. Sus conocimientos literarios, musicales, de arte en general, orador, de refinada estructura social, le llevaron a la dirección de la *Sociedad Filarmónica de Bayamo*, donde se pusieron en escena "dos piezas dramáticas que él compuso".

Aunque de pequeña estatura, era tanto su garbo y

robustez y aire gentil, que parecía más alto de lo que era. Se distinguía por su agilidad en la esgrima, la gimnasia y la equitación. Los que le trataron íntimamente, amigos y adversarios, están contestes en que era un tipo soberano; de mucha imaginación, y aunque agresivo sabía ser discreto con astucia y cortesía de puro cálculo. Esta cortesía, exagerada siempre con las damas, le valía mucho para imponer su voluntad. Era una fuerza delicadamente penetrante. Ni en difíciles situaciones de sus labios salía un denuesto. Era incansable en sus labores y afanes. "No se quejaba de sus dolores físicos ni morales". A veces sabía apurar la amargura en silencio. "Aborrecía con toda la fuerza de su alma la dominación española". Impetuoso e impaciente. La más leve contradicción le ponía fuera de quicio. Su amor propio era de sensitiva. Con frecuencia se desbordaba en violencias. "Era ambicioso y aspiraba a todos los honores y prerrogativas".

Por estas cualidades se destacó su personalidad en toda la comarca, tanto en Manzanillo como en Bayamo. Y al realizarse más entre sus compatriotas, por defender a sus clientes frente a las injustas y rapaces autoridades, vióse frecuentemente complicado y amenazado. Pero cuando Céspedes solía perder más su culta ecuanimidad era contra los gobernantes españoles, sin importarle el peligro. Esta irreflexión le llevó a una serie de azares que constituyen el capítulo más interesante y dramático en los comienzos de su carrera revolucionaria. El primer contratiempo lo sufrió a raíz de los sucesos de la muerte de Narciso López, Agüero, Betancourt, Zayas y Benavides. Céspedes estaba hondamente

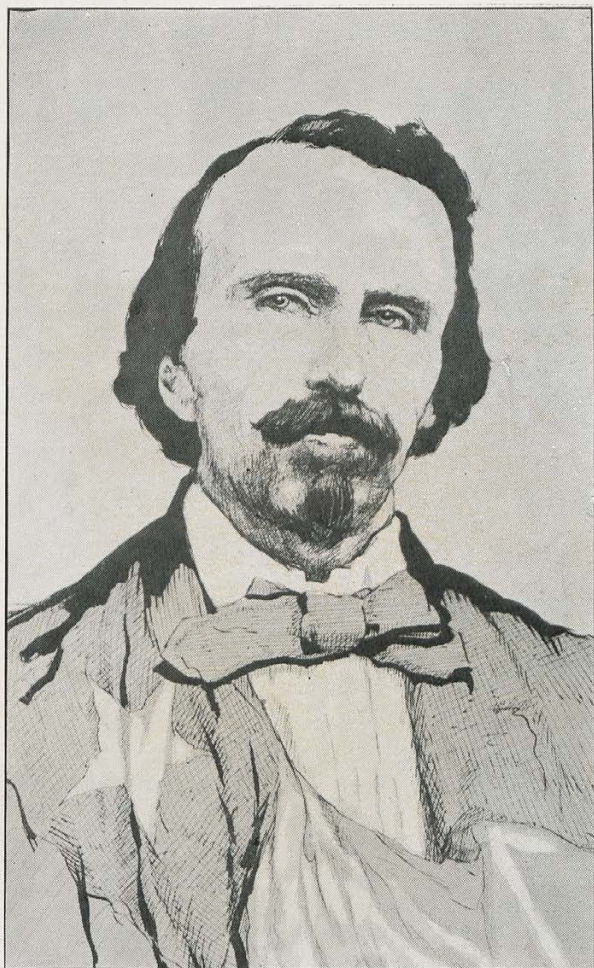
abatido por tales martirios y fracasos en las luchas por la emancipación, cuando el bellaco Gobernador de Bayamo, Toribio Gómez Rojo, celebró la ejecución de López con un banquete público. Céspedes saltó en protesta airada que le valió ser confinado durante cuarenta días a Palma Soriano, en unión de su tío Lucas del Castillo y su primo el poeta José Fornaris y Céspedes (1).

Cuando regresó a Bayamo del confinamiento, continuó sus faenas en el foro, la sociedad y en la masonería. Sus imprudencias se renovaron contra el régimen y sus autoridades, por lo que el general Cañedo lo desterró a la lejana y aislada ciudad de Baracoa. Allí se hizo de amigos y dejó caer la simiente de su hostilidad a España. Volvió a Manzanillo en 1852. Esta vez pudo dominar un tanto sus vuelos, durante un par de años; pero al final de éstos le exacerbaron de manera tal las ejecuciones de Estrampes y Pintó, que por tercera vez lo condenaron a encierro en el navío *Sobe-*

(1) Esta escena es la hasta ahora conocida "verdad histórica", la propagada casi por todos los que han escrito acerca de Céspedes en tal hora, y que yo he dado siguiendo la errónea rutina, ya que no soy un especialista en cuestiones cespeditas, y en la que cayó el confiado biógrafo Franciseo Calcagno. Con este motivo el poeta José Fornaris le escribe una carta, que ve la luz en el periódico *El País*, de La Habana, en su número 184, de agosto 1888, en la que rectifica el momento y motivo de la prisión. Lo cierto es que hubo prisión y palabras de censura vertidas por Céspedes en un banquete contra España o su símbolo. Resultó que en el banquete celebrado en la sociedad Filarmónica de Bayamo, con motivo del nacimiento de la princesa de Asturias, un incidente ocasionó la detención de Céspedes, Fornaris y Lucas del Castillo.

De este hecho se ocupa especialmente el colega Dr. José Pérez Cabrera en el trabajo que prepara, intitulado *Un episodio curioso en la vida de Céspedes*, donde, con la ayuda de documentos poco conocidos u olvidados, comprueba la versión de Fornaris.

Con agrado hago esta nota, ya que la historia debe ir rectificando, siempre que irradie mejor luz y verdades. Esta y muchas más nos hacen falta. Es nocivo aferrarse a mentiras o leyendas consagradas por los años o por autoridades que las dijeron. Por eso yo, de modo firme, sin preocuparme la contrariedad de no pocos equivocados, he ofrecido las versiones de que Céspedes no se suicidó, ni tampoco Juan Bruno Zayas ni *Panchito* Gómez Toro, y aclaré las falsas posiciones geográficas de San Lorenzo y la Silla de Gibara, etc., etc., etc.



CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES



rano, que fungía de pontón en la bahía de Santiago de Cuba. Y cuando lo libertaron quedó obligado a vivir ocho meses en dicha ciudad. Entonces pudo retornar a Manzanillo. Tantos contratiempos y persecuciones habían desmembrado su bufete y sus bienes; por cuyos motivos tuvo que recomenzar a buscar clientela y trabajar en especulaciones agrícolas. Un personaje de esta calidad, en un medio de intolerancia y opresión, era punto de mira de esos enemigos, que lo mantenían en observación y amenaza. Por eso en diciembre de 1867 iba a ser nuevamente detenido y condenado, por una delación hecha al gobernador Rafael Pérez Molina. Ya por estos días Aguilera estaba dedicado a su empeño revolucionario, en el que todavía Céspedes no había sido iniciado, aunque era un libre y constante laborante. Seguramente que Céspedes, sabiéndose individuo de indiscutibles méritos patrióticos, probados con civismo, tenía que estar resentido de que los amigos que le rodeaban y diariamente le trataban, tuvieran para él tan injusta reserva; reserva análoga a la que él bien pronto iba a aplicar a Aguilera.

Céspedes era el reverso de Aguilera, hasta en el físico. El primero, bajo y trabado; el segundo, de elevada estatura y magro. A la suavidad y tolerancia de Aguilera, Céspedes ofrecía carácter enérgico, impulsivo e inflexible. Contra la moderada cultura y falta de palabras de Aguilera, Céspedes oponía sólida preparación y facilidad oratoria. El patriarca de Cabaniguán era dócil, sencillo y demócrata, y el de *La Demajagua* orgulloso, soberbio, dominante. Aguilera se avenía a los consejos de sus compatriotas, sin importarle su persona; Céspedes veía por sobre los hombros a todos los que le rodeaban, considerándose el caudillo. Siempre se movía a impulso de su propia emoción. Le

faltaba ecuanimidad política. Todo en él era calor, dinamismo. Tenía personalidad literaria, política, jurídica, social y revolucionaria. Aguilera era solamente el nítido y confiado patriarca, aunque siempre desconfió de Céspedes, para los empeños de sigilo, temeroso de su fogosidad. Céspedes por Aguilera sentía respeto personal por sus virtudes, sin reconocerle capacidad, en talento y carácter, propia de jefe. Aguilera sólo pensaba en el éxito de la causa emancipadora; Céspedes amaba a la patria a la par que la gloria y la fama.

He tratado a estos dos próceres iluminados, como hombres, como hombres llenos de virtudes magnificas, a quien la patria y todas las generaciones de conscientes y dignos cubanos amamos y rendimos excelsas pleitesías; pero sabiendo y apuntando sus defectos. Anotemos que como los aguileristas — que por cierto hasta ahora han sido escasos — procuran, destacadamente su sobrino Eladio, en su minucioso y voluminoso libro, quitarle lunares y debilidades, ofreciendo tan sólo sus sublimes aspectos; los cespeditas se han adelantado, divinizando a su héroe, a veces sin siquiera soportar que se le examine como simple mortal terrestre, desfigurándolo, por lo tanto, como figura histórica.

*

Algunas palabras conviene decir de otros problemas y crisis que en estos momentos se cernían en torno y dentro de esta Isla.

En Puerto Rico, en el mes de septiembre de 1868, había prendido la revolución en armadas protestas que provocaron refriegas, muertes, ejecuciones oficiales y demandas a España, todas por la emancipación. El caduco régimen hispánico estaba allí seriamente amenazado.

La Península a la vez estaba quebrantada por una revolución casi general, en la que actuaban en primera fila políticos y personajes representativos: Serrano, Dulce, Caballero de Rodas, Prim, Primo de Rivera, Adelardo López de Ayala, Sagasta, y el cabecilla Juan Bautista Topete. Vacilaba el inmoral trono; numerosas eran las aspiraciones de los pugnadores bandos. Desde luego que estas agitaciones, aunque tuvieran carácter progresista, y para los de allá lograsen mejoras palpables, en nada afectaron a esta Antilla, porque los políticos españoles — con rarísimas excepciones —, consideraron a Cuba como eterna y esclavizada factoría, hasta el asombroso extremo que los “desafectos” y conspiradores cubanos que eran desterrados a ese ultramarino país, podían allá escribir, decir y hacer lo que les estaba vedado en este su suelo nativo.

En Cuba el partido llamado reformista y los periódicos *El Siglo*, que dirigía el Conde de Pozos Dulces, y *La Opinión*, *El País* y *El Occidente*, aprovechaban la anormal situación — dice Zaragoza que hipócritamente — para ver de recabar mejoras para los criollos.

El Gobernador Lersundi, sibaríticamente se había trasladado a la aldea, pintoresca y saludable Villa de Guanabacoa, para en frecuentes esparcimientos de escandalosos libertinajes y en los famosos bailes de cuna, pensar mejor acerca del movimiento insurreccional de España y las graves dificultades que tenía que afrontar, siempre, desde luego, arrimándose al partido vencedor; y a la vez cuidando que el absorbente y beneficiado Banco Español de la Isla de Cuba y el Intendente de Hacienda procuraran forzar las recaudaciones, “ejerciendo presión mortificadora sobre los contribuyentes”.

Los trabajos revolucionarios forzosamente tenían que tomar uno de estos tres cursos: o disolución, por disparidad de criterios; o precipitación, probablemente nociva, a la sublevación; o aplazamiento para el término que pedían los aguileristas. Cualquiera de los tres parecían peligrosos en aquellas desesperadas horas. Pero lo más importante era lo que menos se discutía y debía ser escollo fundamental: en todos los escondites, contando con las haciendas de Cabaniguán y *Las Mangas* y los diversos ingenios de adictos, no se hubieran podido recoger doscientas armas de fuego con suficientes municiones. Es que aquellos próceres estaban más preocupados de las palabras, de los detalles románticos, que de los instrumentos imprescindibles para vencer. Eran iluminados, héroes de olímpica factura, que paradójicamente siempre, en todos los siglos, nacen y se desarrollan al calor de las tiranías, que no querían medir el poder contrario, suponiendo que el sol de sus razones fulminaría a los realistas torpemente inspirados. Desde luego que mil acciones insurrectas de la subsiguiente epopeya, vienen a demostrar que los déspotas, y todos los que mantienen falsas causas, sucumben cuando se les enfrentan cruzados de la estirpe de los que están forjando esta guerra.

Aunque poco esperanzado en obtener, con la premura que el caso requería, dinero suficiente para trasladarse a los Estados Unidos a viabilizar la compra de pertrechos de guerra, Aguilera seguía organizando y tratando de buscar armas y apaciguar a los exaltados; pero sin desistir en el aplazamiento. Punto curioso es el de que ni Aguilera ni sus colaboradores se habían preocupado de sumarse a los ex-militares que vivían por aquellas zonas, procedentes de las Reservas Militares Dominicanas, no pocos de ellos magníficos jefes

conocedores de los secretos de la milicia y de la guerra, algunos ricos, y en manifiesta enemiga con España, porque después de haberlos utilizado ahora los desdénaba. Puesto que los que actuaron salvadoramente, como los Marcanos (Luis y Félix), Máximo Gómez y Modesto Díaz, no tomaron parte en las importantísimas horas iniciales, sino a partir de minutos de peligro y gravedad. Lo que los conspiradores organizaban eran románticas falanges de patriotas que, en momentos como los de la reñida acción del Salado, tuvieron que enfrentarse a las tropas del Conde de Valmaseda con escopetas de caza, cuchillos, pedazos de acero y palos.

*

La reunión celebrada entre Aguilera, Céspedes y sus partidarios, el día 3, en *El Ranchón*, fué sin duda alguna la hábil auscultación que Céspedes efectuó para explorar definitivamente el síndrome revolucionario de los que debían seguirle; y fácilmente se deduce que allí mismo quedaron citados los cespeditas para la del 5, a que voy a referirme con detalles, porque es la determinante del cisma planteado, y del rumbo invariable que seguirá Céspedes. El sólo hecho de reunirse con reservas, presidiendo Carlos Manuel, sin citar al jefe nato de la Junta Revolucionaria, ni a sus dos legítimos miembros, *Perucho* Figueredo y Francisco Maceo Osorio, ni tampoco a otros fieles amigos de Aguilera, como el orgulloso Donato Mármol y el agresivo Dr. Félix Figueredo, partidarios del aplazamiento, es prueba palmaria de que Céspedes había formado bando aparte y que entendía que la hora era no solamente del patriotismo digno y desinteresado, sino de la acción. Ni la vacilación, ni la serenidad de juicio, ni la precisa lógica histórica o filosófica, jamás produjeron guerras,

sino que forzosamente en éstas ha de imperar el apasionamiento que no advierte los obstáculos que va a derribar coma alucinado. El y los suyos consideraron retardatarios peligrosos a los aguileristas. Y en la mente de Céspedes relampagueó, indudablemente, la idea de que este golpe iba a entregarle el cetro del mando, pudiendo desde aquel instante moldear la revolución, y a seguidas la guerra, por el cauce que él prefiriese. Terminada esta sesión trascendental veremos nuevamente el empaque que asume Céspedes y plano que pasa a ocupar Aguilera.

*

El punto de reunión cespedita fué el ingenio *El Rosario*, propiedad de uno de los conjurados, Jaime Santisteban, situado no lejos y al sudeste de Manzanillo. Todavía se hallaba Aguilera en su ingenio *Santa Gertrudis*, a menos de una hora de marcha de la reunión. La sesión estaba, como antes dije, presidida por Céspedes, rodeado de patriotas tales como Bartolomé Masó y sus dos hermanos, Jaime Santisteban que actuaba de secretario, los tres hermanos de Céspedes (Javier, Francisco y Pedro), Manuel Calvar (*Titá*), Juan Hall, Juan Fernández Ruz, Angel Mestre, Emilio Tamayo; y por iniciativa propia, pues no fueron invitados, asistieron el apoderado de Aguilera, Manuel Anastasio Aguilera, y su fiel Francisco Agüero y Arteaga. Las discusiones fueron apasionadas, girando exclusivamente en torno del pronunciamiento y aspectos ya preparados de antemano, sin tener en cuenta para nada a Aguilera ni a la Junta Revolucionaria de Oriente, ni a los acuerdos de días anteriores. Céspedes quedó nombrado jefe superior de la revolución y aprobóse

el compromiso, que había sido rechazado en *San Miguel de Rompe*, de que

si alguno de los distritos o centros se viese obligado por las circunstancias a alzarse en armas antes del día fijado, todos los demás estaban en el deber de secundarlo.

Este punto era el eje de batalla de Céspedes. Varios comisionados partieron a conectarse con los centros de Bayamo, Tunas, Jiguaní, Camagüey, y con el mismo Aguilera. Refiérese que a tal frenesí llegaron los concurrentes, que pensaron atacar esa misma noche

la población de Manzanillo y hacer prisioneras a las autoridades españolas.

Acordaron finalmente, que el grito de guerra se daría el 14 de ese mes.

Tenemos, pues, a dos jefes para la misma empresa: uno, arrogante, incontenible, rápido en la acción, decidido al inmediato pronunciamiento, y el otro, lento, puro y moderador. Este último recibió la desconcertante noticia por boca de Francisco Agüero, estando todavía en *Santa Gertrudis*. Por mucho que pudiera haber sospechado Aguilera de Céspedes, nunca creyó que llegara a tales extremos y agravios manifiestos a su persona y a sus desvelos y sacrificios revolucionarios. Lo echaban a un lado inconsideradamente. Y si dolíale poco lo que afectaba a su persona, en cambio le inquietó el peligro en que toda la obra podía caer en horas. Aguilera meditó larga y hondamente sobre la actitud inmediata que debía tomar: ir a discutir con Céspedes y sus adictos; o recorrer los centros exponiendo la verdadera situación de los trabajos; pero patrióticamente se convenció de que en vano pretendería disuadir al tenaz Céspedes, que ya tendría trazada su línea

de conducta, y que bien pudiera dar ocasión a torcidas interpretaciones, e

Inmediatamente puso un correo a la Junta de Bayamo anunciándole lo que ocurría y agregándole que era necesario prepararse para lo que pudiera venir, avisando a todos los jefes, a fin de que estuvieran listos para secundar el movimiento, caso de que se iniciase.

Aguilera no va a luchar; no quiere disputar su legítima primacía, su jefatura; se resigna y se repliega. Ha hecho dejación de todo lo que ha construído y organizado, por el bien de la patria, aunque se beneficien los que se adelanten. Porque una actitud distinta, en defensa de su mandato de director, con nota excitadora a sus amigos, en la forma que lo hizo Céspedes en *El Rosario*, provocaría una situación perjudicial a la conspiración. Es más que probable que tanto Céspedes como sus mantenedores contaban previamente para su éxito con el desinterés de Aguilera, que constituía el nervio de su flojedad natural en las horas de crisis. En situación tal, si nos permitiésemos asegurar que Carlos Manuel estaba decidido a avanzar sin reparo, el repliegue de Aguilera es alto ejemplo de patriotismo

Al ocuparme de este crítico momento y de la resolución para apoderarse de un esfuerzo, y de un cargo patriótico honorífico, que representaba largos, metódicos, peligrosos y costosos afanes, realizados por Aguilera con fe y desinterés, no es prudente atribuir a Carlos Manuel las características de suplantar y arrogar, que se aplican en la vulgar lucha humana a los que buscan posiciones de lucro y utilidad personal; porque la que va a investirse es de darlo todo, vida, posición y familia, una cruz de sacrificio, dijérase — como los episodios de Bijagual y San Lorenzo lo demostrarán—,

que tendría idéntica remuneración que Martí ofrecía a Máximo Gómez al darle la jefatura militar de la revolución del 95: el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.

Ya vencido en este acto, aun cuando todavía faltaban las escenas culminantes, Aguilera dicta disposiciones para que con urgencia su familia se trasladase a la ciudad de Bayamo. Y él en una goleta arrumbó a sus posiciones de Cabaniguán, bajándose en el embarcadero de Jobabo, junto a la Zanja, el día 7. Para cooperar al plan del 14, convocó a los centenares de empleados, colonos, amigos, esclavos que estaban dispuestos a seguirlo. Durante su ausencia del foco manzanillero, Anastasio Aguilera y algunos hermanos masones quedaron encargados de anotar y avisarle el curso de los acontecimientos, tanto de una como de otra parte.

*

En el ambiente vibraba de modo ostensible el más excitado alarde revolucionario: por el Sur, hacia la apartada capitanía pedánea de Vicana, corriéndose hasta tocar en Santiago de Cuba, y a poblados, caseríos y fincas, en torno del río Cauto, y a Holguín, las Tunas y Cabaniguán, aunque el vórtice estaba en el círculo comprendido entre Manzanillo, Bayamo y La Demajagua. Los campesinos y demás cojurados de las ciudades cada vez que se veían hablaban sin reservas de la guerra, a veces dando vivas a Cuba libre y maltratando de palabra y de obra a los agentes del gobierno. Vuelve a parecer curioso que aquel colmenar, dominado por ideas tan radicales, no hubiese sido contenido en los alardes que forzosamente tenían que culminar en explosión. Más todavía cuando en el ardiente foco de Jiguaní, donde estaba el inquieto Donato Mármol, ac-

tuaba de teniente gobernador hombre tan destemplado como el capitán Federico Muguruza y Lersundi. Claro es que el teniente gobernador de Bayamo, Julián Udaeta, estaba opiado por la influencia de la masonería, a la que pertenecía la casi totalidad de los conspiradores. Es, además, manifiesto, y los hechos lo demuestran, que las autoridades generales del país parecían confiadas y entretenidas en los problemas que conmovían a la Península. Precisamente el Capitán General Lersundi (enemigo de Prim y de Serrano y de todos los liberales) había recibido cablegrama de la Reina, Isabel II, excitándolo para que mantuviera a todo trance a esta colonia en la natural esfera hispana; a lo que el vanidoso Gobernador, que desaprobaba la revolución española, replicó que

Cuba estaría tranquila mientras él la mandase.

Lo que demuestra que Lersundi vivía despreocupado de que cubano alguno se atrevería a rebelarse contra la mala madrastra España.

Aguilera había aleccionado con presteza a sus con-fabulados de Cabaniguán para la hora señalada, que debía ser simultánea. Donato Mármol y Calixto García en las afueras de sus zonas del mismo modo estaban en guardia con centenares de hombres; Luis Figueredo hacía días que virtualmente se hallaba sobre las armas en *El Mijial*; Vicente García y Francisco M. Ruvalcava en Tunas, sólo esperaban el momento convenido; Esteban Estrada aguardaba impaciente en El Dátil, y lo mismo Pedro de Céspedes y del Castillo, hermano de Carlos Manuel, en Vicana, acudiría a su puesto.

LA DEMAJAGUA Y EL 10 DE OCTUBRE

A la par Carlos Manuel organizaba sus conmlitones en torno a Manzanillo y Bayamo, y los poblados limítrofes, situado él en *La Demajagua*, que ya podía considerarse vértice o cuartel general, si tenemos en cuenta que a su iniciativa habíase acordado la fecha del levantamiento, y que de hecho Aguilera estaba desconectado del mando unánime. Esta desvinculación parcial de Aguilera es el caso más típicamente grandioso y desinteresado de un patricio. No es infamante fuga de temor ante el peligro o el abrumador compromiso que ya late, sino dejación sublime en ansias de éxito del movimiento que está en marcha. Céspedes tenía en el mejor orden posible su tablero, inclusive había escrito una extensa proclama al pueblo y al mundo, en la que se titulaba General en Jefe. Además, el acuerdo propuesto por él, y aprobado, de que si alguno se viera forzado a sublevarse, los demás centros quedaban obligados a secundarlo, era una previsión que seguramente se aprovecharía, o quizá la suerte impondría.

Para que las figuras y los hechos que van a ocurrir se destaquen mejor, en su propio escenario, me parece oportuno en pocos rasgos intentar describirlo.

*

La Demajagua es la posesión rural donde reside el patricio Carlos Manuel de Céspedes. Primeramente merodeamos por la ciudad de Manzanillo, amplia, rica, llena de comercios varios y abundantes, hacia donde se vacía la riqueza agrícola e industrial, para salir por su puerto abierto que se encara al golfo de Guacanayabo y a una bella serie de cayuelos que le sirven de barra protectora. El emplazamiento es ancho y bien

trazado. Bello parque, ombligo local, al que dan la hermosa iglesia parroquial, el severo ayuntamiento, las sociedades cubanas y peninsulares, hoteles, comercios y en uno de sus costados el establecimiento de óptica e instrumentos científicos del grato alemán, cónsul de su país y otras naciones, Lauten y Reichhold, que desde su llegada, en 1860, mantiene íntimas relaciones con los conspiradores criollos. (1) Residencia del teniente

(1) A mi paso por Manzanillo, en visita especial que iba a hacer a *La Demajagua*, no podía dejar de llegarme al comercio de óptica e instrumentos científicos que todavía mantiene frente al parque uno de los descendientes (Enrique) de aquel alemán buen amigo de los cubanos, Guillermo Lauten. Embargado como estaba por el recuerdo de Carlos Manuel de Céspedes y el 10 de octubre de 1868, sentí allí una honda sacudida al ver sentado a un individuo vestido en nítido terno de dril blanco. Miréle asombrado, pensando en si estaríamos en días anteriores al día 10, que yo estudiaba, y Carlos Manuel en persona estaba solicitando del alemán Lauten algún servicio en favor de la conspiración; porque en verdad aquel personaje no era otro que el prócer epónimo, siguiendo el parecido de los diversos retratos conocidos. El óvalo de la cara, la mirada penetrante y fija, las entradas del pelo en la cabeza, la barba y el bigote, la estatura corta y robusta y erguida, el gesto enérgico, la palabra suave, pero firme y la voz sonora. Lauten me lo presentó: era el coronel del Ejército Libertador Enrique de Céspedes y Romagosa, deudo muy cercano de Carlos Manuel. Nació en Manzanillo en noviembre de 1865, hijo de Enrique de Céspedes y del Castillo. Su cultura, ganada en la lucha humana, es exquisita. Sufrió mucho para ganar su posición actual económica, siempre en trabajos agrícolas y ganaderos. Diestro jinete. Carácter arisco y agresivo, pero atento para evitarse mayores roces. Viste de blanco y usa bastón. Se le advierte la noble cojera que le produjo una herida en la enconada acción de Iguará, mandada por Antonio Maceo en su marcha invasora. Desde joven fué amigo íntimo del general Bartolomé Masó. Gozaba antes y después de la guerra del 95 de sonada influencia por su riqueza e integridad de carácter. Enemigo severo de la dominación española y de sus pérfidos agentes. En su exterior delata todo lo que es. Goza fama de valiente y áspero, hasta el extremo que al anunciar yo a un grupo de amigos que gratamente acababa de conocer a un personaje de nervio, me interrumpieron, en seguida, que tenía que ser el coronel Enrique Céspedes. Por la herencia y la educación revolucionaria, se asoció a los trabajos de Masó en pro de la independencia. Desde el 22 de febrero de 1895, tras una serie de peripecias, peligros y audacias por la zona de Manzanillo y Calicito, con 16 hombres armados el 23 se incorporó a Masó en campaña adieto de Masó. Cuando Juan Bautista Spotorno se acercó a Masó con propósitos de paz española, Enrique Céspedes virilmente le dijo que los alzados estaban dispuestos a mantener la célebre *Ley Spotorno*, aquella que él mismo había dictado, condenando a muerte a todo el que hiciese ofertas no caleadas en la independencia absoluta. Vive dedicado a sus negocios en su residencia de Manzanillo, y explotando su hacienda *San Francisco de las Caobas*, en cuyo ámbito se libró ya la batalla de Peralejo. En la guerra fué delegado a la Asamblea de Jimaguayú y en la paz presidente del Centro de Veteranos. Jamás ha desempeñado puesto público alguno, ni ha hecho política. Hizo patria, y ése es su mayor timbre, la mejor herencia para sus hijos.

gobernador. Mantenía competencia con Bayamo. Centro de cubanismo era la *Sociedad Filarmónica*, presidida por Carlos Manuel de Céspedes. Con fuertes como *Zaragoza* y *Gerona* y mediana guarnición de tropa regular, pudiendo recibir con rapidez refuerzos por mar. Está emplazada alrededor del mar. Su jurisdicción era de las más ricas de Oriente, contando con muchos cultivos, ganados, cafetales e ingenios de caña. Las comunicaciones eran numerosas en caminos para bestias y vehículos. Las relaciones mejores eran con el cercano Bayamo, situado a unas catorce leguas.

Para ir a ver a Céspedes podíamos tomar tres vías: una, la menos usada, que es una serventía; otra, por la misma costa, mojándose a veces con las espumantes aguas del mar; y la que parte de la ciudad a tomar por el cementerio (entonces nuevo, y hoy viejo) por el Camino Real que pasa por el Congo y lleva a Vicana. El Camino Real era el más usado por los vehículos de las familias que pasaban temporadas en los ingenios o haciendas.

Por el Camino Real, a escasos kilómetros, estaban el ingenio *El Rosario*, de Santisteban, y *San Francisco*, de Ramírez. Y casi a la vista de la población, sobre una graciosa colina, el ingenito de Silverio Valerino (hoy en ruinas), un criollo tan previsora que procuraba mantenerse equidistante en compromisos con los conspiradores y los reaccionarios españoles. Lindando con Valerino, casi sobre el mar, estaba el ingenio de Aguilera, *Santa Gertrudis*, bien equipado, y que fué residencia frecuente del prócer para reuniones preparatorias.

Un poco más adelante, también cayendo al mar, tenía *Titá* Calvar su finca *El Ranchón*, ya histórica por

la reunión celebrada entre Céspedes y Aguilera. De aquí a *La Demajagua* hay un paso, y en su inmediación está ubicada *La Jagüita*, pequeña finca de Bartolomé Masó, célebre en los anales de la guerra del 95.

Hoy la pésima "carretera" cruza hasta Niquero, por caseríos, pueblos e ingenios en ruinas y centrales en movimiento, y fincas en cultivo, festoneada por airosos cocales, en una de las zonas más ricas de Cuba, y en paseo tan sugestivo, de más de 60 kilómetros, frente al sereno mar de suave color verde claro, que puede afirmarse que no lo hay mejor en esta Isla. Partiendo de Manzanillo tomamos por el *Parque Bartolomé Masó*, que ostenta en su centro la estatua del patricio, enfilamos por la carretera y, como arrastrados en fantástica jornada panorámica, vamos viendo y hollando el varadero de Santa Isabel, el matadero derruido, las históricas ruinas del que fué ingenio *Santa Gertrudis*, restos del ingenio Valerino, *El Rancho*n con su moderna casa de vivienda en una colina. Bandos de gaviotas, alcatraces, garzas de variados colores y otros pájaros acuáticos revuelan por el mar en busca de pesca alimenticia. Un collar de cayos adorna el horizonte. El mar parece un manso estanque. No hay un solo barco. A la izquierda, medanales y esteros con millonadas de esquivos cangrejos policromos. De dondequiera sale en vuelo vertiginoso una asustada garza blanca. Cocales y más cocales. Y, sobre el camino, el célebre y pintoresco Guanál.

Por fin, nos detenemos en un vulgar y pobrísimo portón de rústica madera. Del portón a la orilla del mar medí setenta pasos. Alrededor hay abundante

mangle. Del embarcadero con muelle, que aquí existió hace largos años, no queda huella alguna. A la izquierda empiezo a subir por una guardarraya de cocos, arboleada y flores silvestres. Hasta el portón, la distancia desde Manzanillo es de once kilómetros exactos. Sigo subiendo, y al coronar la colina he contado trescientos metros. Estoy en el batey del ingenio *La Demajagua*. Miro en torno: por el frente, allá abajo, el mar; por la espalda y a derecha e izquierda, tierra. Cuando la impía realidad actual pretende despojarme de mi hondo y puro entusiasmo y fe patriótica, mostrándome groseras alambradas, vacas listas para el ordeño y unos chiquillos y el jinete encargado de la finca (Rafael Torres) y abandonadas viejas pailas de hierro, y a la entrada de la cuesta una pobre casucha-escuela de madera con dos banderas, en lugar de una sola — la tricolor impulsora de heroísmos y sacrificios de largas generaciones, la de Narciso López, y sólo por especial tolerancia dejar la valiente que enarbó Céspedes —, la brisa marina, saturada con los sagrados manes de aquellos grandes, que seguramente todavía rondan por este sitio en demanda de paz, amor y justicia, me arrastraron a evocación.

A la vista, por el Sur, Punta de Guá, y por el Norte, más allá de Manzanillo, Punta Oruita, y entre esos dos extremos amplia ensenada, dentro del golfo de Guacanayabo, con otra serie de pequeñas ensenadas y caletas. Ríos y arroyos vaciándose en el mar. Los cayos destacándose ligeramente como búcaros enflorados. Deslumbrante vegetación. Calicito y Campechuela ocularmente dominados. La mar perezosamente mansa y

verdielara. Por el centro que ocupó, el terreno es ligeramente ondulado. Pocas palmas reales y abundantes los guanos variados y yareyes. Alrededor, las siembras de caña que molerá el ingenio, y antaño cuidaban y cortaban los negros esclavos para fabricar azúcar. Por detrás del batey hay caminos que conducen a El Congo, El Tercio, Punta de Piedra, Palmas Altas, Jibacoa, Yara, El Zarzal, Vicana.

Desde el portal de la residencia se domina vasto panorama. Embriaga la brisa; no hay belvedere más propicio a las soñaciones y meditaciones. Razón tiene Carlos Manuel de Céspedes y Quesada al decir, en su libro *Las banderas de Yara y Bayamo*, que la contemplación de

aquel luminoso contorno debió ejercer incontrastable influencia en el ánimo, la decisión y los actos del hombre que allí residía.

La vivienda era amplia y de bellos contornos, situada en el centro del batey, de columnas y corredor exterior. A estilo de la época, espaciosas habitaciones y aposentos y sala y comedor. (1)

(1) Pocos días después del pronunciamiento, el 17, se aproximó a la costa, frente a *La Demajagua*, el barco de guerra español *Neptuno* y bombardeó despiadadamente, produciendo incendios que convirtieron en ruinas el ingenio, los barracones y la casa de vivienda con todos sus ricos enseres. Esta fué la primera propiedad de insurrectos quemada. Luego, hasta 1873, se establecieron allí cinco molinos con los que se hicieron medianas zafras, hasta que nuevamente fué todo quemado y abandonado y reconcentrados los vecinos sobre Manzanillo. La finca *La Demajagua* me dicen que tiene una extensión de dieciocho caballerías. No ha vuelto a resurgir el ingenio, estando destinada a colonia de caña y ganado de leche. Además de Venecia la poseyeron los herederos de Francisco Maceo Osorio, el que últimamente fué enemigo irreconciliable de Céspedes hasta su caída en San Lorenzo. Hoy la finca pertenece a Ramón Escobar.

A la subida de la colina hay una casita escuela. La entrada está cabalmente cerrada por cuartones alambrados, destinados a los distintos procesos de ordeñar y guardar ganado. Aunque se ve una pobre casa, residencia del encargado, y alrededor piezas de hierro del demolido ingenio, y a un lado una

En ella había reunido Céspedes buen número de obras de arte, una nutrida biblioteca jurídica y literaria que poseía además de otros objetos de valor y recuerdos de sus interesantes viajes.

Por este tiempo Carlos Manuel había enviudado de su primera esposa, quedándole de aquel enlace sus hijos Carlos Manuel y Oscar.

“En el centro del batey, pendiente de unos maderos, estaba la campana”, destinada a marcar el tiempo y llamar a la dotación, y que en su historia cuenta la gloriosa hora de convocatoria a las armas contra España y la libertad de esos esclavos que durante tantos

gran catalina de hierro, de cuyos radios surge un robusto jagüey — árbol y catalina que son más que célebres en nuestra historia — y a su vera hay un pequeño monumento; el peregrino patriota que viene ávido a rememorar los hechos grandiosos del pasado en tan sagrado lugar, se halla materialmente impedido por las alambradas, sin que vea, porque no existe, camino ni trillo alguno destinado a ese fin. Tampoco existe persona ni guía que por deber abra paso, sino que se está a la voluntad de cualquier niño o persona que quiera hacer el favor de conducirnos. Cosa que no siempre ocurre, pues a veces he tenido que dar voces y suplicar la entrada. Reconozco la amabilidad del actual encargado, más que nada impuesta por mi constante y fino indagar. El que no vaya preparado a suplicar, y conozca poco del pasado de *La Demajagua*, regresará sin obtener un rayo de luz.

Ya logrado el paso por el verieucto, el panorama es bello y sugestivo hacia el mar. Por la parte de Manzanillo, la torre del demolido ingenio Valerino y por el Sur una hilera de caseríos: Calicito con su ingenio, Campechuela con su central, Ceiba Hueca y su central, luego *San Ramón*, el pueblo de Media Luna y más adelante Niquero, y, al final, Cabo Cruz.

Junto a la catalina famosa hay un pequeño monolito de unos cuatro metros de altura, construído (1926) con piedras del lugar, ostentando en cada una de sus cuatro caras un epitafio de las logias masónicas que contribuyeron a su erección, tales como *José Antonio Saco*, *Oriente*, la Gran Logia Oriental de Cuba, *Fraternidad No. 1*. Apena que ni la nación, ni los gobiernos, ni el pueblo cubano, se hayan preocupado de erigir en este sitio un monumental recuerdo como homenaje a uno de los hechos más trascendentales y gloriosos de nuestra historia.

La catalina y el pequeño obelisco están enclavados en una parcela de terreno de 30 por 40 metros, propiedad del coronel Carlos Manuel de Céspedes y Quesada (hijo del Prócer), y me dicen que le corresponde un sendero (una servidumbre) que conduce al camino que lleva a Manzanillo y sigue hasta Media Luna, Niquero, etc. El coronel Céspedes y Quesada, el día 20 de mayo de 1937, por medio de escritura pública, que autorizó el notario Dr. Emeterio S. Santovenia, hizo donación de esa parcela a la República, por conducto del Presidente Laredo Bru, a fin de que se transformase el lugar en Parque Nacional.

lustros sólo la oyeron vibrar para el duro trabajo.(1)

En otro sitio estaba la cuadra con los caballos de monta y tiro, los arneses, las monturas y la volanta, todo al cuidado del negro Carrión y el mulato Jesús. Y no lejos la oficina, y los barracones de esclavos con sus familias.

El ingenio tenía dos chimeneas y estaba montado con la maquinaria más adelantada en aquella época.

*

A partir de la reunión en *El Rosario*, las visitas a *La Demajagua* se habían multiplicado. Las sospechas por esos motivos ya estaban cayendo sobre el lugar. Céspedes todo lo estaba preparando para su hora. Las armas eran pocas y escasos los pertrechos. En tales condiciones Céspedes convocó a su gente para concentrarse en su ingenio y alrededores el día 8. Y es entonces cuando se hizo el nudo peligroso. Las versiones son dos: una, la de que un conocedor de los trabajos los declaró a su esposa, la que, a su vez, ingenuamente los propagó en la tienda de José Roca Tasis, y de este modo se enteró el teniente gobernador Francisco Fernández de la Reguera; y la otra es que la esposa de

(1) Curiosa e interesante es la historia de esta campana. Fué fundida en París en 1859, con un peso de unos 150 kilogramos. Se destinaba en *La Demajagua* a marcar los cuartos en que se dividía la labor de los ingenios, dar llamadas a la dotación y anunciar alarmas. Al quedar destruído el ingenio y confiscados todos los bienes de Carlos Manuel, el ricacho José Venecia, que tenía un crédito hipotecario contra Carlos Manuel, acudió ante los tribunales y obtuvo sentencia favorable para la adjudicación de los restos de la propiedad, incluyendo la maquinaria y esta campana que quedó almacenada en el ingenio *Esperanza* (cerca del Caño), propiedad de Venecia. Años después, siendo Cuba libre, Carlos Bertot supo el escondite de la campana, y se puso en comunicación con la heredera esposa de Venecia, que abandonada y pobre se hallaba en La Habana. Ella le relató toda la verdad y creo que hasta la vendió. A veces ha sido paseada en festividades nacionales, como la del 20 de mayo de 1902, en que la hizo sonar el prócer general Bartolomé Masó (que la escuchó el 10 de octubre de 1868); luego, en 1918, los Rotarios la pasearon para celebrar el cincuentenario de Yara. Hoy la conservan en Manzanillo.

uno de los comprometidos lo reveló a su confesor espiritual, el cual, más preocupado por la causa de España que de su dignidad y compromiso de mantener inviolable la confesión, prestamente formuló denuncia a dicho gobernador. Ante el peligro, éste llamó a su presencia al alcalde Victoriano García Paredes, al asesor de guerra José de Jesús Mariño, al capitán del puerto, Felipe Canga Argüelles, al administrador de contribuciones, Manuel Velázquez, y a numerosos adictos, y todos convinieron en que procedía actuar con urgencia y vigor. Por de pronto quedaron acuartelados los soldados del regimiento *La Corona*, que componían la guarnición, y salieron a explorar previsoramente el teniente de infantería Pedro González y el celador de policía Germán González de las Piñas.

Apenas Manuel Anastasio Aguilera se enteró de la peligrosa situación, avisó a Céspedes, y éste eléctricamente ratificó la urgencia de acudir a *La Demajagua* y disponerse a la sublevación. Obedientes a la consigna, el día 9 se reunió más de un centenar de hombres. La suerte estaba echada. Céspedes quedaba en pie de guerra. El entusiasmo le había impelido a suponerse con dote militar para resolver los problemas guerreros que en seguida iban a plantearse, capacidad que hacía falta poseyera ventajosamente el director supremo.

Por la mañana, la hueste que comandaba Juan Fernández Ruz alrededor de *La Demajagua*, había detenido a un comerciante español que llevaba cinco mil pesos; y otro grupo, a cuyo frente iba Rafael Masó, quiso apoderarse de la balija de correo oficial que conducía Rafael Figueredo para Bayamo, y que logró escaparse para dar cuenta a su jefe, Gómez Rosas, que presto lo informó al teniente gobernador Udaeta.

La ejecutiva autoridad bayamesa con rapidez y minuciosidad telegrafió al Gobernador General de Cuba, Francisco Lersundi, y a los funcionarios militares y civiles de Puerto Príncipe, Tunas, Jiguaní, Santiago, Holguín. Y Lersundi, como drástico aviso de recibo, ordenó detener y encarcelar a los principales comprometidos en el pronunciamiento que se le denunciaba. La orden era difícilísima de cumplir en aquella hora y contra tantos hombres, en su mayoría influyentes y valientes, sin disponer de algunos millares de soldados para la acción. El peligroso telegrama oficial pasó por las manos del telegrafista cubano Ismael Céspedes y Yero, que por esta circunstancia cúpole la honra y gloria de tener aquella rebelión en sus manos, y a quien jamás la historia podrá olvidar, mereciendo por este hecho sin par un constante homenaje en toda oficina de telégrafo de Cuba. Ismael, antes de dar curso al despacho, envió copia a Carlos Manuel. Mientras esto ocurría, los exploradores mandados por el teniente gobernador de Manzanillo estuvieron observando los movimientos de los reunidos en *La Demajagua*, a quienes no atacaron seguramente temerosos del mayor número.

Se imponía el inmediato grito de guerra, el pronunciamiento contra España. Y tocaba a Céspedes ser el iniciador y como tal empuñar las riendas...

Sonó la campaña anunciando la ruptura de hostilidades. Todos se congregaron en el batey del ingenio, frente a la residencia. La bandera que con urgencia y dificultades había podido coser la

agraciada joven de diecisiete años, Candelaria Acosta, llamada cariñosamente *Cambula*, hija del mayoral del ingenio, Francisco Acosta,

de corte y colores casi iguales a la de la república de Chile, fué el lábaro que todos juraron defender y seguir hasta el logro de la independencia absoluta de Cuba, y que llevó el abanderado Emilio Tamayo.

Allí — dice Zambrana — mezcladas todas las clases y todas las razas, con el mismo generoso impulso en el pecho y la misma radiante y altiva satisfacción en el rostro, se hicieron los unos a los otros, enérgicas y solemnes promesas: que la patria sería redimida, el esclavo emancipado, la América lavada de su única mancha; que para eso destruirían ellos mismos su hogar, abandonarían su familia, vivirían la vida ruda y trashumante del salvaje; que por eso aceptarían ellos la muerte; que no habría nada que los detuviese, nada que les acobardase; que empezando el combate ninguno moriría arrepentido. Después de esto, aquellos hombres, que procedían, los unos por raciocinio y los otros por instinto, en busca de la alegría del género humano, del pacífico consorcio de todos los hombres en cada pueblo, y de todos los pueblos en la humanidad, se prepararon para la fuerza.

De madrugada — cayendo el día 10 — es que Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, abandona a *La Demajagua*, al frente de su alborozado contingente libertador.

La Demajagua, por esta épica y trascendental circunstancia, es, en esta hora, el auténtico y verdadero lugar del primer gesto, del primer “grito”, de las primeras campanadas de rebelión contra España en demanda de independencia; en el batey del ingenio se enarbola y jura la bandera de Céspedes; los patriotas se organizan en forma militar, y, decididos a la guerra, emprenden campaña... Yara — que tiene la gloria, por incomprensible consenso nacional, de haber dado su nombre a esta revolución —, está a muchas leguas y vendrá a figurar en el pronunciamiento, y en aciago plano secundario, vencido este día.

La improvisada falange mambisa se compone de unos ciento cuarenta hombres pésimamente armados y municionados: escopetas de caza, machetes, cuchillos, pistolas, trabucos; no hay más de cuarenta medianamente capaces de hacer frente a enemigo apercebido. El entusiasmo sobrepuja a la realidad guerrera. En aquella hora de frenesí nadie se preocupaba de los instrumentos esenciales para ofender al enemigo y abrirse paso. Recordemos que en siglos remotos legiones mucho mayores marcharon llenas de ciega fe religiosa a la conquista del Santo Sepulcro, sin medir el poder que iracundo les iba a cerrar el paso.

No comprendo porqué motivo regularmente se ofrece una lista de tan sólo treinta y tantos destacados conspiradores de esta madrugada; cuando el hecho de rebelarse otros más a la vez, daba, y dió a todos, idénticos valores. Unas veces se habla de treinta y seis y otras de treinta y siete. En unas están comprendidos nombres que en otras no aparecen. Yo he de seguir a los historiadores Pirala, Portell Vilá y General Ginestá Punset, aunque aparezcan más de treinta y siete:

Bartolomé, Isaías y Rafael Masó Márquez, Manuel de J. Calvar (*Titá*), Francisco Javier de Céspedes y su hijo Ricardo, Jaime Santisteban, Juan Hall, Juan Fernández Ruz, Angel Mestre, Emilio Tamayo (el primer abanderado), Manuel Socarrás Ramírez y su hijo Andrés, Emiliano y Miguel García Pavón, Rafael Castellanos, conocido por *Guairaje* (el primer corneta), Rafael Tornés y su hijo Aurelio, José Joaquín Garcés y su hermano Francisco Javier, Manuel Codina Polanco, Ignacio Martínez Roque, Bartolomé Labrada, Manuel Estrada, Enrique Castillo, Evaristo Camps, Vicente Frías, Rafael Pérez y su hijo Rafael, Ignacio

Borrero, Jesús Martínez, Emilio Ferrer (natural de Colombia) y su hermano Rafael, Rafael Socarrás, Rafael Cedeño, Joaquín Valerino, Rafael Gaymarí, Juan Rafael Polanco, José Rafael Izaguirre, Francisco Cancino, Amador Castillo y Tomás Barrero, a quien he citado el último porque es un puro símbolo de cómo la patria ha olvidado los sacrificios de aquellos precursores, pues fué deportado en 1879 a Chafarinas y pasó los últimos años de su vida sordo y enfermo, pregonando billetes en la vía pública, sin que nadie acudiera a recordar que fué de los escasos del día glorioso de *La Demajagua*.

Nótese que entre los precitados selectos iniciadores no aparecen Francisco Vicente Aguilera, ni *Perucho* Figueredo, ni Francisco Maceo Osorio, ni Francisco Agüero y Arteaga.

Ya en marcha, Céspedes lanza un *Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba*, que señala las primeras disposiciones de aquella revolución y apunta la aspiración política y económica a seguir por Cuba liberada. (*Anales de la Guerra de Cuba*, por Antonio Pirala, tomo I, págs. 252-254.)

Al levantarnos armados contra la opresión del tiránico gobierno español, siguiendo la costumbre establecida en todos los gobiernos civilizados, manifestamos al mundo las causas que nos han obligado a dar este paso, que en demanda de mayores, siempre produce trastornos inevitables, y los principios que queremos cimentar sobre las ruinas de lo presente para felicidad del porvenir.

Nadie ignora que España gobierna a la isla de Cuba con un brazo de hierro ensangrentado; no sólo no la deja seguridad en sus propiedades, arrogándose la facultad de imponerla tributos y contribuciones a su antojo, sino que teniéndola privada de toda libertad política, civil y religiosa, sus desgraciados hijos se ven expulsados de su suelo a remotos climas o ejecutados sin forma de

proceso, por comisiones militares establecidas en plena paz con mengua del poder civil. La tiene privada del derecho de reunión, como no sea bajo la presidencia de un jefe militar; no puede pedir el remedio a sus males, sin que se la trate como rebelde, y no se le concede otro recurso que callar y obedecer.

La plaga infinita de empleados hambrientos que de España nos inunda, devora el producto de nuestros bienes y de nuestro trabajo; al amparo de la despótica autoridad que el gobierno español pone en sus manos y priva a nuestros mejores compatriotas de los empleos públicos, que requiere un buen gobierno, el arte de conocer como se dirigen los destinos de una nación, porque auxiliada del sistema restrictivo de enseñanza que adopta, desea España que seamos tan ignorantes que no conozcamos nuestros sagrados derechos, y que si los conocemos no podamos reclamar su observancia en ningún terreno.

Amada y considerada esta Isla, por todas las naciones que la rodean, que ninguna es enemiga suya, no necesita de un ejército ni de una marina mercante permanente, que agotan con sus enormes gastos hasta las tientes de la riqueza pública y privada, y sin embargo, España nos impone en nuestro territorio una fuerza armada que no lleva otro objeto que hacernos doblar el cuello al yugo férreo que nos degrada.

Nuestros valiosos productos, mirados con ojeriza por las repúblicas de los pueblos mercantiles extranjeros que provoca el sistema aduanero de España para coartarles su comercio, si bien se venden a grandes precios con los puertos de otras naciones, aquí, para el infeliz productor, no alcanzan siquiera para cubrir sus gastos: de modo que sin la feracidad de nuestros terrenos, pereceríamos en la miseria.

En suma, la isla de Cuba no puede prosperar, porque la inmigración blanca, única que en la actualidad nos conviene, se ve alejada de nuestras playas por las innumerables trabas con que se le enreda, y la prevención y ojeriza con que se la mira.

Así pues, los cubanos no pueden hablar, no pueden escribir, no pueden siquiera pensar y recibir con agasajo a los huéspedes que sus hermanos de otros puntos les envían. Innumerables han sido las veces que España ha ofrecido respetarles sus derechos, pero hasta ahora no ha visto el cumplimiento de su palabra, a menos que por tal no se tenga la mofa de asomarle un vestigio de representación para disimular el impuesto único en el nombre, y

tan crecido que arruina nuestras propiedades al abrigo de todas las demás cargas que le acompañan.

Viéndonos expuestos a perder nuestras haciendas, nuestras vidas y hasta nuestras honras, me obliga a exponer esas mismas adoradas prendas, para reconquistar nuestros derechos de hombres, ya que no podamos con la fuerza de la palabra en la discusión, con la fuerza de nuestros brazos en los campos de batalla.

Cuando un pueblo llega al extremo de degradación y miseria en que nosotros nos vemos, nadie puede reprobarle que eche mano a las armas para salir de un estado lleno de oprobio. El ejemplo de las más grandes naciones autoriza ese último recurso. La Isla de Cuba no puede estar privada de los derechos que gozan otros pueblos, y no puede consentir que se diga que no sabe más que sufrir. A los demás pueblos civilizados toca interponer su influencia para sacar de las garras de un bárbaro opresor a un pueblo inocente, ilustrado, sensible y generoso. A ellas apelamos y al Dios de nuestra conciencia, con la mano puesta sobre el corazón. No nos extravían rencores, no nos halagan ambiciones, sólo queremos ser libres e iguales como hizo el Creador a todos los hombres.

Nosotros consagramos estos dos venerables principios: nosotros creemos que todos los hombres somos iguales: amamos la tolerancia, el orden y la justicia en todas las materias; respetamos las vidas y propiedades de todos los ciudadanos pacíficos, aunque sean los mismos españoles, residentes en este territorio; admiramos el sufragio universal, que asegura la soberanía del pueblo; deseamos la emancipación, gradual y bajo indemnización de la esclavitud, el libre cambio con las naciones amigas que usen de reciprocidad, la representación nacional para decretar las leyes e impuestos, y en general, demandamos la religiosa observancia de los derechos imprescriptibles del hombre, constituyéndonos en nación independiente, porque así cumple a la grandeza de nuestros futuros destinos, y porque estamos seguros que bajo el cetro de España nunca gozaremos del franco ejercicio de nuestros derechos.

En vista de nuestra moderación, de nuestra miseria y de la razón que nos asiste, ¿qué pecho noble habrá que no lata con el deseo de que obtengamos el objeto sacrosanto que nos proponemos? ¿qué pueblo civilizado no reprobará la conducta de España, que se horrorizará a la simple consideración de que para pisotear estos dos derechos de Cuba, a cada momento tiene que derramar la sangre

de sus más valientes hijos? No, ya Cuba no puede pertenecer más, a una potencia que como Caín mata a sus hermanos, y como Saturno, devora a sus hijos. Cuba aspira a ser una nación grande y civilizada, para tender un brazo amigo y un corazón fraternal a todos los demás pueblos, y si la misma España consiente en dejarla libre y tranquila, la estrechará en su seno como una hija amante de una buena madre; pero si persiste en su sistema de dominación y exterminio, segará a todos nuestros cuellos y los cuellos de los que en pos de nosotros vengan, antes que conseguir hacer de Cuba para siempre un vil rebaño de esclavos.

En consecuencia, hemos acordado unánimemente, nombrar un jefe único que dirija las operaciones con plenitud de facultades, y bajo su responsabilidad, autorizado especialmente para nombrar un segundo y los demás subalternos que necesite en todos los ramos de administración mientras dure el estado de guerra, que conocido como lo está el carácter de los gobernantes españoles, forzosamente ha de seguirse a la proclamación de la libertad de Cuba. También hemos nombrado una comisión gubernativa de cinco miembros para auxiliar al general en jefe en su parte política y civil y demás ramos de que se ocupa un país bien reglamentado. Asimismo decretamos que desde este momento quedan abolidos todos los derechos, impuestos, contribuciones y otras exacciones que hasta ahora ha cobrado el gobierno de España, cualquiera que sea la forma y el pretexto con que lo ha hecho, y que sólo se pague con el nombre de *ofrenda patriótica*, para los gastos que ocurran durante la guerra, el 5 por 100 de la renta conocida en la actualidad calculada desde este trimestre, con reserva de que si no fuese suficiente pueda aumentarse en lo sucesivo o adoptarse alguna operación de crédito, según lo estime conveniente las juntas de ciudadanos que al efecto deben celebrarse.

Declaramos que todos los servicios prestados a la patria serán debidamente remunerados; que en los negocios, en general, se observe la legislación vigente interpretada en sentido liberal hasta que otra cosa se determine, y, por último, que todas las disposiciones adoptadas sean puramente transitorias, mientras que la nación ya libre de sus enemigos y más ampliamente representada, se constituya en el modo y forma que juzgue más acertado.

El General en Jefe,

Manzanillo, 10 de octubre de 1868.

Carlos Manuel de Céspedes.

Cuando ya Céspedes iba avanzando, el día anterior, el 9, en la capitania pedánea de Vicana había ocurrido un pronunciamiento, anticipado y secundador de Carlos Manuel. El partido era inmenso y rico, con más de siete mil caballerías de tierra. Territorio ganadero cubierto de selvas en las que abundaban maderas preciosas y de tinte. Comarca de quimera por lo bella. En la Alegría de Macaca tenía su hermosa residencia Pedro de Céspedes, hermano de Carlos Manuel, donde influía como un patriarca. Había tomado parte activa en la conspiración con Aguilera y su hermano, y por tanto conocía detalles y la fecha fijada del 14, y supo también de los peligros de su hermano desde el 8.

Se habla de que la bandera de Céspedes fué inspirada tras curiosa serie de dificultades (*Las banderas de Yara y Bayamo*, por Carlos M. de Céspedes y Quesada, *La bandera de Céspedes*, por Arturo González Quijano, y *Las banderas de Céspedes*, por Pablo L. Villegas) y confeccionada en horas (entre el 9 y el 10); y yo he oído de labios de Adolfinia (hija de Pedro) que ella, con indicaciones de su padre, hizo la bandera que enarbolaron los insurrectos de Vicana el día 9. (Carta de agosto 9 de 1873, que Francisco Estrada y Céspedes escribe desde los campos de Cuba a su suegro, el general Pedro Céspedes, en Kingston, que aparece en el Apéndice de mi libro sobre la muerte de C. M. de Céspedes, ya citado.)

A pesar de las instrucciones, emanadas de Carlos Manuel, que para su hermano trajo Francisco Estrada y Céspedes (que luego casó con su hija Adolfinia), temeroso Pedro de ser sorprendido, prefirió adelantarse y dar el "grito" de libertad el 9, "grito" que tuvo todos los caracteres propios de esos brotes de guerra: pro-

nunciamiento con armas, al frente de gruesa partida y marcha sobre el enemigo. A seguidas Pedro puso todos los efectos de su tienda mixta a la disposición de sus subalternos. De modo que es un hecho histórico que el primer episodio de protesta bélica de este mes se efectuó el día 9 de octubre.

También la Junta de Bayamo, con asistencia de Pedro Figueredo, Maceo Osorio, Rodrigo Tamayo, Manuel Anastasio Aguilera, Bárzaga y otros, en vista de la situación abierta, discutieron, sin llegar a acuerdo definitivo, secundar el pronunciamiento. Desde luego que la actitud de los demás iba a imponerles salir con premura al campo, o dejarse prender, toda vez que eran personas significadas.

Céspedes y su unidad mal armada y sin técnica disciplina militar marchaban con rumbo al cercano ingenio *San Francisco*, propiedad de José L. Ramírez y hermanos, a donde llegaron al amanecer. En todo el trayecto no sufrieron interrupción alguna, lo que redobló la confianza y el entusiasmo.

Javier Calvar había sido comisionado para ocuparse de los comerciantes detenidos y devolverles los cinco mil pesos incautados, solamete exigiéndoles prudencia, mientras él entraba sigilosamente en Manzanillo portando pliegos secretos, dictados por Céspedes como jefe supremo de la revolución, a fin de que el generoso cónsul Guillermo Lauten les diera curso secreto hacia los Estados Unidos.

Sin detenerse, seguramente ya Céspedes madurando algún plan militar, pasaron por el ingenio *El Rosario*, y a seguidas por el potrero *San Luis*, acampando brevemente en Palmas Altas, lugar hoy situado sobre la carretera, bello y llano, a pocos kilómetros de Manzanillo

y de Yara. En dicho paraje, por donde brota un fresco y saludable manantial que explota en su finca *Monte Alto* el Dr. Evaristo García, Céspedes firmó varios nombramientos: Bartolomé Masó recibió el grado de teniente general, segundo en el mando; Juan Hall y Manuel Calvar, brigadieres ayudantes de campo; Emilio Tamayo, comandante jefe de la escolta del cuartel general.

Aunque el Manifiesto ya transcrito no ofrece la libertad absoluta del negro, sino que, para transigir con la "triste realidad del medio, viciada por la nefanda institución", anuncia una gradual y bajo indemnización, Céspedes, llegado a este lugar en su marcha, emancipa a sus siervos que le han seguido, dando un ejemplo que muchos imitaron y luego quedó sancionado en Guáimaro.

Al cruzar por Coboita, próximo al río Yara y no lejos del poblado del mismo nombre, se efectuó una escaramuza. La marcha era rápida y triunfal, a pedir de boca, como paseo por campos de fiesta.

A esa misma hora Jaime Santisteban regresaba de *La Demajagua*, a donde con cien hombres había acudido para incorporarse a Céspedes. Al enterarse del rumbo de éste, partió para *El Rosario* y Palmas Altas, y a recoger armas en Jibacoa. Va avanzando con presteza a sumarse al núcleo mayor.

Había llovido por la ruta de los libertadores. Ya al obscurecer, Céspedes, pasado el río, mandó oficiales suyos a exigir al capitán pedáneo de Yara, Tomás Riera, la rendición del pueblo.

Yara es una aldea, cabeza de partido, situada en terreno llano, con el río cursando a su vera. A veinte kilómetros de Manzanillo y unos treinta y cinco de

Bayamo. Es saludable. Tenía iglesia con campanario de horcones. De unos 600 habitantes. Residencia de un receptor de rentas y de un cartero. Algunos cultivos menores, y centralmente el del tabaco. No lejos corre la Sierra Maestra. Tenía próximos foscos bosques. Contaba con los caminos que van a Manzanillo y Bayamo, el carretero de Guá y Vicana y numerosas veredas. Carecía de fortificaciones. Su historia se remonta a los días de la conquista hispana. Próximo a su iglesia la leyenda ha situado el tamarindo junto al cual fué atado y quemado vivo el indio dominicano Hatuey. La guarnición se componía del capitán del partido y cuatro guardias.

La marcha apresurada de Céspedes sobre Yara solamente tiene dos explicaciones. La primera, de legendario y romántico patriotismo, vinculado al pasado remoto, por el hecho de haber sido allí sacrificado Hatuey, que era símbolo de libertad. Y la segunda, por hallarse cerca y sobre el camino de Bayamo, que después iba a ser su objetivo militar.

Llama la atención que un hombre de la cultura de Céspedes, rodeado de distinguidos y valerosos compañeros, experimentados en la actividad humana, acostumbrados a ver ejércitos y fortalezas y leído sobre revoluciones y acciones de guerra, táctica y estrategia; contando en este momento por lo menos con cuarenta hombres armados y los restantes a medias, se presentara ante un caserío, defendido por cuatro guardias, a intimar una formal rendición, cuando un avance sobre el lugar no podía ser contenido; y de no ser así, con las precauciones propias de la milicia, parecía elemental disponer exploradores que estudiaran el terreno y las probables sorpresas que pudiesen saltar. Este avan-

ee preliminar, ejercicio primero, balbuceo marcial de Céspedes en sus funciones de General en Jefe, es prueba concluyente de que su carácter y capacidad eran de estadista, político, y no hijo de Marte. Ni siquiera ha de vislumbrarse en él la agudeza, la perspicacia y técnica innata de los mambises que más luego van a brillar, en esta disciplina, a veces sin saber escribir.

El medroso capitán Riera, al conocer el volumen amenazador, se sometió incondicionalmente, para que la columna libertadora ocupara a su antojo el caserío.

Mientras Céspedes confiadamente se decidía a entrar pomposamente, sin disparar un tiro, y allí pernoctar, de Bayamo venía a marcha forzada una tropilla compuesta de 52 infantes del regimiento *Corona* y 11 caballos del regimiento del *Rey*, al mando del teniente coronel Vicente Villares Galcerán (véase: *Del Demajagua a Bayamo*, por General Ginestá Punset). La presteza en el avance obedecía a las informaciones ofrecidas por el alarmado teniente gobernador de Manzanillo, que creía a su plaza amenazada. Para reponer vigor la tropilla hispana acampa en Naranjo, y marcha después a Veguitas, siguiendo el camino Real; sorprendiéndola en este último punto un furioso aguacero. Fué durante este obligado descanso cuando casualmente apareció el capitulado capitán pedáneo de Yara, a quien Céspedes había dejado marchar; el cual enteró al teniente coronel Villares de la inesperada invasión insurrecta. La información dió lugar a que el jefe español torciera su plan de llegar a Manzanillo, y se aprestara a entablar pelea con los alzados en el recinto de Yara.

Era la noche del 10 de octubre. Villares entró en el poblado sin ser atisbado ni molestado. Distribuyó

sus peones a lo largo de los portales de las casas de Romagosa y Romani, "situadas al Este de la plaza pública", frente a la iglesia, y la caballería quedó abrigada en los bajos de Genoveva Brizuelas, y él desde los altos manda la acción. Este apercebimiento de carácter militar, emboscada en poblado, sólo podía ser contrarrestado por sagacidad en la exploración, descubiertas e informaciones previas; pero los libertadores, ya seguros de no tener enemigos, al tomar el camino suroeste de Canturencia, opuesto al que habían seguido los realistas, hicieron su demorada entrada en la plaza con la misma confianza que habían marchado desde la salida de *La Demajagua*, dando alborozados y estentóreos ¡Viva Cuba libre!

Los españoles los dejaron entrar en la plaza, y sólo cuando los vieron casi a boca de jarro, rompieron un fuego terrible a mansalva. Patriotas bisoños, sin experiencia de ninguna clase, capitaneados por fanáticos compatriotas, que tampoco sabían de faenas de guerra, faltos al mismo tiempo de armamentos, y caídos en artera trampa nocturna, se desbandaron casi totalmente, con excepción de Céspedes y unos cuantos compañeros que repelieron el fuego con sus armas; y sólo a la mala puntería y a la obscuridad débese que la refriega no resultara una hecatombe cubana, pues los españoles sólo sufrieron un muerto y los libertadores un muerto y un herido.

Villares quedó dueño absoluto del terreno. Junto a Céspedes sólo permanecieron once patriotas. Fué en esta ocasión cuando refiere el general Angel Mestre que al exclamar uno "que todo se había perdido", Carlos Manuel replicó con enérgica fe de apóstol:

Aun quedamos doce hombres: bastan para hacer la independencia de Cuba.

Tal parecía que en esta fatal noche del 10 de octubre se había puesto el sol de la Esperanza, y que los patriotas vacilaban.

En la obscuridad se retiran Céspedes, Hall, Mestre, *Titá* Calvar y ocho más. A tientas por la sabana de Yara llegan hasta la hacienda *Cabagán*, donde pernoctan. Allí fueron apareciendo algunos dispersos, y a seguidas Santisteban que hacía horas andaba sobre el rastro de Céspedes, y por último Luis Marcano, el aguerrido general dominicano (*Reseña histórica de Bani*, por Joaquín S. Inchaustegui) que mandaba una partida de más de doscientos hombres. Con las fuerzas llegadas y la experiencia y capacidad de Marcano, la revolución iba a tomar inmediato y mejor derrotero.

El día 10 de octubre tuvo, pues, como epílogo una dura lección de derrota; fué una prueba al fuego. Y el 11, a partir de *Cabagán*, y al salir la nueva columna libertadora ávida de victoria de la sierra de Nagua, con Céspedes al frente, va a brillar un nuevo sol... Es la Epopeya, que durará diez años...

*

Evocar con hidalga sinceridad días y acciones gloriosas de la patria, es propio de conscientes y depurados ciudadanos, más necesario cuanto mayor y triste es la crisis del patriotismo; conmemorar es galvanizar educativamente grandezas del pasado. Por eso estamos aquí congregados en sesión solemne; para esos fines espirituales nos hemos juntado y he leído este estudio

histórico; pero es imperativo, para la cívica salud nacional, que el ejemplo de aquellos próceres forjadores de nuestra cubanidad y de la Epopeya Grande, que se inmolaron por la nítida libertad, sea, como dijera en reciente oración sobre Martí el Dr. Gaspar Jorge, cual tónico que

se diluya en nosotros esta noche y por siempre, y que al salir de aquí llevemos en lo recondito del alma átomos de su calor, luz y fe. . .

He terminado.



APÉNDICES

APOSTILLA A

SOBRE AGUILERA

En esta nota ofreceré el vía crucis de Francisco Vicente Aguilera, desde el 10 de octubre de 1868 hasta su muerte. — Cuando Céspedes se sublevó, ya ostentando, como lo demuestra el *Manifiesto* que lanzó a su pueblo y al mundo, el grado de General en Jefe, Aguilera estaba ocupado en secundar el alzamiento que se había convenido para el 14. En Cabaniguán le sorprendió la noticia del estallido en *La Demajagua* y la marcha apresurada hacia Yara, y el descalabro con dispersión que parecía dar al traste con todos los esfuerzos realizados, más que nada por impericia militar de Céspedes. Aguilera quedóse en pie de guerra con más de doscientos adictos bien armados y equipados. La derrota de Yara no amilanó ni desacreditó a Céspedes; y por eso en cortos días pudo contar con grueso contingente organizado por el general Luis Marcano, dirigidos por oficiales y jefes, que medianamente iban a llenar sus improvisados cometidos técnicos.

Uno de los planes acariciados por Aguilera había sido el de atacar súbitamente a Bayamo, escasamente protegido, para robustecer a la revolución con esa gloria y los elementos de guerra que encerraba. Pero como Céspedes también parece que concibió idéntico proyecto, al verse rodeado de numerosa y decidida tropa, y tener avisos de que Aguilera bajaba de sus posesiones por el Guamo, a

pasar el Cauto, dispuso el apresurado sitio de Bayamo. En torno a éste se concentraron los contingentes de diversos centros. El 17 Aguilera marchaba sobre Bayamo a encontrarse con Céspedes para conocer la actitud definitiva de éste, pues de toda la documentación de Aguilera se desprende que cándidamente, aun después del desastre de Yara, llegó a pensar que Céspedes no daría remache a su aspiración de jefatura suprema; pero durante su avance recibió la anonadante orden de Céspedes de que detuviese su marcha y se dispusiera a defender el camino de Holguín, hasta nueva orden. Esto parece más que suficiente para comprender que Céspedes era el predestinado que no toleraba sombra, y que sin reparo ya consideraba a Aguilera como su subordinado. Aguilera tuvo nuevamente en esta hora la ocasión de poder producir cisma peligrosísimo; pero patrióticamente se resignó, plegando sus alas de jefe; situación que a poco quedó más diafanizada, al llegar correspondencia de Céspedes anunciándole que Bayamo había caído, era ciudad libre, sede de su cuartel General, y que él ostentaba el cargo de Capitán General. Entre los pliegos venía un nombramiento de General de División para Aguilera y permiso para que avanzara a Bayamo. ¡Nada más antipolítico, y antipatriótico, e implacable, casi sarcástico, que este despacho de general a favor del iniciador y estructurador de esta revolución! Entiendo que Céspedes se dejó arrastrar por alguna pasión secreta, no atribuyéndole temor de elevar a Aguilera a posición militar que le eclipsara, ya que Aguilera tenía, y tuvo, tan negativa capacidad marcial como el mismo Céspedes.

Cuando Aguilera, abatido y decepcionado, iba acampar con su columna en su ingenio *Santa Isabel*, a la vista de la ciudad, se reunieron algunos compatriotas, entre ellos Maceo Osorio, que se mostraron inconformes con el sesgo de los acontecimientos y solicitaron permiso para actuar libremente en demanda de la ratificación de la jefatura a favor de Aguilera; cosa imposible de obtener ya dado el paso por Céspedes y reconocidos sus actos por una inmensa mayoría, entre los que estaba *Perucho* Figueredo,

Pasó Aguilera el río Bayamo y se personó en la residencia oficial del nuevo gobierno, en la calle de San José. Céspedes recibió al patriarca de Cabaniguán, ataviado de Capitán General —según afirma Eladio Aguilera Rojas— y rodeado de un Estado Mayor y ayudantes. Este ostentoso cargo, representación de rancio ca-

rácter español, símbolo y ejecutante de tiránico mando militar, político y gubernativo, en esta feudal colonia; resultaba una infortunada demostración de que parte de aquellos patricios, entregados sin regateos al más noble sacrificio, se proponían, por lo menos en los iniciales momentos revolucionarios, tan sólo un cambio de forma dentro del régimen y en los mandatarios.

No obstante este desaire y situación secundaria, Aguilera asumió su cargo de general, y con Francisco Marcano, Modesto Díaz y Donato Mármol, libró algunas acciones, una de ellas evitando el avance de una columna hispana, al mando de Campillo, sobre Bayamo. Pero Aguilera no era figura para las armas. Después de la Asamblea de Guáimaro ocupó el cargo de Secretario de la Guerra, que tuvo que renunciar por roces con el Presidente Céspedes. Mas luego, la Cámara lo nombró Vice-presidente y ascendió a Mayor General, con el mando de Oriente, sin distinguirse, aunque siempre iba con el hábil dominicano Modesto Díaz. Cuando después de su deposición como General en Jefe, Manuel de Quesada pasó a ocupar la misión de Agente Especial en la emigración, originándose grave rivalidad con el Agente oficial Miguel Aldama; Aguilera fué comisionado por Céspedes para que con Ramón de Céspedes Barrero pusiera paz y orden en las divididas colonias cubanas. En cumplimiento de su escabroso cometido viajó por casi todos los pueblos de América y Europa, haciendo propaganda y colectando fondos para enviar expediciones a Cuba. Sus trabajos fueron briosos y honrados sin mancha. Aunque no consiguió acuerdo ni paz, debido a los enconos de Aldama y los Quesada. Las colonias eran avisperos. Sin embargo, pudo hacer llegar materiales de guerra a sus compatriotas. Abogaba con ahinco ante el Gobierno Norteamericano. Sus propagandas eran incansables. Vivía en la mayor pobreza, preocupado exclusivamente de su misión. Cruzado perenne. De hogar en hogar, de oficina en oficina, pidiendo dinero para la independencia de su patria. Andaba con la cabeza casi doblada, cayéndole sobre el pecho las largas y nobles barbas. Su figura se hizo célebre en la ciudad de Nueva York.

Al ser depuesto Céspedes, correspondía a Aguilera la sustitución; y aunque se hallaba comprometido en diversas gestiones de importancia diplomática y económica, quiso preparar una expedición para venir a ocupar su puesto. Varias fueron las tentativas. Vióse atacado con mayor coraje por Aldama. Llegó a interesar a

su amigo el general Mariano Prado, Presidente del Perú, en un empréstito y otros proyectos de corsarismos a favor de Cuba. Su última tentativa fué la expedición del vapor *Anna*. Ya estaba enfermo cuando recibió comunicación de la Cámara (1876), transcribiéndole el acuerdo de haber sido depuesto del cargo de vicepresidente. Esto no aminoró su actividad y fe, pues ya organizaba con Rafael de Quesada y José Francisco Lamadrid un viaje a Lima y otro a México, para los que contaba con el Presidente Prado, y en México con Pedro Santacilia, influyente decisivo junto a su suegro Benito Juárez. Sus esfuerzos físicos, mentales y morales habían agotado todas sus reservas. Hasta en los postreros minutos escribía a sus colaboradores pidiendo para Cuba. Su situación económica era mísera, pues todos sus bienes habían sido confiscados por el gobierno español. A veces carecía de cinco centavos para viajar, y tenía que recorrer grandes distancias a pie, con la ropa descolorida y remendada. Expiró en Nueva York el día 22 de febrero de 1877, a los 56 años de edad. Después de embalsamado fué expuesto en su casa de la calle 30 número 223, y el 25 trasladado a la sala principal de la Casa Consistorial. Cubría el féretro la primera bandera de Cuba que ondeó en Cárdenas, el 19 de mayo de 1850. Los balcones del palacio municipal estaban adornados con crespones, y a media asta las banderas de los Estados Unidos, las del Estado y la ciudad y la cubana. Las exequias de Aguilera constituyeron un excepcional y grandioso acontecimiento en la ciudad de Nueva York. Así, en miseria y aislamiento, pero trabajando sin descanso por Cuba, murió el iniciador de la revolución estallada el 10 de octubre de 1868. Sus restos se hallan actualmente en el cementerio de Bayamo. Su grandeza apenas ha sido estudiada; aparece en nuestra historia como figura mediana, hasta el extremo de que tan sólo existe una estatua suya en Santiago de Cuba.

APOSTILLA B

SOBRE CARLOS MANUEL DE CESPEDES

Me detendré menos a esbozar el curso revolucionario de Carlos Manuel de Céspedes, después del día de *La Demajagua*, debido a que su vida ha sido más divulgada y es más conocida que la del sufrido Aguilera.—Con impulso y fe, propia de los genios iluminados por un ideal, Céspedes recobra fuerzas sobre la derrota sufrida en la noche de Yara. Por suerte militarmente le guía el dominicano Luis Marcano. A la sierra donde estaba con sus doce fieles paladines, acuden los dispersos y otros más. Se organiza la falange libertadora, contando con más de 300 hombres medianamente armados y equipados. Y como revancha se encaminan nuevamente a Yara y pernoctan allí un par de días. A pesar de los humos de Céspedes, queriendo asumir carácter de mando directo militar, en esta ocasión parece que prudentemente decidió reconocer la superioridad de Marcano. Ya las noticias del alzamiento habían cundido, y aunque por Tunas, Holguín y Jiguaní los conjurados no estaban en abierto pie de guerra, la mayoría, al conocer la noticia y los aprestos enemigos, volaron a incorporarse a Céspedes, formando una columna de más de 800 patriotas. Esos núcleos, sin embargo, no eran suficientes para un ataque formal, pero el frenesí patriótico y lo débil de la guarnición de los pueblos suplía la deficiencia militar y daba los necesarios alientos. Céspedes, como he dicho en la nota referente a Aguilera, había concebido el proyecto de asaltar a Bayamo, que era plaza más débil que Manzanillo. Con este golpe proponíase decidir el futuro de la revolución. Al tomarla queda nombrado Capitán General y asume la dirección de la revolución y de la campaña. En seguida dió muestras de su enérgica y tesonera actividad, revelándose un carácter inflexible y absorbente. La revolución creció en número de incorporados, en gran cantidad negros esclavos en busca de libertad. Desde los primeros momentos Céspedes comprendió que la salvación de la revolución estaba en las armas y en la unidad de mando. Y como Camagüey había secundado en noviembre, y por allá él contaba con adictos, del mismo

modo que en Las Villas, encaminóse hacia Puerto Príncipe, donde se estaban concentrando patriotas. Vicente García ya se había acantonado en la jurisdicción de Tunas.

Donato Mármol, personaje de análogo carácter y ambiciones que Céspedes, no vió con buenos ojos ni acató la jefatura de Céspedes, y pudo despertar recelos entre algunos cabecillas. Actitud que se exacerbó cuando después del Salado y el abandono e incendio de Bayamo y otros reveses, la revolución se debilitó hasta extremo muy lamentable, por falta de elementos de guerra y por roces personales. En situación tal es que Mármol aspiró a ser caudillo máximo y, para esos fines, logró que en los primeros días de marzo se efectuase una reconcentración en el caserío de Tacajó, a la que asistieron centenares de insurrectos patriotas, que estaban en desacuerdo con Céspedes, quedando nombrado y aclamado Mármol dictador, por lo menos de su facción. De este modo, a los seis meses, surge el primer cisma de la revolución; raíz de discordia que más tarde daría más agrios frutos. A pesar de que Aguilera fué consultado, entendió que era patriótico decidirse por Céspedes; y, de acuerdo con éste, desde Guisa se trasladó a Cauto del Cristo y de allí a Tacajó, donde sostuvo, con Donato Mármol, su hermano Leonardo, Félix Figueredo y otros disidentes, una conferencia preparatoria de la que en seguida celebraría Céspedes. A solas trataron ambos próceres sus puntos de vista. Céspedes, el Capitán General mambí, indudablemente llevaba la ventaja de su cultura, glorias ya afirmadas, núcleo que le seguía, oratoria y flúido de soberana calidad y la seguridad de influencia en el próximo Camagüey. De aquella difícil situación, supo Céspedes sacar la consolidación de su jefatura, aplacando la desavenencia para seguir marcha triunfal hacia Camagüey que lo esperaba.

En Guáimaro, ante la pléyade de patricios de diversas regiones, los más caracterizados por el talento, la cultura y la influencia, no tuvo competidor al ser elegido Presidente de la República. Entonces se casó con la distinguida camagüeyana Ana de Quesada, hermana de los generales Rafael y Manuel de Quesada, que a pesar de sus méritos y patriotismo, por diversos motivos produjeron serios quebrantos a Céspedes en sus misiones diplomáticas. A partir de su elección, Céspedes vivió en recia y perenne disidencia con la Cámara, que tenía dominadoras facultades, tanto legislativas como invasoramente ejecutivas y hasta militares. Céspedes, por todos

los medios, procuraba la concentración de poderes en sus manos. Por estas circunstancias la guerra libertadora sufrió graves trastornos desde los albores. Ciertó que no faltaron victorias, pero con paralelos quebrantos. El General en Jefe, Quesada, se enfrentó del mismo modo a la Cámara, alegando, al igual que lo hizo Máximo Gómez en 1895, que el problema de la revolución era de fuerza, centralmente militar, y no de intromisión civil. Céspedes apoyó a su cuñado. Al destituirlo la Cámara, el Presidente lo envió como agente extraordinario a las emigraciones. La pugna se mantuvo y avivó en el exterior, naciendo los grupos aldamistas, quesadistas, etc. En esta perpleja situación, perjudicial para la guerra, Céspedes fué indudablemente la primera y más grande figura civil de la revolución. Mantuvo a raya a todos sus adversarios, en disputas candentes, hasta con los militares de mayor prestigio, como Ignacio Agramonte. Pero el círculo lentamente se le iba estrechando, sin que él cediera una línea de sus prerrogativas y orgullo. Aspiraba a mantener en la manigua una presidencia digna y respetada. Vicente García y Calixto García se le enfrentaron, acoplándose a los escasos miembros dirigentes de la Cámara. La revolución de este modo llegó a estar dividida en facciones de antagónicas tendencias, con el único vínculo de la independencia. En medio de todos Carlos Manuel manteníase, como un titán, en la presidencia errática, trashumante. Nada lo doblegaba. Estaba dispuesto al sacrificio. A veces parecía que iba a triunfar. Al deponerlo, en Bijagual (octubre 27 de 1873), asistieron tan sólo nueve miembros que ilusoriamente se consideraron representación de todos los cubanos, amparados por las tropas de los generales Calixto García, *Titá* Calvar, Modesto Díaz, Moncada y el poderoso y hermético Vicente García. Resultó un franco golpe de Estado, de aparente guante civil, con empuñadura militar y ribetes de legalidad constitucional; que seguramente servirá de tipo y marco a los capítulos, muy posteriores, que en el mismo orden de "golpes" se ejecuten en Cuba republicana, uno de ellos, casualmente contra el último vástago del mismo Céspedes. (Véase *Bijagual* en mi libro *Paseos Efímeros*, y *Panorama Histórico*.)

Como héroe de talla culminante, de patriotismo inmaculado, al igual que Aguilera cuando él lo desplazó, acató y plegó sus alas de soberana dignidad y orgullo, retirándose a vida privada en la manigua, siguió de escasos fieles acompañantes. Ni la Cámara

ni sus demás enemigos se detuvieron ante la grandeza y situación del prócer, sino que más que nunca lo persiguieron, exigiéndole determinados archivos e informes. Llegaron a suprimirle los ayudantes y custodios; sólo le quedaba su noble hijo Carlos Manuel de Céspedes y Céspedes. Su esposa, Ana de Quesada, había tratado de salir de la manigua, acompañada del dual comisionado Juan Clemente Zenea, cuando la hicieron prisionera, y luego la deportaron a los Estados Unidos, donde nacieron sus mellizos hijos Gloria y Carlos Manuel, que él nunca pudo ver.

Uno de los más fieros enemigos de Céspedes lo fué hasta el postrer minuto de su existencia, Francisco Maceo Osorio, el íntimo de Aguilera. La Cámara llegó a negarle el derecho de refugiarse en el extranjero; pero como Céspedes estaba esperanzado en partir, se acogió a un rincón de la Sierra Maestra, junto al río Contra-maestre, a pocos kilómetros de la costa Sur de la provincia, llamado San Lorenzo, donde existía una prefectura que mandaba el oficial Lacret Morlot. Allí vivía con su hijo, visitando a los vecinos, jugando a veces ajedrez, siempre pulcramente ataviado, sin faltarle el chaquet, chaleco de terciopelo, corbata y botines. En la prefectura mantenía el aire de un gran señor. Como de Juárez ha dicho M. E. Hubner: "La persecución lo agiganta y la desdicha lo torna más fuerte." Este acorralamiento es una de las infamias más terribles que cometieron los patriotas en armas. Porque la realidad era que Céspedes estaba aislado por sus compatriotas y amenazado de muerte a la vez por los españoles. En estos momentos hubo una denuncia del escondite. Dos columnas españolas salieron a la sorpresa: una por mar y otra por tierra. Asaltaron el campamento el 27 de febrero de 1874. Céspedes intentó escapar, llevando empuñado el magnífico revólver de cinco tiros, sistema Remington, que le regalara su amigo el coronel Juan Luis Pacheco. Los vecinos del lugar se pusieron en fuga. El hijo de Céspedes estaba lejos. Los españoles invadieron. El prócer partió hacia un matorral que mira al río Contra-maestre; y cuando avanzando bajo el fuego incesante que le hacen había llegado a un barranco, y sólo tenía disparados dos tiros (acta que existe en el *Museo Bacardí* de Santiago de Cuba), es cuando balas enemigas le dieron muerte y descende desde lo alto del precipicio, a cuyo filo había llegado en su reti-

rada. Véase mi obra (335 páginas) *En busca de San Lorenzo: muerte de Carlos Manuel de Céspedes*, en la cual, por primera vez se planteó en Cuba, y yo resolví de modo concluyente, que Céspedes no se suicidó, sino que murió por plomo enemigo; véase, también, *Céspedes: El Padre de la Patria Cubana*, por Herminio Portell Vilá; y el discurso *Alrededor de San Lorenzo*, que Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, hijo del Prócer, hizo y leyó en la Academia de la Historia, enfilado exclusivamente contra mí, aunque sólo discrepando en detalles y juicios suyos, al final del cual (desde la página 38), sin embargo, ofrece documentos oficiales traídos de España que “confirman en lo esencial la versión del señor Castellanos” (son frases del mismo Céspedes y Quesada).

Hoy los restos de Carlos Manuel reposan en un monumento en el cementerio de Santiago de Cuba. Y contra la falsa y errónea aseveración de odio, de que la gloria de Céspedes declinaría cada día más, manifestada por Tomás Estrada Palma, en carta que dirigió a su amigo el coronel Federico Pérez Carbó, siendo Presidente de la República, fechada el 20 de enero de 1904 (que existe original en la biblioteca de la Academia de la Historia), la gloria de Céspedes cada día va cobrando más brillante nimbo; y la literatura que a él se refiere es copiosa, gozando con Martí paralelo homenaje nacional. La primera biografía, estudio metódico y recio, en libro (230 páginas), fué la que nuestro amigo y colega René Lufrú escribió y publicó en 1915, titulada *Carlos Manuel de Céspedes—Redentor de los esclavos y Padre de la Patria*; porque el volumen que Céspedes y Quesada publicó en 1895 —*Carlos Manuel de Céspedes*— es de correspondencia con unos apuntes biográficos. Es un trabajo interesantísimo *Céspedes visto por los ojos de su hija*, Gloria de los Dolores de Céspedes y Quesada, y recio y original el ensayo que en su libro *Tríptico* J. Pérez Villarreal dedica a Céspedes. El discurso de recepción (mayo 28 de 1923) del compañero Lufrú, como Miembro de Número de esta Academia, versó sobre *La Epopeya de una mañana*, 10 de octubre de 1868.

APOSTILLA C

SOBRE EL PRIMER 10 DE OCTUBRE DE 1869 EN
CAYO HUESO

Porque soy hijo de un 10 de octubre, por la patriótica coincidencia de que mi veterano padre contrajo matrimonio precisamente en ese día, en Cayo Hueso, posesión moral legítimamente integradora de nuestra Isla; quiero cerrar este trabajo demostrando que la influencia de ese glorioso episodio demajaguano fué, en todas las emigraciones, el más potente avivador de entusiasmos patrióticos, pero de modo más intenso y tenaz obró siempre en el peñón cayohuesero.

La lucha emancipadora cubana hacía un año que estaba en marcha. Los acontecimientos bélicos habían sido múltiples y serios. La impenitente recrudecida severidad gubernativa española, obligó a millares de cubanos a emigrar. Cayo Hueso, frente por frente a La Habana, fué uno de los preferidos sitios de refugio (véase mi libro *Motivo de Cayo Hueso*), mayormente de obreros del tabaco. Esa afluencia y el establecimiento de fábricas de elaborar el rico material criollo reforzó a la colonia. El peñón en pocos meses se convirtió en colmena de paz, confraternización y espíritu volcánicamente revolucionario. Los desterrados, a la par que desinteresados amantes y colaboradores de la causa de sus hermanos en campaña, eran frenéticos hispanófobos. Así el islote resultaba un inabordable baluarte de mambisería civil. Las únicas preocupaciones de aquellos exilados eran la familia y la patria. Jamás en sitio alguno, antes, ni después, un conglomerado de cubanos ha vivido en tanta coordinación de ideales y de trabajo. Fué una arcadia transitoria. Ya vivía allí el prócer José Dolores Poyo y hacía periodismo candente Juan María Reyes. Desde los albores de la revolución, Cayo Hueso se había impuesto el deber de colectar fondos en públicas veladas y en las fábricas, manteniendo numerosos clubs políticos. En el peñón venía siguiéndose minuciosamente el curso de la guerra libertadora. El apasionamiento patriótico lo sentían de modo tan elevado los emigrados del Cayo, que jamás dieron cabida a ninguna noticia perjudicial a la causa,

suponiendo como acicate de fe ciega, que los ejércitos españoles siempre y a toda hora eran vencidos por los insurrectos. Era, desde luego, el mejor modo de mantener alerta la Esperanza.

Dentro de este ideario revolucionario, desde muchos días antes de la fecha del aniversario, los emigrados se reunieron para conmemorar el primer 10 de octubre (1869). Se hicieron los preparativos, pero por caer en domingo, día religioso que escrupulosamente respetan los norteamericanos, se acordó posponer la fiesta para el lunes 11. El comité lo componían Manuel Soria, Luis Hernández y el entusiasta Juan María Reyes (*Nito*). Cayo Hueso quedó convertido en escenario de patriótico aniversario. Espontáneamente todos los vecinos criollos adornaron sus casas y las calles. Los comerciantes siguieron el ejemplo. Ondeaban las banderas cubana y yanqui y de otras repúblicas hermanas. A los cubanos se unieron los nativos, *concos*. No había un solo español en el cayuelo. El punto de reunión iba a ser el *Ateneo Democrático Cubano*, que ese día se inauguraba. Desde temprano las calles aparecieron invadidas de paseantes, presenciando las variadas diversiones que a estilo de Cuba se celebraban. El tema único era la revolución: Carlos Manuel de Céspedes, Aguilera, Agramonte, Sanguily, Mármol. A las 9 de la mañana celebróse una misa de requiem en la iglesia católica, y del templo salieron los fieles en procesión hacia el *Ateneo*. Se organizó una procesión cívica, en la que formó el pueblo, visitando el cementerio. A este tenor el día transcurrió en alegría clamorosa. Y en la noche se efectuó una velada en la que hablaron varios patriotas y se pusieron en escena obras de teatro y se hizo música y canto y recitaciones, terminando con la invariable colecta de fondos para ayudar a los hermanos en armas (*Martí, Cayo Hueso y Tampa—La Emigración*, por el Rev. Manuel Deulofeu).

Desde entonces, hasta los momentos actuales, Cayo Hueso ha hecho un culto de todos los aniversarios de la patria, pero preferentemente del 10 de octubre. Cada uno produce en la población efectos tonificantes, ejemplares, que obliga a pensar en los martirios, en las glorias, en los sacrificios que fueron necesarios para alcanzar esta recortada independencia. Las conmemoraciones de esta índole son como las grandes misas de los creyentes.

NOTA FINAL:

Séame permitido dedicar esta nota final a testimoniar gratitud y recuerdo a personajes e instituciones que me prestaron amable y distinguida cooperación durante mi estancia (abril-mayo 1937) en la hermosa ciudad metropolitana del país mexicano. Acudí en primera visita al amplio edificio oficial, situado en la calle Justo Sierra número 19, donde están radicados los clásicos y viejos centros de cultura, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, presidida por mi amigo el general Juan Manuel Torrea, y dirigida por el perpetuo secretario e ilustre escritor Dr. Rafael Aguilar y Santillán, y la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate, presidida por el Ingeniero Ricardo López Guerrero, de cuyos organismos formo parte. Ambos funcionan en meritísima forma fraternal. La Academia de Ciencias Alzate mantiene abierta al público su nutrida biblioteca. Para mis lecturas y dar término al trabajo que antecede, me fué ofrecido el encantador y aislado gabinete destinado a los almanaques, con el auxilio experto del bibliotecario Rafael L. Cisneros. Disfrutando del deleitoso silencio e influencia cultural de aquella casa, dediquéme a laborar, recibiendo a veces a consocios, especialmente al poeta Vicente Garrido Alfaro. De este modo la historia del 10 de octubre de 1868 y los perillustres nombres de Aguilera y Céspedes y sus compañeros de gloria, por la modesta pluma mía y mis fervorosas evocaciones, pudieron acogerse y palpar, en espíritu, en tan sabios recintos de cultura mexicana. Con los ejemplares de este trabajo, destinados a esas bibliotecas, va un saludo agradecido a todos los miembros de ambas instituciones.



ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Siglo XVI:	
Conquista y colonización	8
Siglo XVII	18
Siglo XVIII:	
Rebelión de los vegueros, toma de La Habana por los ingleses y la Real Sociedad Económica	20
Siglo de oro, luz y revoluciones	29
Aponte	31
Hombres	36
Plácido	41
Narciso López	44
El año 1855	49
Cuba, <i>El Siglo</i> y Asquerino	55
Vieña Mackena y Seward: Chile y Estados Unidos ...	59
Puerto Rico	63
Cubanos y españoles	64
Liceos y casinos	67
La región de Oriente	73
Aguilera	79
Céspedes	103
<i>La Demajagua</i> y el 10 de octubre	117

APENDICES

Apostilla A, sobre Aguilera	141
Id. B, sobre Céspedes	145
Id. C, el primer 10 de octubre de 1869 en Cayo Hueso	150
Nota final dedicada a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y a la Academia Nacional de Ciencias	
Antonio Alzate	152



ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE
DISCURSO
EN LA IMPRENTA
"EL SIGLO XX"
REPÚBLICA DEL BRASIL, 21 y 23
EN LA HABANA,
EL DÍA 9 DE OCTUBRE DE
MCMXXXVII

ANALES

45-51.—*Anales de la Academia de la Historia*. Director: Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. Años 1919-1925. 7 tomos.
52-60.—*Anales de la Academia de la Historia de*

Cuba. Director: Dr. José A. Rodríguez García. Años 1926-1933. 9 tomos.
61.—Tomo XVI, Año 1934.
62.—Tomo XVII, Año 1935.

ELOGIOS

63.—*Elogio del Dr. Ramón Meza y Suárez Inclán*, Académico de número, por el Dr. Evelio Rodríguez Lendán, Académico de número. (1915).
64.—*del coronel Pedro Mendoza Guerra*, Académico de número, por el capitán Joaquín Llavéras y Martínez, Académico de número. (1923).
65.—*del Lic. José de Armas y Cárdenas*, Académico de número, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri, Académico de número. (1923).
66.—*del Dr. Rafael Fernández de Castro y Castro*, Académico de número, por el Dr. Tomás de Justiz y del Valle, Académico de número. (1924).
67.—*del Dr. Raimundo Cabrera y Bosch*, Académico de número, por el Dr. Salvador Salazar y Roig, Académico de número. (1925).
68.—*del coronel Manuel Sanguliy y Garritte*, Académico de número, por el Dr. Rodolfo Rodríguez de Armas, Académico de número. (1926).
69.—*del general José Miró Argenter*, Académico de número, por el coronel Fernando Figueredo y Socarrás, Académico de número, leído por el Académico Dr. Emeterio S. Santovenia. (1926).
70.—*del Dr. Sergio Cuevas Zequeira*, Académico de número, por el Dr. José Antonio Rodríguez García, Académico de número. (1928).

71.—*del Sr. Domingo Figarola-Caneda*, Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1928).
72.—*del Dr. Alfredo Zayas y Alfonso*, Académico de número, por el Dr. Tomás de Justiz y del Valle, Académico de número. (1935).
73.—*del Dr. José A. Rodríguez García*, Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1935).
74.—*del Dr. Domingo Méndez Capote*, Académico electo, por el capitán Joaquín Llavéras, Académico de número. (1935).
75.—*del coronel Fernando Figueredo Socarrás*, Académico de número, por el Dr. Néstor Carbonell y Rivero, Académico de número. (1935).
76.—*del Dr. Enrique José Varona y Pera*, Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1935).
77.—*del Dr. Mario García Koh'y* (Fundador de la Corporación), por el Dr. Juan M. Dihigo y Mestre, Académico de número. (1937).
78.—*del Dr. Rodolfo Rodríguez de Armas*, Académico de número, por el Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, Vicepresidente de la Corporación. (1937).

OTRAS OBRAS

79-82.—*Centón Epistolario de Domingo del Monte*. Con un prefacio, anotaciones y una tabla alfabética. (1923-1926 y 1930). Tomos I, II, III y IV. (En publicación).
83.—*Historia de Mantua (Pinar del Río)*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia. (1923).
84.—*Bibliografía de Enrique Piñeyro*. Con una introducción, notas y un complemento, por Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. (1924).
85.—*Manual de Quesada y Loynaz*, por el Dr. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada. (1925).
86.—*Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI*, por Irene A. Wright. 2 tomos. (1927).
87.—*Léxico Cubano. Contribución al estudio de las voces que lo forman*, por el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número, Tomo I (1928). (En publicación).
88.—*La epigrafía en Cuba*, por el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número. (1928).
89-94.—*Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*. Recopilación e introducción por Joaquín Llavéras y Emeterio S. Santovenia, Académicos de número. (1895-1896). (1896-1897). (1898). (1898-1899), tomos I, II, III, IV, V y VI. (1928, 1930, 1931, 1932 y 1933).
95.—*Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, escrita por el Ilustrísimo señor don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de ella, con un prefacio de Francisco de Paula Coronado, Académico de número. (1929).
96.—*Historia documentada de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*, por el Dr. Roque E. Garrigó, Académico correspondiente. (Obra premiada en el Concurso de 1927). 2 tomos. (1929).
97.—*La misión diplomática de Enrique Piñeyro*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Dr. Antonio Iraoz y de Villar. (1930).
98.—*Periodismo y Periódicos espirituales*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Senador Manuel Martínez-Moles. (1930).
99.—*La civilización taína en Pinar del Río*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Dr. Pedro García Valdés. (1930).
100.—*Hombres del 51*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Sr. Jorge Juárez Cano. (1930).

101.—*Historia documentada de la conspiración de la Gran Legión del Águila Negra*, por el Sr. Adrián del Valle. (Obra premiada en el Concurso de 1929). (1930).
102.—*Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en la primera mitad del siglo XVII*, por Irene A. Wright. (1930).
103.—*Joaquín Infante*. Homenaje a este ilustre bayamés, autor del primer proyecto de Constitución para la Isla de Cuba. (1930).
104.—*El bandolerismo en Cuba. (Contribución al estudio de esta plaga social)*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente coronel Francisco López Leiva. (1930).
105.—*Obras del Dr. Ignacio José de Urrutia y Montoya*, 2 tomos. (1931).
106.—*Legado "Rodolfo Rodríguez de Armas"*. (Escritura, reglamento y convocatoria a premio). (1931).
107-108.—*Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba y muy particularmente a La Habana*. (Donativo Néstor Carbonell). Ordenados y con una introducción por Joaquín Llavéras, Académico de número. Tomos I y II (1931). (En publicación).
109.—*Un instante decisivo de la maravillosa carrera de Máximo Gómez*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente coronel Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada. (1932).
110.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. I. *Epistolario de José Martí y Máximo Gómez*. Recopilación, introducción, notas y apéndices por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1933).
111.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. II. *Epistolario de José Martí y Gonzalo de Quesada*. Recopilación, introducción, notas y apéndices por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1934).
112.—*Céspedes visto por los ojos de su hija*, por Gloria de los Dolores de Céspedes y de Quesada. (1934).
113.—*Reglamento de la Academia de la Historia de Cuba*. (1935).
114.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. III. *Miscelánea*. Recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1935).
115.—*Gómez el Máximo*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia, Académico de número. (1936).

COMISION DE PUBLICACIONES

Capitán Joaquín Llavéras y Martínez y Dr. Francisco de P. Coronado



UNIVERSITE PARIS 3



D 001 554377 9

A white rectangular label with a barcode and text. The text 'UNIVERSITE PARIS 3' is at the top. Below it is a standard 1D barcode. At the bottom left is a small black square with the letter 'D'. At the bottom right is the number '001 554377 9'.